Una mentira piadosa
puede ser su peor condena



LA SUSTITUTA

MARY GOMBEL

Thriller

LA SUSTITUTA

MARY GOMBEL

Título original: La sustituta
© Mary Gombel (2025)

Diseño de portada y maquetación: Mary Gombel
Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

«Nunca he oído decir que los muertos hayan hecho en seis mil años tando daño como los vivos en un solo día».

Alejandro Dumas - El conde de Montecristo

CAPÍTULO 0

Las olas se acercan cada vez más a mí. Aunque no parecen tener la intención de lamer mis pies, y mucho menos las toallas de mi familia.

Soy la única que tiene una silla plegable, lo prefiero a acabar como una croqueta. Antes solía hacerlo, lo de rebozarme en arena, pero eso era antes, cuando no teñía mis canas por obligación.

Sigo siendo joven, que conste. Una joven de mediana edad que odia que la llamen señora.

Mi marido y mi hija se han ido a pasear, y yo estoy aquí leyendo un libro sobre crímenes reales que inspiraron historias que luego se llevaron a la gran pantalla.

No muy lejos, hay un grupo que hace gimnasia, me gustaría ir a mí también, pues no he hecho mis ejercicios esta mañana. Es lo que tienen las vacaciones, que todo se pone en pausa, todo a excepción del pensamiento.

Una mujer se acerca, me pide que le guarde su bolsa de playa y las chanclas, va a hacer gimnasia con el grupo. Le digo que sí dedicándole una sonrisa que me hace quedar conmigo misma como una persona confiable.

De pronto, siento unas manos posarse en mis hombros y la voz de mi hija gritar: «¡Buuu!».

—¿Te he asustado? —pregunta entre risas.

La verdad es que estaba algo distraída con el libro y no me he inmutado.

Luego llega Diego, mi marido, que me hace una señal para indicar que va a por cervezas al chiringuito.

Me quedo sola de nuevo, con mi sórdido libro.

Mi móvil emite un trino, lo saco del bolso. Hay un mensaje nuevo.

Al ver de quién es, comienzo a temblar y al leerlo me muerdo el labio inferior hasta hacerme sangre.

En el bolso de la señora tienes todo lo que necesitas, será esta noche.

Miro el bolso acharolado de rayas fucsias, blancas y negras. Tan inocente, tan inofensivo, tan letal…

Aquella que nos da cobijo, que endulza nuestras penas, que nos abraza cuando todo va mal, la que nos dice que nos quiere, nuestra madre. Eso es lo que nos toca decir, lo que todos creen. Lo que ignoran es que una madre no siempre se comporta como tal, pues además de madre es mujer, incluso puede ser algo más, turbia, hostil, sórdida y sobre todas las cosas… psicópata.

CAPÍTULO 1

3 años después

El informativo llena la estancia con la voz formal de la presentadora, mi hijo intenta hacerse oír diciéndome que se le ha roto un juguete, pero es tan tarde y tengo tantas cosas que hacer antes de irme a trabajar que acabo por ignorarlo.

De súbito, algo llama mi atención en el pequeño televisor de la cocina, es un rostro, un rostro conocido, el de Carolina Rodríguez, la mujer que hace unos años acabó con la vida de su familia, un rostro que, como he dicho, conozco muy bien, solo que ya no está lleno de vida como aparece en pantalla, sino apático y vacío.

Mi madre entra en la cocina.

—Deja eso, Noelia. Ya termino yo de hacer la comida. Se te va a hacer tarde otra vez —dice con su acostumbrada energía.

Acaba de llegar de tomar un café con una amiga y me explica que estaba tan a gusto que se ha entretenido demasiado, tanto que ya son más de las dos de la tarde. Sonrío, mi madre nunca sale, así que no tengo nada que reprocharle, faltaría más, pues Yago y yo vivimos en su casa desde que me separé del que fue mi pareja durante más de una década. No era más que una mocosa cuando empezamos a salir. Demasiado pronto para atarse las alas.

Le doy un beso, y ella me dice que espabile. No es muy dada a demostraciones afectivas.

Me despido de mi pequeño hombrecito de cinco años. Él me cubre de besos, no quiero que nunca se acabe, que se distancie de mí y deje de besarme compulsivamente.

Diez minutos después, salgo de la urbanización donde vivo y con mi viejo coche me dirijo a La Savinosa, una institución psiquiátrica en la que trabajo como limpiadora, en un ala en la que hay algún que otro interno que ha cometido delitos mayores y no se le ha llevado a prisión porque dichos delitos han sido perpetrados debido a su patología. Uno de esos internos es Carolina Rodríguez. A quien todos apodan Libélula, por los hábitos alimenticios del bello insecto, que puede llegar a comerse a los de su propia especie si son más pequeños e indefensos.

Llevo dos años limpiando a diario su habitación, en algunas ocasiones ella no está, pero en otras sí. Hoy es una de las primeras que me toca limpiar, la supervisora me lo ha dicho nada más verme entrar cinco minutos tarde, es la tercera vez este mes y Carmen me ha señalado un reloj ficticio en su muñeca.

—No volverá a ocurrir —le he dicho, como siempre que ocurre.

Ella ha negado con la cabeza.

Cuando entro en la habitación que ocupa Carolina, la hallo frente a la ventana, en su silla de ruedas.

No sé qué me pasa con esta mujer, hay algo en ella que me intriga sobremanera. Me pregunto en muchas ocasiones qué tuvo que pasarle por la cabeza para matar a sangre fría a su marido e hija.

Cuando la noticia copaba los informativos y hacía arder la red, me hallaba inmersa en una batalla legal con mi ex. Estaba tan agotada mentalmente que una noticia sobrecogedora, como puede ser la de una mujer que ha cometido semejante crimen, me pasó inadvertida.

Pero un año después, cuando comencé a trabajar aquí y me chivaron que la mujer a la que los medios apodaban Libélula era ni más ni menos que la paciente de la partición treinta y tres, busqué información por internet y me encontré con un caso totalmente espeluznante.

Hace tres años, una mujer se hallaba con su familia en un conocido resort vacacional. Era la madre y esposa perfecta según todos los que la conocían; además de una mujer hermosa y muy elegante, apreciada por sus vecinos, amigos y familia.

Una mañana, su marido apareció brutalmente asesinado, al igual que su hija. Carolina los había cosido a puñaladas. Los pobres intentaron defenderse, pero no pudieron hacer nada. A ella la encontraron metida en un armario, tenía múltiples heridas que se había autoinfligido con un cuchillo de grandes dimensiones que compró unas horas antes en un bazar chino. Dicho cuchillo lo había empleado para masacrar a su familia.

Cuando la interrogaron, no lograron que dijera una sola palabra. Estuvo ingresada varios días en el hospital y luego decidieron llevarla a La Savinosa, para disgusto de la familia de Diego Álvarez, su difunto esposo, que pedía para ella prisión permanente revisable.

Tres años de lucha llevaban sin haber logrado nada. Temían que un día de estos Carolina saliera del sanatorio y fuera libre. Eso era precisamente lo que declaraba la suegra en el informativo que había visto un rato antes en la televisión, a la vez que pedía justicia para su hijo y su nieta.

—Buenos días, Carolina —saludo y me dispongo a limpiar el lavabo en primer lugar.

Obviamente, ella no contesta, nunca lo hace, no lo ha hecho desde aquella fatídica noche en la que se deshizo de los suyos de la forma más vil. Sin embargo, no soy capaz de ver a la mujer enjuta que tengo frente a mí como una amenaza. Parece tan frágil…

No se puede negar que sigue siendo hermosa, aunque su cabello se haya encanecido casi por completo. Es como una aparición, blanca de piel, ojerosa, con esos ojos azules tan claros y los labios resecos, enrojecidos por las grietas sangrantes.

Cuando termino con el cuarto de baño, me dispongo a pasar la mopa. No puedo tocar a ningún paciente, por ello, me las tengo que ingeniar para pasarla por debajo de la silla de Carolina.

No es capaz de desplazarse sola, hasta para ir al lavabo tienen que ayudarla, y, al parecer, lleva pañal.

Niego con la cabeza y, apoyada en el palo de la mopa, observo su rostro con fascinación. Ella ni se inmuta.

—Sabes, Carolina, hoy he tenido un día horrible —comienzo a decir—, tengo un pequeño terremoto de cinco años que me vuelve loca, y en ocasiones lo mataría…

Entrecierro los ojos, he metido la pata.

—Perdón, es un decir. Jamás mataría a mi hijo en verdad, ya me entiendes. —Dios, cada vez la estoy cagando más.

Noto cierta reacción en los ojos vacíos de Carolina, y no es para menos, hasta una persona en su estado se cabrearía por mis comentarios desacertados. Ella no puede reprocharme mi diarrea verbal, pero sus ojos lo dicen todo. Tienen incluso un halo monstruoso que me eriza la piel.

Termino de limpiar la habitación, mejor dicho, la partición, como prefiere el director que llamemos a las habitaciones con pinta de celda que hay en la institución, y abandono la estancia con la sensación de que llevo en la espalda clavados dos dardos ardientes de un gélido azul.

Cierro la puerta, y al voltearme para dirigirme a la próxima partición, mi cabeza aterriza en algo duro y firme, que viene acompañado de un aroma embriagador a colonia masculina.

Me retiro instintivamente, y dos ojos castaños me miran con sus correspondientes cejas enarcadas.

—Ah, perdón, perdón, doctor Franco —suelto sintiéndome como una verdadera patosa.

—Oh, no, discúlpeme usted, Noelia. No la he visto y… —dice él con amabilidad, enseñándome su perfecta dentadura de anuncio de dentífrico.

En mi fuero interno solo he escuchado una palabra, mi nombre y el modo en que lo ha pronunciado. Su sonrisa es como una anestesia que me vuelve imbécil durante unos minutos.

Y es que Daniel Franco es el hombre más guapo de La Savinosa, y yo diría que también lo es de una extensión muy grande de terreno.

Tiene pinta de modelo, y Marta, una compañera, dice que lo vio en la playa en bañador y su marido estuvo tres días sin hablarle porque, según él, necesitaba un cubo y una fregona para recoger las babas que ella había dejado en la arena. Que no sé yo cómo iba a fregar el buen hombre ahí, pero vamos, eso fue lo que le dijo.

Todas las féminas de este lugar se alegran la vista con él, yo me incluyo; en cambio, nunca lo he reconocido delante de nadie. Prefiero mantenerlo en secreto, que luego la gente se va de la lengua y no quiero problemas. ¿Que me gusta?, sí, me gusta. Y me he sorprendido algunas noches soñando con él haciéndome el amor. Si bien, para ser realista, no creo que se fijara en una humilde limpiadora en la vida, es más, aunque un día me sentí joven y bella, hoy, cuando me miro al espejo, solo veo a una mujer agotada, cuya piel está marcada por las secuelas de un embarazo y parto difíciles.

No me veo como una mujer horrible, pero tampoco un pibón. Solo una chica sencilla, del montón.

—¿Le ocurre algo, Noelia? —pregunta de pronto él.

Vuelvo a la realidad. Mierda, me he quedado mirándolo embobada… otra vez.

—Oh, no, no. Solo estaba pensando en si he pasado el paño por la mesa de noche de la señora Carolina.

—Ah, tranquila. Tenemos tantas cosas en la cabeza, ¿cierto? —pregunta él iluminándome con su sonrisa electrizante.

—Cierto, cierto… Pues eso, que voy a seguir —digo empujando mi carro de limpiadora.

—¿Ya te vas? —pregunta él, tuteándome, y yo me sonrojo sin poder evitarlo.

—Pues…

—Como has dicho que tenías que mirar si habías pasado el paño…, ¿no?

—Ah, sí, sí. No se preocupe, atienda usted a su paciente, luego vuelvo y termino de quitar el polvo.

—Como quiera, pero por mí no se preocupe, solo le hago la visita de rigor a Carolina, serán unos minutos… nada más —Y ese nada más suena raro, lento y sugerente.

El doctor entra en la partición y yo me quedo bloqueada por unos instantes, mi mente va a mil por hora pensando que me ha mirado y hablado de un modo especial.

Minutos después, estoy en el cuartito de las limpiadoras, mojándome el rostro con las dos manos apoyadas en el lavabo, mientras observo mi imagen en el espejo.

—No puedo, otra vez no —le digo a mi reflejo.

Respiro profundamente y cierro los ojos, una pequeña vibración en mi bolsillo me indica que algo o alguien quiere ponerse en contacto conmigo. Lo extraigo y veo en la parte superior el icono de un bocadillo. Es un mensaje de texto.

De nuevo, mi expareja no está de acuerdo con algo que he sugerido yo. Llevar a nuestro hijo a un casal de verano es una buena idea, pero él dice que solo me quiero librar del niño para hacer lo que me venga en gana. Le respondo que tengo que trabajar y mi madre ya no está para tanto trote; él contrataca: «Un hijo es más importante que el trabajo».

Entonces me acuerdo de aquella ocasión en la que ingresaron a Yago en Barcelona, en el hospital de Sant Joan de Déu. Él decidió no pedir días en el trabajo, en principio iba a hacerlo, hasta que su madre lo hizo cambiar de idea.

Estuve sola sin la posibilidad de ir a buscar a la cafetería nada para comer. Era mi madre, que todavía tenía a mi hermana pequeña, la que cada día cogía un tren y me traía algo para que comiera, o se quedaba con mi hijo mientras yo bajaba al restaurante. Él solo subió a Barcelona una vez a última hora y casi pierde el dichoso tren.

Su madre me llamó también diciéndome que ella no iba a venir y que, si lo hacía, sería solo un momento siempre que su otro hijo la llevara. Total, que entonces sí fue más importante el trabajo que su hijo, pero claro, él sí podía permitirse hacerlo, yo no, porque soy mujer y madre. Para él, una mujer siempre estará por debajo del hombre y ha de obedecer sin rechistar a su marido. Ese fue el principal motivo de que pusiéramos fin a nuestra relación, me cansé de seguir el sendero que él había trazado para mí.

Noto la ansiedad bullir y guardo el móvil. Miro de nuevo mi reflejo. Me prometo a mí misma que él no va a poder conmigo, que, aunque en ocasiones me derrumbe y sea una llorona en potencia, soy una mujer fuerte.

CAPÍTULO 2

Estoy fregando un pasillo, ya empieza a hacer bastante calor y se vuelve eterno. A esta hora, todos los internos están en la sala común o en sus particiones, echando la siesta. El silencio, acompañado de la oscuridad de este pasillo en concreto, me hacen sentir escalofríos, aunque esté incluso sudando.

Unos pasos se escuchan seguidos de una estela de eco. Alzo la vista y saludo al director, el famoso psiquiatra Alonso Suárez, quien me devuelve el saludo de forma seca. No es muy dado a la interacción social. Llevo dos años aquí y únicamente he intercambiado saludos con él. En realidad, suele comunicarse mediante circulares, por eso sé cómo tengo que llamar a cada cosa en este lugar.

Sigo con mi tarea. Para combatir el aburrimiento, saco los auriculares inalámbricos del bolsillo de mi blusón azul. Abro en el móvil la aplicación de audiolibros y comienzo a escuchar un *thriller* psicológico de lo más interesante. Se trata de una vecina que le hace la vida imposible a una escritora de misterio. Me encantan ese tipo de historias.

Tan distraída estoy que no me percato de que alguien me observa hasta que ya es muy evidente. Alzo la mirada y veo el vuelo de una bata blanca perderse en la esquina que da a los lavabos. Niego con la cabeza y sigo a lo mío.

Un par de minutos más tarde, escucho mi nombre como a lo lejos. Me quito uno de los cascos y aguardo un par de segundos. Oigo mi nombre con claridad, es una voz masculina que me llama desde el lavabo, cómo no, de hombres.

Me acerco con sigilo y digo:

—¿Hola?, ¿hay algún problema? —La verdad es que no sé qué decir.

—Por favor, Noelia, acércate —susurra la voz, que me es de lo más familiar.

Entro con los guantes de limpiar puestos. Aunque estaba fregando el suelo, salvo para atender el móvil, no me los he quitado en toda la mañana.

—¿Está bien, doctor? —indago. Ya sé quién es, dios mío…, mi corazón se dispara.

—Ven, por favor —suplica en un quejido.

Me acerco al cubículo donde se encuentra ni más ni menos que el doctor Franco y lo que veo me deja de piedra.

—Me he pillado el pene con la cremallera —dice con voz lastimera y un poco ahogada.

Él sujeta con su mano su miembro y con la otra intenta liberar el trocito de piel que se ha quedado atrapado entre los dientes de la cremallera.

—Oh…, iré a llamar a alguien —digo señalando la puerta de salida.

—No, no es buena idea. Sería motivo de choteo durante el resto de mi vida. ¿Me puedes ayudar tú, por favor? —pregunta suplicante.

Por un momento, estoy tentada a salir corriendo. Algo me dice que todo esto no es más que una excusa para que yo le vea la polla y se la toque un poco. Pues no va a ser el caso, porque si no es con

guantes, no se la voy a tocar. El corazón me va a mil por hora y me acerco.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto con las mejillas rojas como tomates.

—Sujétame el pene, por favor —suelta él, y yo hago lo propio con los dedos pulgar e índice de mi mano enguantada, mientras miro hacia otro lado.

Él trastea en su bragueta, me da instrucciones: «sube el pene, ahora hacia un lado, vuelve a subirlo…», hasta que consigue liberar su miembro de la cremallera traicionera.

—Ya está… Madre mía, qué descanso —suelta jadeante—. Muchísimas gracias —dice, y parece sincero, quizá mi mente maquiavélica me haya jugado una mala pasada—, te debo una, Noelia.

Me encojo de hombros y retiro mi mano de su pene.

—No hay de qué, doctor Franco —suelto, todavía abrumada por la situación.

—Llámame Daniel, por favor. Doctor Franco me queda un poco grande.

No entiendo por qué dice eso, este tío impone, es tan alto e inalcanzable que no puedo menos que verme como una hormiguita a su lado. En cambio, ahora que lo he visto en su estado más vulnerable, me parece buena idea la complicidad que genera llamar a alguien por su nombre de pila y no por un frío tratamiento más apellido. Es como si el doctor Franco hubiera pasado a ser humano y no un ser de otro mundo, una máquina perfecta de sonreír y dejar a las féminas del sanatorio con la dosis de atontamiento suficiente como para pasar el día.

—De acuerdo doc… Daniel.

Tras despedirse de mí dedicándome una mirada demasiado intensa, se aleja caminando a paso rápido por el pasillo. Quién diría que minutos antes tenía la polla atrapada en un inofensivo pantalón.

Son las ocho de la tarde y me llaman para que acuda a limpiar a la partición treinta y tres, la de Carolina. Me lo dice Yurani, una enfermera latina con quien suelo hablar bastante. Es muy simpática, pero hoy parece nerviosa. Incluso me ha metido prisa.

Cuando estoy cerca de la habitación de la Libélula, veo cómo la llevan en camilla a toda prisa.

—¿Qué ocurre? —pregunto a uno de los celadores, pero él no me contesta.

Entro en la estancia y me llevo las manos a la boca cuando veo que el suelo está encharcado de sangre. Además, hay huellas de pies desnudos, pies no muy grandes, yo diría que de un treinta y siete o treinta y ocho.

—Oh, Noelia. Asegúrate de que todo quede impoluto, por favor —dice Carmen a mis espaldas.

No sé por qué lo hace, lo de decirme siempre que lo deje todo como los chorros del oro, sabe que así es, y de no hacer bien mi trabajo, ya me habrían echado hace mucho tiempo. En este lugar la limpieza es primordial.

Asiento con la cabeza y comienzo a fregar. Renuevo el agua al menos tres veces, y la partición queda con un olor a lejía bastante intenso. Abro la ventana hasta el tope que hay para que los internos no se suiciden arrojándose al vacío.

Cuando salgo de la habitación, me encuentro a Daniel; oh, ya me he acostumbrado a llamarle así en solo una hora y media. No tengo remedio. Pues eso, que me encuentro a Daniel. Parece bastante agitado y habla por teléfono mientras camina de un lado al otro y se revuelve el cabello negro como la noche.

No sé cómo reaccionar, si marcharme o hacer tiempo mientras espero que termine de hablar para que me devuelva el favor y me cuente qué demonios ha ocurrido. La curiosidad me puede, lo confieso.

Hago ver que ordeno el carro, que ya está pulcramente ordenado. Limpio el segundo estante con energía, mientras permanezco en cuclillas. Él sigue hablando por teléfono.

—Lo sé, lo sé. No volverá a ocurrir —dice con un deje de hartazgo.

Entrecierro los ojos. Mi mente maquiavélica se pone a tejer historias inverosímiles.

—Sí, se ha levantado. Otra vez, sí. Nooo, nos hemos confiado. Sí, quizá deberíamos aumentarle la medicación, sí…, sí. De acuerdo. Oye, te dejo… —dice al percatarse de mi presencia oculta tras el carro.

Daniel lo rodea y me mira con cara de circunstancias.

—Estaba ordenando un poco… —suelto al saberme descubierta, no sé por qué demonios me quedé acuclillada poniendo la parabólica.

—Ajá… —dice él incrédulo—, ¿no será que querías saber qué le ocurrió a la paciente?, te escuché preguntárselo al celador —dice dedicándome una sonrisa pícara.

Dios, mis mejillas me traicionan siempre, estoy colorada cual tomate reventón.

—Bueno, he limpiado mucha sangre ahí dentro, y al ver huellas de pies desnudos…

Daniel vuelve a sonreír.

—Te lo cuento si al salir tomamos una copa —suelta a bocajarro y trago saliva.

Hago ver que me lo pienso. Mi parte de diablesa grita que sí mientras da saltitos, la de buena madre y angelito me dice que he de volver a casa, que a Yago le gusta dormir conmigo. Pero ¿y si solo es un ratito?, ¿un ratito pequeñito…?

Aunque luego lo pienso con detenimiento y me digo: «Te conoces, Noelia, sabes que has de tener cuidado con tus sentimientos. No consigues regularte, lo quieres todo, exprimir hasta la última gota cuando estás en pareja. No tienes ni idea de lo que es "darte a valer", como decía tu abuela. Y no, esto no acabaría bien, necesitas el trabajo, además, ¿qué clase de tipo te invita a tomar una copa a cambio de información?, definitivamente, no».

Sin embargo, hay una fuerza extraña dentro de mí que me hace escuchar mi propia voz decir: «Sí, acepto esa copa».

CAPÍTULO 3

Daniel me espera a la salida del sanatorio, pero me dice que salga con el coche y lo espere en el *parking* que hay a poco más de un minuto en coche. Alega que si nos ven marcharnos juntos, daría mala imagen. Al parecer, la política de la institución es muy estricta sobre ese tema. No se prohíben las relaciones entre empleados, aunque sí se invita a la discreción. Además, si me ven marcharme con este adonis, mañana las compañeras me harán el tercer grado.

Me subo a mi destartalado coche y arranco. Conduzco con impaciencia y, de pronto, pienso en si llevo o no unas bragas que se puedan enseñar. En los últimos tiempos opto por la comodidad y me pongo cualquier cosa que no me moleste para trabajar. ¿Y por qué demonios estoy pensando en las bragas que llevo puestas?

Llego al aparcamiento y espero a Daniel mientras intento arreglarme un poco el pelo, que llevaba recogido en un moño. Me lo acabo de soltar y, con los dedos, acomodo mis ondas.

Llevo un pantalón tejano y una blusa tejida a croché que me hizo mi madre hace más o menos un mes. Me sienta bien y, para haberme pasado las últimas horas limpiando como si no hubiera un mañana, me veo bastante decente.

De pronto, el BMW X6 de Daniel se detiene frente a mi coche. Él abre la ventanilla y la voz rasgada de Damiano David se cuela en mis oídos. No me lo creo, le gusta Måneskin. Es sin duda mi grupo favorito, además, me encanta Damiano, para qué decir lo contrario.

—¿Subes? —pregunta con una sonrisa pícara, la imagen de su pene atrapado por una cremallera irrumpe en mi mente.

Niego por instinto.

—Mujer, que solo es una copa, no voy a comerte —dice divertido.

Me subo al coche con el bolso en el regazo.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, un largo día, nada más.

—¿Sabes?, muchas veces me he preguntado por qué una chica como tú, joven e inteligente, está limpiando un sanatorio —suelta con seriedad.

Aprieto los puños. Es un trabajo digno. Puede que, si hubiera acabado la carrera, hoy sería una flamante abogada. Sin embargo, me quedé embarazada y tuve que dejar de estudiar.

Lo intenté cuando Yago tenía un año, pero entonces mi ex se opuso. Una madre tenía que quedarse en casa a cuidar de su hijo, según él. Le dije que existían las guarderías, aunque eso para él era como un sacrilegio. Aun así, cursé un grado medio de administrativo a distancia y tengo el título.

Un escalofrío me trae al presente.

Se lo explico. Lo de mi ex no, claro está. Pero sí lo de mi carrera frustrada y el grado medio que sí logré terminar, con muy buenas calificaciones, por cierto.

—Necesito trabajar —concluyo.

—Pero creo que podrías optar a algo mejor. Quizá yo pueda ayudarte, tengo amigos que necesitan que les cuiden a sus hijos…

Esto último no me sienta muy bien. No me veo aguantando a los niños de otra mientras dejo al mío a cargo de mi madre. Tengo la paciencia justa para mi hijo.

—Estoy bien en La Savinosa. Además, todavía soy joven, retomaré mis estudios en cuanto mi hijo sea un poco más mayor.

—¿Qué edad tiene? —pregunta.

—Cinco años.

—Con esa edad son terremotos. Los míos ya son hombres. Veintitrés y veinticinco —aclara.

Abro la boca, sorprendida. Sabía por mis compañeras que era divorciado, aunque no que tuviera hijos, y mucho menos tan mayores.

—¿Pero qué edad tienes? —inquiero estupefacta y poco discreta.

—Cuarenta y ocho —responde encogiéndose de hombros.

Juro que no los aparenta. Pensé que tendría entre treinta y siete y cuarenta años. Su piel no representa la edad que tiene, y mucho menos su cuerpo.

Por dios, me saca más de veinte años, mi madre es solo un poco mayor que él y parece su abuela.

—¿Hiciste algún pacto con el diablo? —inquiero todavía incrédula.

—Bueno, más bien lo hice con la vida sana, aunque a veces, como hoy, me tomo la libertad de tomarme una copa en buena compañía —suelta mirándome con esos ojos malvados que tiene, y luego añade—: ya hemos llegado.

Me abre la puerta para que baje del vehículo. Es algo alto y por poco me doy de morros en el suelo. Él consigue sujetarme. El contacto de su mano me eriza la piel.

«Podría ser tu padre», dice mi voz interior. «Pero no lo parece», se responde.

Caminamos hacia la puerta de un chalé. Daniel le dice su nombre al de seguridad y este nos deja entrar.

La música suave se cuela en mis oídos, y la luz azulada invade todos los espacios. Hay poca gente, la mayoría parejas, que disfrutan de su conversación mientras toman cócteles imposibles.

Un camarero se nos acerca y saluda a Daniel con ese tono que se utiliza cuando un cliente importante y habitual cruza el umbral de la puerta de tu negocio. Creo que es el dueño del local, que se llama Estilo. El local, claro está, del dueño desconozco el nombre hasta que Daniel lo pronuncia, se llama Mario.

—¿La mesa de siempre, doctor? —inquiere Mario con picardía.

Me pregunto enseguida a cuántas mujeres habrá traído aquí Daniel, y me siento una oveja más de un clandestino rebaño.

Nos sentamos y Mario nos toma nota. Yo quiero un mojito, Daniel un *aperol spritz*.

—¿Estás bien, Noelia?, te veo algo tensa.

No sé qué decir, me siento tan fuera de lugar…

—Sí, solo que hace tiempo que no salgo a tomar una copa.

—¿No?, ¿con lo joven que eres?

Omito decirle que durante años mi ex me prohibió salir con amigas, ni siquiera podía tomar un café sin tener consecuencias. Aun así, yo me escapaba de sus tentáculos en cuanto se daba la vuelta, pero siempre, siempre acababa por enterarse. Luego llegó Yago y más tarde nuestra separación, desde entonces vivo para trabajar y no tengo tiempo para nada más.

—Bueno, quizá prefiero la vida familiar. Salir por la noche y todo eso está muy bien, aunque no lo es todo —digo tratando de convencerme a mí misma de que es lo que realmente pienso.

—Lo intuía, sabía que necesitabas esto. Una copa con un amigo. Disfrutar un poco de la vida. Por eso te invité.

—¿Así que piensas que trayéndome aquí haces una obra de caridad? —inquiero molesta.

—No. Solo quería verte fuera de esas cuatro paredes —dice clavándome la mirada y posando su mano sobre la mía.

Por un momento, estoy a punto de retirarla, pero me quedo bloqueada, embriagada por las sensaciones que me produce su contacto.

—Creí que ibas a contarme lo ocurrido con la señora Carolina… —suelto con determinación.

Él retira su mano de la mía como si ahora mi contacto le quemara.

Nos traen nuestras bebidas.

Se produce un momento de silencio incómodo. Le doy un trago a mi mojito.

Él hace lo propio y luego me mira.

—A Carolina le ha ocurrido lo de siempre. Sintió que podía caminar y no sé de dónde sacó una cuchilla. Se volvió a autolesionar, como viene haciendo desde hace tres años. Por eso la tenemos controlada con medicación. No debería contarte todo esto, me debo a la confidencialidad de mi profesión…

—No te preocupes, no le diré nada a nadie…

—Esa mujer es peligrosa, aunque la veas tan indefensa. Así que te aconsejo encarecidamente que te guardes las espaldas cuando estés en su partición. No sería la primera vez que ataca a una empleada.

—¿No?, ¿qué hizo? —pregunto con curiosidad.

—Creo que quieres saber demasiado, señorita cotilla —dice, y desliza su dedo índice por mi nariz.

—Es solo un poco de curiosidad. Me parece increíble que masacrara a su familia, se ve tan… inofensiva.

—Uy, no la subestimes, Noelia. Si pudieras ver todo lo que yo he visto en mis años de profesión… Jamás hay que fiarse, y mucho menos de una mujer que ha matado una vez, pues lo puede hacer otra. No lo olvides.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo por sus últimas palabras. Hasta ahora no le había tenido miedo a Carolina, pero al escuchar a Daniel, empiezo a temer por mi seguridad, porque limpio cada día su partición y me quedo a solas con ella. Mi madre suele decir que debería entrar alguien de seguridad conmigo, o un celador que la reduzca en caso de que me ataque alguna vez, pero yo no me atrevo a quejarme, necesito este trabajo.

—No te preocupes, no te hará nada…

—¿Cómo lo sabes?, creo que me has metido el miedo en el cuerpo.

—No, mujer —se carcajea—, solo bromeaba. Carolina tiene sus arranques, pero casi siempre se hace daño a sí misma, solo hay que tener cuidado, porque si se lo intentas impedir, te puede atacar. Si un día se mostrara violenta consigo misma, llama de inmediato para que vaya a atenderla alguien cualificado para hacerlo. ¿Entendido? —sentencia en tono paternalista.

Lo peor es que asiento como una colegiala a la que han echado una buena regañina. Quizá sí que se nota que Daniel es bastante más mayor que yo ahora mismo.

—Tranquilo, no pienso meterme entre esa mujer y su cuchilla —bromeo para quitarle hierro al asunto.

Daniel estalla en carcajadas de nuevo.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres muy divertida? —pregunta mientras me dedica esa sonrisa derrite bragas que tanto encandila a todas las mujeres de La Savinosa.

—Solo los que tienen ocasión de tomarse una copa conmigo —respondo tras darle otro sorbo a mi mojito. Las piernas comienzan a pesarme, señal inequívoca de que el alcohol recorre mi torrente sanguíneo sin darme tregua.

El doctor posa su mano de nuevo sobre la mía y la acaricia con suavidad.

—¿Sabes?, el verdadero motivo por el que te he invitado a tomar una copa conmigo es otro.

Observo al hombre que tengo frente a mí y lo miro con intensidad. El alcohol me envalentona.

—¿Y cuál es? —pregunto jugueteando con el removedor de mi cóctel.

—Que me tienes loco, Noelia. No puedo dejar de pensar en ti, me gustas —suelta a bocajarro.

Me quedo atónita. Jamás pensé que al imponente y atractivo doctor Franco pudiera gustarle yo, una limpiadora con demasiados frentes abiertos y aspecto de estar agotada las veinticuatro horas del día.

—Daniel, yo…

—No me rompas el corazón, por favor —dice de modo teatral—, te lo he abierto en canal, dime que sientes lo mismo que yo y nos vamos a otro lugar. ¿Qué te parece?

«Me parece que hoy follo, eso me parece», pienso. Ay Dios, creo que el mojito ha hecho estragos en mí. Daniel Franco, el doctor más sexi de La Savinosa, me acaba de proponer que me acueste con él, y yo no tengo la menor intención de rechazarlo. Aunque en mi fuero

interno algo me grite: «levántate y aléjate de aquí sin perder tiempo».

CAPÍTULO 4

Abro los ojos y una luz blanca, cegadora, me hace daño. Me tapo con el dorso de la mano y gruño.

—Buenos días, dormilona. —Me sorprende la voz rasgada y algo somnolienta de ni más ni menos que el doctor Franco.

¿Qué demonios ha ocurrido?, no puede ser, no puede ser…, para una vez que echo un polvo en siglos, no me acuerdo de nada.

Además, es de día, ¡Yago…!

Me levanto como un resorte mientras Daniel me mira divertido con el codo apoyado en la almohada. Está de lo más sexi ahora mismo y, si pudiera, no dudaría en volver a tirármelo, al menos para acordarme, demonios, pero tengo que marcharme, debería estar en casa antes de las ocho si es que no es ya esa hora. Se lo pregunto al doctor, ¿o debería decir a mi amante?

—Son las siete, mujer. Todavía es temprano.

—Tengo que llevar a mi hijo al colegio —digo de corrido mientras intento localizar mi ropa, que está dispersada por el suelo.

—Si es sábado… Anda, ven aquí y tiéndete a mi lado. Tu hijo debe de estar dormido todavía.

No lo creo, Yago es muy madrugador y estará triste por no tenerme en casa, por no decir que mi madre debe llevar un cabreo monumental.

—Me encantaría, Daniel, pero he de volver a mi casa —digo en un tono casi suplicante.

Él se sienta y se lleva las manos a la cabeza para revolverse el cabello.

—Está bien. Deja que me duche y te llevo enseguida al *parking*.

Asiento mientras me pongo el pantalón ya con menos prisa. No sé cómo se me ha podido olvidar que hoy no tengo que trabajar y mucho menos llevar a mi hijo a la escuela. Mi vida es tan frenética que ya no sé en qué día estoy.

Daniel se dirige como su madre lo trajo al mundo hacia el lavabo. Madre mía, ¿se puede ser más perfecto?

Cuando me quedo sola, miro a mi alrededor. Este sitio es una verdadera maravilla. Me aproximo al gran ventanal y veo el mar muy cerca, peleándose con las rocas. No consigo ubicarme, no sé dónde demonios estoy ni como llegué anoche aquí. Solo sé que Daniel me dijo que le gustaba y ahí perdí el juicio. Maldito mojito, si es que no puedo beber…

Quince minutos más tarde, mi supuesto amante sale del cuarto de baño, con una toalla alrededor de la cintura y toneladas de sexapil.

Abre una gran puerta corredera y deja a la vista un enorme vestidor. Mi mandíbula cuelga literalmente, tiene más ropa de la que he tenido yo en toda mi vida.

Se viste con unos pantalones vaqueros negros y una camiseta gris que se ajusta a su impresionante figura como un guante. Me hace una señal para que lo siga. Y, cual corderito, lo hago.

Tardamos al menos veinte minutos en llegar al aparcamiento y le señalo mi coche en cuanto lo veo, él me sonríe con suficiencia, claro

que se acuerda dónde lo dejé, pero es que durante todo el trayecto hemos permanecido en silencio. No sabía qué decirle a un tío al que me he tirado y no tengo ni el menor recuerdo de haberlo hecho.

—Bueno, fierecilla, ha estado muy bien —dice mirándome con intensidad.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?, ¿besarlo?, ¿y qué demonios es eso de «fierecilla»?, cualquiera diría que estoy en una novela romántica…

—Sí-sí…, muy bien… —digo con la inseguridad de una niña.

—Nos vemos el lunes —sentencia con la intención de que me baje del coche.

Pongo especial cuidado en no caerme de este vehículo para personas de piernas largas y me echo hacia un lado para que él pueda marcharse.

Daniel me dice adiós con la mano y, tras ponerse sus gafas de sol y subir la música, que de nuevo es la de mi grupo favorito, acelera y se marcha dejando tras de sí una estela polvorienta y a una persona demasiado confundida para poder conectar dos pensamientos ahora mismo.

Necesito llegar a casa, y he de hacerlo cuanto antes. O quizá lo que necesito es despertar de este sueño inquietante y surrealista. Puede que esté durmiendo, quién sabe. De pronto, un mosquito me pica en el rostro y consigo aplastarlo en mi mejilla, que ahora luce con seguridad manchada de la sangre de todos los incautos que han sido picados antes que yo.

No, no estoy durmiendo, estoy despierta, demasiado, diría yo. Y lo peor de todo es que hay un montón de horas de mi existencia que se han borrado completamente de mis recuerdos.

Llego a casa y me encuentro a mi hijo desayunando en la cocina. En cuanto me ve, se levanta y viene hacia mí para abrazarme.

—¿Dónde estabas?, la abuela te llamaba y tenías el teléfono apagado —dice mi pequeño con un rostro verdaderamente preocupado.

—He tenido que trabajar toda la noche por una urgencia, Yago. Pero ya estoy aquí —miento descaradamente, no se me ocurría ninguna excusa mejor.

Mi madre entra en la cocina y me sonríe con picardía. Luego sale y yo la sigo.

—Mamá, he tenido que…

—Ahórrate el discurso. A Yago puedes engañarlo, al fin y al cabo, es un niño, pero a mí no me engañas, hija. No hace falta que me des explicaciones, ya era hora de que hicieras algo más que trabajar…

Me encojo de hombros, no esperaba menos de ella.

—Tengo que llevar a Yago con su padre —anuncio con desgana.

Ese era el motivo principal por el que tenía tanta prisa. Mi ex no tardará en llamar y me dirá: «estoy en el *parking* de las grúas», por no decirme que está en el del antiguo puticlub.

Tendría que ser él quien viniera a buscar al niño a la puerta de casa, pero se niega. Estoy por apodarlo: el Opositor.

Mi madre me ha dicho una y mil veces que no me mueva de casa, «que sea él quien lo recoja, es su deber», en cambio, siempre acabo por llevárselo al dichoso aparcamiento, principalmente por mi hijo, también por mi salud mental.

Veinte minutos más tarde, recibo el mensaje y yo no estoy preparada para despedirme de mi hijo. No lo he visto apenas en toda la semana, y me he perdido la noche del viernes. Bien hecho, Noe.

—No quiero irme con papá, mami. Me aburro mucho —dice mi pequeño abrazándome con fuerza.

—Solo son dos días, cariño. El lunes iré a buscarte al colegio y te llevaré un regalito —digo para evitar que llore.

—¡¿El camión monstruo?! —pregunta emocionado.

—Intentaré que así sea, mi amor —le digo dándole un montón de besos.

Nos ponemos en marcha. Ayudo a mi hijo a abrocharse el cinturón de seguridad y me armo de valor antes de conducir hacia el lugar donde sé que encontraré a mi ex. No soporto estar obligada a tener contacto con alguien que me dañó tanto y que piensa que me hizo feliz.

CAPÍTULO 5

Es lunes por la tarde y he de entrar a trabajar. No puedo negar que estoy nerviosa, pues no sé cómo he de comportarme a partir de ahora delante de Daniel.

Me he pasado el fin de semana dándole vueltas a la cabeza, intentando recordar qué demonios ocurrió después de que se declarara, pero no hay manera. Todo es como un fundido a negro indescifrable.

Nunca he tenido lagunas mentales por beber, y mucho menos por únicamente un mojito, que, dicho sea de paso, no estaba ni tan siquiera muy cargado de alcohol. Quizá sea porque ya empiezo a tener una edad y los cuerpos cambian, como diría mi madre.

Tras entrar en el edificio, me dirijo al vestuario con la mochila a cuestas, como siempre.

Me pongo el uniforme y cojo el documento con mis tareas asignadas para la jornada. Como casi siempre, tengo que ir a limpiar la partición de Carolina, es la primera que tengo que hacer hoy, luego he de seguir hasta el final del pasillo con el resto de las habitaciones.

Preparo mi carro y me dirijo sin prisa, pero con cautela, a la partición de la Libélula.

La encuentro sentada en su silla de ruedas y, como es habitual, con la mirada en otro planeta. Si bien algo ha cambiado, lleva un antebrazo vendado.

—Hola, Carolina, ¿qué tal estás hoy? —pregunto sin esperar reacción ni respuesta alguna.

De hecho, ni se inmuta.

Voy haciendo mi faena mientras tarareo la misma canción que llevaba Daniel al marcharse el sábado.

De súbito, mi horrible cántico se ve alterado por una especie de quejido lastimero que da bastante mal rollo. Soy consciente de que canto mal y me invento el inglés, pero esto son palabras mayores.

Dejo de cantar y el quejido cesa. Me acerco a Carolina y sigue igual que estaba cuando la saludé.

Me encojo de hombros.

—¿Te gusta Måneskin? —pregunto.

Carolina no responde ni hace movimiento alguno. Sin embargo, su boca babeante emite un sonido, como un sollozo.

—¿Estás triste? —indago.

El quejido cesa. En su lugar, mueve uno de los dedos de la mano izquierda, que está apoyada en su regazo. Lo mueve repetidamente.

—¿Pretendes decirme algo? —inquiero.

Carolina mueve el dedo de nuevo dos veces. Lo entiendo de inmediato.

—Dos veces para el sí, una para el no, ¿cierto?

El dedo se eleva dos veces.

—¿Estás triste? —repito.

Un solo movimiento.

—¿Asustada?

Dos.

—¿Puedo ayudarte de algún modo?

Dos.

—Dime cómo… No puedes decirme cómo, joder —digo nerviosa.

—¿Quieres que llame a alguien?

Una.

—Entonces, no sé qué pueda hacer yo.

De nuevo los sollozos. No sé qué más preguntarle, cómo proporcionarle la ayuda que necesita si no puede más que decirme sí o no, y ni siquiera estoy segura de que no sea una paranoia mía y la mujer solo esté moviendo su dedo por lo deteriorada que está mentalmente.

—¿Corres peligro? —pregunto en modo peliculero.

Los sollozos aumentan, pero su respuesta es contundente: no. O sea, un movimiento de dedo más notable que los demás.

—¿Crees que pueda correrlo yo? —pregunto por simple descarte.

Mi sorpresa es mayúscula, cuando Carolina alza dos veces el dedo, para en seco y vuelve a hacerlo, y otra vez, otra vez…

—¿Pero por qué piensas que corro peligro? Solo soy una limpiadora que viene a hacer su trabajo.

De súbito, la veo mover la boca con dificultad, emite un sonido, como un siseo.

Acerco el oído a su boca, ella trata de decir algo, aunque no puede. Solo escucho un balbuceo ininteligible.

—No te entiendo, Carolina.

Ella insiste en decirme el mismo cúmulo de letras arrastradas sin sentido. Pero en esta ocasión, alcanzo a escuchar algo: «nino».

Quizá se refiera a alguien que se llama así. No me suena ningún Nino en La Savinosa.

—¿Nino?, ¿quién es Nino?

—Pe-go-go-tú… —balbuce ella.

—¿A qué te refieres?, es que no te entiendo, de verdad, Carolina.

Ella me mira a los ojos por primera vez como llena de frustración y de rabia.

—Lo siento —zanjo y me dirijo a mi carro, que aguarda fuera de la partición.

En el pasillo encuentro a Daniel, que me saluda con jovialidad y pregunta cómo ha ido el fin de semana.

Le digo que bien, pero evito confesarle que he pasado los dos días viendo Netflix sentada en el sofá, mientras mi madre, a mi lado, hacía ganchillo. Creo que un hombre como él se reiría de mi pedazo de fin de semana, al menos eso creo.

—Estuvo bien la noche del viernes, quizá podríamos repetir —suelta sin darle demasiada importancia.

—Sí, claro, estaría bien… —respondo por inercia.

—¿Qué te parece este viernes? —inquiere.

Me llevo la mano a la cabeza y retiro un mechón molesto, que pongo tras la oreja.

—Este viernes he de quedarme con mi hijo, se lo he prometido…

—Ah, entiendo. Pues quizá podríamos vernos hoy un rato cuando salgamos, prometo que no será más que una copa, y si quieres, sin alcohol —dice mientras levanta las manos en señal de rendición.

No sé qué hacer, tendría que decirle que no. Él no tiene ataduras, sus hijos son mayores y puede hacer lo que quiera con su tiempo, no así yo.

—De acuerdo, pero solo un refresco rápido —sentencio, y él me guiña un ojo.

—Pues hasta luego, entonces… —dice mientras reemprende su marcha.

—Hasta luego, Daniel.

Él se para en seco y se voltea para decirme:

—Oye, si eso mejor nos vemos en el aparcamiento de la otra vez, espérame allí, yo iré en cuanto pueda.

Asiento con la cabeza. Temo que esto se convierta en una costumbre, en una mala costumbre. Hoy seré firme, me tomaré un refresco y volveré a casa con mi hijo. Lo prometo. La cuestión es: ¿podré cumplir mi promesa?

CAPÍTULO 6

Estoy en el cuartito de las limpiadoras comiéndome un bocadillo a escondidas. Hoy tengo muchísima hambre y he tenido tanto trabajo que no he podido probar bocado antes.

De súbito, llaman a la puerta.

Me pongo nerviosa, alguien sabe que estoy aquí y no quiero que piensen que me escaqueo, que sí, porque ya hace mucho rato que tendría que haber merendado y no lo he hecho. La supervisora no soporta que nos escondamos a comer a deshora. Así que intento borrar todo rastro de bocadillo de mi rostro, aunque no soy capaz de camuflar el olor a chorizo que flota en el aire ni con el pequeño perfume de imitación que llevo siempre en el bolso.

Cuando han llamado, tenía un buen trozo de pan en la boca, y después de masticar con rapidez para reducirlo y poderlo tragar, vuelven a llamar con más insistencia, trago y la comida toma un rumbo extraño en mi interior. Comienzo a toser y a ahogarme a la vez. Abro la puerta, porque creo que, si no lo hago, moriré de la forma más ridícula.

Me mareo e intento salir del asfixiante cuartito. Unas manos firmes rodean mi cintura y me oprimen bajo las costillas, una, dos, tres veces. Expulso al alien de pan que hasta hace un momento se movía por áreas inexploradas de mi sistema respiratorio.

—Ay dios… Ay dios… —Es lo único que puedo decir sin parar.

—¿Está bien? —pregunta el hombre que acaba de salvarme, que no es otro que Alonso Suárez, el fantasmal director de La Savinosa.

—Sí, muchas gracias, doctor —digo de modo entrecortado.

—¿Por qué estaba comiendo encerrada en el cuarto de la limpieza? —pregunta con sequedad.

—Es que, lo siento, no debí…, se me hizo tarde y no me pareció bien ir a la sala de personal a estas horas —miento, la supervisora es muy estricta con este tema, pero no quería meterla a ella por medio.

—No puede encerrarse ahí sola, se podría haber muerto —espeta.

Omito decirle que mucha gente está sola en casa, con su puerta cerrada, y come sin problema.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —digo como un corderito.

—En fin, ha tenido usted suerte. Aunque yo la buscaba por otro tema, de todas formas, si me facilita una bayeta o algún paño, lo limpiaré yo mismo.

—No, no se preocupe, ¿qué ha ocurrido? —inquiero con disposición.

—Creo que encerrarse en el despacho tampoco es buena idea, he derramado el café y tengo la mesa hecha un verdadero desastre —confiesa encogiéndose de hombros y con un atisbo de chispa en su mirada siempre gélida.

—No se preocupe, enseguida lo limpio —digo y me encamino sin perder el tiempo a su despacho.

El director me hace un gesto de asentimiento y se dirige hacia los lavabos.

Minutos después, he dejado la mesa del doctor impecable. Él ya se ha encargado previamente de quitar todos los objetos que suelen

descansar en su mesa, pero me llama la atención un marco fotográfico que está del revés sobre una pila de cajas de paquetes de papel.

Miro hacia ambos lados y la giro para ver la fotografía. Me siento enternecida. El doctor sonríe junto a una bella mujer que sostiene entre sus brazos a un recién nacido.

Parecen tan felices…

Recuerdo cuando nos hicieron el reportaje de fotos tras el nacimiento de Yago. Mi rostro no era el de una mujer feliz, la melancolía me consumía. Pero de eso ya hace mucho tiempo, o al menos a mí me lo parece, es como si aquellos días oscuros pesaran como siglos.

Estoy en el aparcamiento, esperando a Daniel. Ya ha pasado media hora y no hay ni rastro de él. Estoy a punto de marcharme, cuando veo aparecer su coche, que, de un modo brusco, acorta distancias y se posiciona junto al mío.

—Noelia, siento haber tardado —dice y me hace un gesto para que suba a su vehículo.

—Si no te importa, prefiero conducir el mío y seguirte —propongo.

—¿Acaso no te fías de mí, fierecilla? —pregunta con un toque canalla, otra vez eso de fierecilla, he de decirle que me incomoda bastante que me llame así.

—No es eso, solo es que prefiero…

—Sube, mujer, prometo portarme bien esta vez, solo un refresco y podrás volver a casa con tu hijo.

Acabo por claudicar, ¿quién puede resistirse a semejante sonrisa?

De nuevo me lleva al mismo lugar de la vez anterior. Escondido, clandestino e inquietante.

Me pido una naranjada.

—Oh, ¿en serio?, en este sitio hacen los mejores cócteles del mundo, ¿y tú quieres una triste naranjada?

—Sí, es lo mejor, Daniel. Mañana trabajamos ambos…

—Visto así… Está bien, ella manda —le dice al camarero y este asiente con seriedad antes de desaparecer de nuestra vista.

—¿Qué te ocurrió hoy con el jefe? —me pregunta encogiéndose de hombros mientras posa su mano sobre la mía.

—¿No me digas que te lo ha contado?, qué vergüenza… —Me llevo ambas manos al rostro.

—Bueno, digamos que en La Savinosa todo se sabe…

—Pues entonces ya sabrás lo que ocurrió, ¿cierto?

—Quiero oír tu versión —suelta con firmeza.

Yo no quiero contarle ahora mi desagradable experiencia.

—Mejor cambiemos de tema, ¿no crees?

Él va a decir algo, pero el camarero trae nuestras copas. La suya es un cubata, poco tardo en darme cuenta de que la mía también.

—No quiero beber, he de conducir —suelto y alejo el vaso de tubo.

—No seas aguafiestas, mujer. Además, solo es una copa.

—Lo siento, quiero llevar a mi hijo al colegio mañana por la mañana. Así que agradezco tu invitación, pero me gustaría poder volver a casa.

Que no respeten mi voluntad me puede, así que prefiero poner límites de modo drástico.

Daniel me observa con una mirada difícil de interpretar.

—Está bien, no te enfades. Le diré al camarero que traiga ahora tu naranjada. Sin trampas. ¿Me perdonas? —pregunta como un cachorro que ha hecho alguna maldad.

Ruedo los ojos y asiento. Daniel se levanta, coge el cubata que me sirvió el camarero y se lo lleva a la barra, los dos hombres hablan durante unos segundos. No puedo evitar pensar que quizá ambos se estén riendo de mí.

CAPÍTULO 7

Daniel me acompaña al aparcamiento donde he dejado mi pequeño utilitario. Tras su broma y mi posterior arranque, el ambiente se enrareció, así que ambos nos acabamos nuestras bebidas con celeridad y él propuso que nos marcháramos. No se me ocurría mejor idea, pues quería que la tierra me tragara.

No dejaba de darle vueltas a mi comportamiento al comprobar que Daniel me había intentado colar un cubata, cuando yo había dicho muy claro que no quería beber alcohol. Quizá he sido demasiado drástica, incluso creo haber levantado un poco demasiado la voz. Tengo la impresión de que el doctor no volverá a querer quedar conmigo fuera del trabajo. En parte lo prefiero. No puedo coger la mala costumbre de llegar tarde a casa, mi pequeño me necesita, y yo a él.

Es más, temo que mi hijo le cuente a su padre que llego tarde por las noches o que incluso no llego a dormir. Sé que él lo utilizaría para dañarme más de lo que lo ha hecho ya. Nunca supe a ciencia cierta con quién había formado mi pequeña familia, no hasta que nos separamos y llegó el odio desmedido hacia mí por parte de él.

Siempre aprovecha cualquier grieta en mi comportamiento para lanzarme dardos ardientes con el rostro de mi hijo, siempre para darme donde más me duele, para intentar controlarme por medio del ser que más amo en el mundo.

Debería imponerme, decirle una y mil veces que perdió el control de mi persona hace mucho tiempo, pero sé que, en cierto modo, no es real, pues sigue moviendo los hilos en la distancia, unos hilos que en ocasiones me aprietan el cuello y me dejan sin respiración.

—Ya hemos llegado —rompe el silencio Daniel.

—Oh, sí. Lo siento —digo al darme cuenta de que he perdido la noción del tiempo por un momento mientras navegaba en el mar de mis recuerdos.

Confieso que no sé cuánto tiempo llevamos aquí, pero por la expresión indescifrable de mi acompañante, creo que varios minutos.

—Te veo distraída, fierecilla —suelta divertido; no sé por qué no me ha sentado tan mal en esta ocasión que se refiera a mí de ese modo.

—Qué va, es solo…

—Lo sé, me he portado como un imbécil, espero que sepas perdonarme. Solo quería que disfrutaras, creo que te lo mereces. Se te ve siempre tan estresada…

Frunzo el ceño, no me gusta ser tan evidente. Aunque el estrés sea algo tan difícil de ocultar a la vista de los demás.

—Tranquilo. Quizá otro día… —respondo sin tener muy claro si quiero volver a perder la noción del tiempo.

—Sí, muy pronto, además…

—¿Cómo estás tan seguro de que aceptaré de nuevo que nos veamos fuera del trabajo, doctor?

Daniel me mira con intensidad y responde con su voz rasgada.

—Porque sé que me deseas y quieres repetir lo de la otra noche.

«Si supiera qué pasó, porque no tengo ni idea», pienso.

A saber en qué loca me transformé a causa del temible mojito. Que me haya puesto ese sobrenombre me hace sospechar que perdí un poco bastante los papeles, o mi acostumbrada timidez de las primeras veces.

—Sí, claro —digo con torpeza.

De pronto, Daniel me escruta con sus hermosos ojos oscuros y acaricia mi rostro. La luz interior del coche está encendida y alcanzo a ver unas patas de gallo algo marcadas que no había visto antes.

Sonrío confundida. Es como si de pronto tuviera frente a mí a un desconocido. Esa sensación se difumina cuando Daniel posa sus labios sobre los míos y me besa.

◆ ◆ ◆

La mañana siguiente me regala un sol destellante. Llevo a Yago a la escuela y me despido de él con muchos besos. Quiero aprovechar todo lo posible estos momentos. Sé que, en un tiempo, que seguro pasará muy deprisa, Yago dejará de besarme delante de la puerta de la escuela, y si yo lo hago, me dirá: «v*ade retro*, maldita madre».

Mi pequeño entra en el colegio y yo me alejo a paso vivo. Tengo unas horas para mí antes de ir a trabajar. Aunque confieso que estoy algo cansada. Lo mejor que podría hacer es ir a casa y echarme un rato a dormir, pues no he pegado ojo pensando en el beso.

No quiero que un hombre vuelva a acaparar toda mi mente, necesito que no sea así. En su día, mi psicóloga me habló de la limerencia: la obsesión compulsiva hacia otra persona. Siempre me pregunté por qué era así, por qué no sabía dosificar en el amor, lo quería todo, absolutamente todo. El problema era cuando pasaba de la obsesión al absoluto pasotismo. Ese era el momento en el que el contrario, con tendencia siempre a ser el líder de la relación, se encontraba literalmente en calzoncillos. Eso hacía que el acosado se volviera acosador y era algo bastante curioso, pero me había

ocurrido con hombres con los que había estado y yo había abandonado cuando ya no me resultaban interesantes.

No podía permitir de ningún modo que me ocurriera lo mismo de nuevo, no ahora que tenía una estabilidad emocional.

Llego a casa, mi madre no está, ha salido a caminar con un par de amigas. Así que, tras desayunar un cuenco de cereales, me tumbo en el sofá y no tardo en dormirme.

Pero no me siento bien, mi sueño es una pesadilla en la que La libélula dice una y otra vez: «*Nino tú pego, nino tú pego*». Su rostro es un agujero sin facciones, su voz es cada vez más escalofriante. De súbito, siento como si me agarraran del brazo con fuerza. Quiero zafarme y no puedo, noto las uñas de Carolina desgarrar mi piel. Trato de gritar, de moverme. Es imposible, la parálisis más espantosa se hace con mi cuerpo. Cuando consigo que mi boca emita un sonido errático y salvaje, me despierto. Tengo el cuerpo dolorido y mi corazón galopa sin freno. Ha sido horrible, creo que necesito vacaciones y todavía faltan algo más de dos meses para poder disfrutar plenamente de mi tiempo y mi pequeño.

CAPÍTULO 8

Entro en la habitación de Carolina. Esta vez está en la cama. Su mirada hacia ninguna parte es escalofriante. La saludo, como ya es costumbre; ella, para variar, no me devuelve el saludo, ni siquiera parece reparar en mi presencia.

Me pongo con mis quehaceres, prefiero no obsesionarme con sus palabras del otro día, quizá solo sean fruto de mi desbordante imaginación. Sí, la historia de esta mujer invita a hacerse películas.

De pronto, comienzo a escuchar sus gemidos lastimeros.

—¿Estás bien, Carolina? —pregunto, y ella mueve el índice una única vez.

Así que es cierto, trata de comunicarse conmigo, no es fruto de mi mente maquiavélica.

—¿Tienes miedo?

Dos movimientos…

—¿Hay alguien en La Savinosa que te provoca ese miedo?

Sí.

—¿Crees que pueda hacerte daño? —indago con el corazón en un puño.

No.

—¿Crees que pueda hacérmelo a mí?

Sí…

—¿Pero por qué?

—Ni-ni-ni-no… —dice con dificultad y luego susurra algo ininteligible.

—¿Quién es Nino?, ¿asesino?, ¿es eso?, ¿hay un asesino en La Savinosa?

Ella me mira por primera vez a los ojos, clavándome sus perlas azules, diciéndome un sí rotundo que no deja espacio para los movimientos de dedos.

Habla de nuevo. Lo hace tan flojito que no soy capaz de entender qué demonios dice.

Acerco mi oído a su boca y me estremezco cuando escucho con claridad: «estúpida», y de pronto, una mano me agarra del moño con fuerza. Demasiada.

Grito, pido auxilio con desesperación. La Libélula sigue hablando.

—Niña estúpida —dice con claridad.

De pronto, dos celadores seguidos de Daniel entran en la estancia. No he podido pulsar el timbre para avisarlos, pero mis gritos han dado sus frutos.

Daniel le clava con fuerza la aguja de una jeringuilla en el brazo a mi captora y esta afloja la presión casi de inmediato.

En cuanto me suelta, mi cabeza está dolorida y no puedo aguantar las lágrimas.

Daniel me abraza y acaricia mi rostro con dulzura.

—Ya está, mujer, tranquila, ya ha pasado —dice para reconfortarme.

Un carraspeo interrumpe el momento, es Carmen.

—¿Qué ha ocurrido, doctor? —pregunta con sequedad.

—La paciente agredió a la señorita Noelia, está un poco asustada…

—¿Cómo ha podido pasar, Noelia? —pregunta escrutadora.

—Lo siento, estaba llorando y parecía que quería decirme algo. Solo me acerqué a escucharla.

Los brazos de Daniel se tensan y acaba por soltarme.

—No debe acercarse a la paciente —dice él abriendo un abismo de frialdad entre los dos.

—Lo sé, solo creí que podría necesitar algo…

Carmen niega con la cabeza. Sé que me va a caer un buen rapapolvo en cuanto nos quedemos a solas.

—Llame al timbre, señorita, no intente arreglar las cosas usted misma. No es enfermera y mucho menos doctora —suelta Daniel con dureza.

Lo miro y asiento aguantándome las ganas de gritarle a la cara que no hace falta que me haga de menos, que sé muy bien qué lugar ocupo en la jerarquía de La Savinosa.

—Sí, lo siento, no volverá a ocurrir. —Y mi rostro es el del rey emérito cuando lo pillaron cazando elefantes.

Salgo de la partición treinta y tres con la energía de un huracán. Arrastro mi carro por el largo pasillo y me meto en el cuarto de la limpieza, me llevo un puño a la boca y estallo en un llanto ahogado.

—Mierda, mierda —mascullo tras liberar mi boca.

Y no es tanto lo que me ha dicho Daniel, cómo me ha tratado, sino que el hecho de que me haya sentado tan mal es el claro indicio de que va a volver a ocurrir, y me niego.

Llaman a la puerta y me preparo para recibir a Carmen, sé lo que me espera ahora, un sermón que ni el cura de mi pueblo.

Abro y me sorprendo al encontrar a Daniel. Sus ojos destilan llamaradas. Me empuja dentro del cuartito y cierra la puerta tras de sí. Se aprieta contra mí y me besa con pasión. Me voltea con violencia. Me asusto, pero no sé por qué quiero que siga. Me baja el pantalón y el tanga. Me penetra con fuerza, con la urgencia del que necesita el sexo para poder respirar.

Gimo, el deseo me embriaga y quiero que nunca pare de follarme. ¿Esto es lo que ocurrió la noche que perdí las horas?, ¿fuimos salvajes e indomables?

Daniel se corre y se retira de mí. Estoy exhausta. El polvo me ha quitado el disgusto del tirón de pelos de la Libélula.

—Daniel… —susurro—, esto es una locura.

Él no dice nada. Se acomoda el pantalón y sale de la estancia. Esto es malo, muy malo, lo que acaba de ocurrir entre nosotros es el pasaporte directo a lo que quiero evitar a toda costa: la obsesión.

Llaman a la puerta de nuevo y tengo los pantalones por las rodillas.

—¡Un momento! —exclamo mientras trato de adecentarme.

Dios, este hombre me ha desabrochado el sujetador y ni cuenta me he dado, sus manos han hecho magia con mi cuerpo y todavía estoy bajo su influjo.

Me miro al pequeño y destartalado espejo de la pared. Tengo las mejillas coloradas y la sonrisa del placer pintada en el rostro. Al abrir me encuentro a Carmen con los brazos en jarras.

Entra en el cuartito y me mira con desaprobación.

—¿A qué demonios huele?

Sonrío sin ser consciente de ello. «¿Es que llevas tanto tiempo sin follar que no reconoces el olor del sexo?», pienso.

—A cerrado, quizá… —digo aguantándome la risa.

—¿Acaso te hace gracia, niñata estúpida? —inquiere la supervisora en un tono hostil que no le conocía.

Es la segunda persona que hace alusión a mi edad y me llama estúpida hoy…, y la anterior me agarró de los pelos, no sé qué acabe por hacer esta, quizá agarre mi dignidad y la estampe contra la pared.

—No, no la tiene, pero tampoco me insultes, Carmen —suelto con determinación.

—Uy, la paloma dispara a la escopeta…, ¿te crees invencible porque te tiras al doctor Franco?

Abro los ojos, sorprendida.

—Eso no es asunto tuyo…

—Sí lo es cuando te encierras a follar en horas de trabajo…

La miro desafiante, aunque en parte tiene razón, debería estar limpiando las particiones, no dándome revolcones con el *buenorro* del sanatorio.

—No tienes pruebas de lo que dices… —suelto con el mentón alzado.

Carmen sonríe, su expresión es la de alguien que se siente por encima de mí en todos los sentidos.

—¿Crees acaso que eres la única? Ay, chiquilla, por todos es conocido que Daniel se pasa por la piedra a toda la que se deja. Dime, ¿ya te llevó al Estilo?, ¿viste su apartamento de ensueño?

Tengo ganas de ahogarla en este momento.

—¿Acaso tú sí, Carmen?

Ella sonríe y niega con la cabeza. Pero no es una negativa a mi pregunta, eso lo tengo claro.

—Hazte un favor, niñita. Dedícate a hacer tu trabajo y no pongas el coño donde no debes. Es una advertencia…

Y tras su sentencia, sale del cuartito, dejándome con un pellizco en mi interior por tener la certeza de lo que imaginaba, que solo soy una más para Daniel, además de ser consciente de que me acabo de ganar una enemiga…

CAPÍTULO 9

Hoy trabajo por la mañana. Me lo dijo Carmen a última hora, está claro que lo que pretende es fastidiarme por lo ocurrido ayer. Me apena no poder llevar a mi hijo al colegio, no obstante, podré pasar la tarde con él y eso me alegra el día.

Daniel no está. Creo que se incorpora más o menos a la misma hora que lo hago yo habitualmente. De algún modo, agradezco un poco de tranquilidad. Lo de ayer no se puede repetir, aunque no deje de pensar en la escena y me entren ganas de hacerlo una y cien veces.

Todavía no sé lo que me ocurrió. Fue algo animal, salvaje. Yo siempre he sido más bien ñoña en el sexo, las películas románticas eran mi fuente de inspiración, no así las pornográficas, sin embargo, mi encuentro con el doctor parece más esto último. *El médico que empotra a la limpiadora*…, si hasta tiene un título acorde con la situación.

Poco después de pasar la tarjeta por la máquina de fichar, Olivia, la administrativa, me dice que acuda al despacho del director. Cierta parte del cuerpo se me pone de corbata, pues temo que el señor Suárez me ponga de patitas en la calle. Eso sería terrible, el trabajo es un bien que en ocasiones escasea, y uno de treinta y seis horas semanales con los fines de semanas libres mucho más.

Me dirijo al despacho con la preocupación pintada en el rostro. Ya frente a la puerta que me aleja del mundo laboral, doy unos toques tímidos. Escucho un enérgico: «adelante».

El doctor Suárez me espera con expresión sonriente. No me lo puedo creer…, ¿es que acaso le pone despedir a una empleada?, ¿o Carmen le ha ido con el chisme de mis escarceos con el *buenorro* de Daniel?

—Señorita Briz, tome asiento —dice con amabilidad.

Este tío me da cada vez más mal rollo, siempre está serio e impenetrable, hoy parece disfrutar con mi nerviosismo.

Hago lo propio y comienza con mi sentencia:

—Verá, estamos valorando una reestructuración de personal. —Me va a echar—. Y tras valorar ciertos aspectos de su currículum. —Madre mía, que lo diga ya y que acabe esta tortura.

—Por favor, si va a echarme, dígalo sin rodeos —suelto cruzándome de brazos, arrepintiéndome de inmediato de mi diarrea verbal.

—¿Echarla? Oh, no, no. No se trata de eso, ¿por qué íbamos a echarla? —inquiere el doctor para mi sorpresa.

—Oh, lo siento. Al decir reestructuración de personal pensé que…

—No, señorita Briz, de ningún modo vamos a echarla. Es más bien al contrario, una mejora en el trabajo y en el sueldo.

Abro mucho los ojos. ¿Acaso me va a hacer supervisora?, madre mía, Carmen rabiará…

—¿De verdad? —pregunto cual niña pequeña, mi juventud me juega malas pasadas.

—Sí, claro, si no, no la habría llamado… Verá, en esta institución apostamos por la promoción interna, creo que ya se lo expliqué cuando la contraté hace dos años, ¿cierto?

Asiento con la cabeza. Sí lo hizo, no obstante, en aquel momento pensé que era el típico cuento de muchas empresas para alegrar el ego del futuro empleado, en ningún momento creí que fueran a ascenderme. Pero ascenderme ¿a qué?, ya hay dos supervisoras, no creo que pongan a una tercera, ¿o sí?

—He estado leyendo su currículum, y me parece que es la persona idónea para ocupar el puesto de secretaria de dirección.

Alzo las cejas, mi corazón se desboca por la pelea entre la ilusión y la incredulidad.

—¿Yo?, ¿secretaria de dirección?, ¿y la señora Beatriz? —pregunto con preocupación, ella no es santa de mi devoción, pero no le deseo ningún mal.

—Bea se jubila en unos meses, por ello, necesitaría que se incorporara a su nuevo puesto cuanto antes, con el fin de que ella pueda formarla.

Trago saliva, me encanta la idea, lo de pasar de limpiar particiones a pasar a limpio escritos…, si al final todo es limpiar, trabajes en lo que trabajes. Lo que no me gusta tanto es estar junto a Beatriz, siempre me pareció una mujerona escandalosa e insensible.

—Es… No me lo puedo creer. Muchísimas gracias por pensar en mí para el puesto —digo con sincero agradecimiento.

—No hay de qué. Es más, espero que esta nueva etapa sea fructífera para usted y pueda desarrollar los conocimientos adquiridos con sus estudios.

»No todos los días se encuentra una empleada de la limpieza que ha estudiado derecho.

Eso me da una patada en el estómago. Y recuerdo la dura realidad, mentí en el *currículum*, bueno, no fue una mentira, más bien, una distorsión de la realidad, una omisión sería la palabra correcta. Puse literalmente: «Estudié derecho en la Facultad de

Ciencias Jurídicas de Tarragona», ya está, no especifiqué los años ni si conseguí o no acabar la carrera.

—Sí, muy fructífera, muchísimas gracias. —Socorro, he entrado en bucle.

—También he visto que tiene un Grado Medio en Gestión Administrativa.

—Sí, eso sí…, exacto. —Dios, que alguien me cierre la boca.

—Ajá… En esta institución creemos en las oportunidades. Usted se ha formado, ha luchado por esto que hoy le ofrezco, así que bienvenida de nuevo a La Savinosa, en un momento, Beatriz le mostrará su nuevo despacho.

Y mi angustia se disipa. Un despacho para mí… De momento, entiendo que tendré que compartirlo con ella, pero luego, en cuanto se jubile, será todo para mí. De pronto, el pellizco de la mentira regresa a mi ser, ¿debería contarle la verdad al doctor?

Beatriz me muestra el despacho, despacho que ya conozco, aquí firmé el contrato, ahora harán un anexo para reclasificar mi puesto de trabajo y categoría.

En todo momento se muestra fría, ni siquiera habla con su acostumbrado tono demasiado subido. Está como, ¿triste?, al parecer, se ha pasado los últimos veinticinco años trabajando para el grupo. El despacho tiene toda su esencia, con los pañitos de ganchillo con punto de piñas por todas partes. Mi madre se horrorizaría, ella es una crochetera *fashion* que aprendió haciendo este tipo de tapetes gracias a su madre, si bien, los odia, prefiere tejer ropa, complementos, hasta alpargatas hace.

Cuando termina, me cita para el día siguiente a primera hora. Trabajaré solo por la mañana, de nueve a tres, mi sueño. Se acabó el no ver prácticamente a mi hijo, se acabaron las tardes de limpiar particiones y comer a escondidas. Se acabó aguantar la inquina de Carmen.

—Sabes, muchacha, yo también comencé limpiando particiones, como tú, cinco años estuve haciéndolo. Sé que es un trabajo duro y poco valorado. Sin embargo, tu mente puede ser libre mientras lo desempeñas, en este no. Llevar la gestión del sanatorio es complicado, ya lo irás viendo. Así que, si piensas que todo será un camino de rosas, ya te adelanto que te equivocas, aunque con tus estudios, pienso que te será más fácil que a mí. Yo solo tenía el FP Administrativo, no soy abogada como lo eres tú.

Trago saliva. Madre mía, en menudo lío me voy a meter como descubran que no tengo la carrera. De todos modos, mi *currículum* se puede interpretar de otra manera por error, ¿no?, técnicamente no he mentido. Además, nadie lo sabe…, o casi nadie…

CAPÍTULO 10

A las tres de la tarde me dirijo al cuartito de las limpiadoras. Allí dejé mis pertenencias y he de recogerlas. Al ver mi carro solitario me entra de pronto una chispa de congoja. ¿Quién lo empujará ahora?, ¿lo mantendrá tan limpio como yo? Me río de mis ocurrencias, ¿a quién demonios le importa un odioso carro?, ahora trabajaré delante de un ordenador, sentada, sin aguantar pacientes inquietantes que me tiren del pelo.

¡Es increíble!

Cuando ya he salido de la estancia y estoy cerrando con llave, alguien me agarra del brazo.

—Estarás contenta, ¿no? —Carmen me observa con los ojos llameantes y las comisuras de los labios llenas de saliva.

—Sí, lo estoy. Sobre todo, por no tener que aguantar tus broncas diarias, ni tus desplantes. Y ya no estás por encima de mí, escopeta —suelto con determinación y tiro de mi brazo para zafarme de su agarre.

Camino hacia la salida, la he dejado callada por primera vez. Es consciente de que ya no le habla a la niña que limpia particiones, sino a la que ingresará su nómina cada mes; es mejor llevarse bien con ella, ¿o no?

Estoy demasiado subida y me reprendo a mí misma para bajar de las nubes. Aunque se está tan bien que no quiero darme ningún baño de realidad ahora mismo.

Conduzco hacia mi casa con la voz de Damiano resonando en el habitáculo del coche.

Estoy tan feliz, pero tanto… que temo que dicha felicidad sea producto de un sueño, sería una gran putada, la verdad.

Al llegar a casa, le doy la noticia a mi madre; su mirada se ilumina. Sabe lo frustrante que fue para mí buscar trabajo como administrativa durante mucho tiempo y solo recibir negativas por la falta de experiencia. Es curioso, para limpiar no me la pidieron. Creo que la sociedad piensa que todas las mujeres nacemos con la fregona en la mano. Y doy fe de que eso no es cierto, hay personas que valen para el oficio, otras que no. Trabajar de limpiadora es una cosa, hacer bien el trabajo otra muy distinta.

No quiero ver mis inicios en La Savinosa como una época oscura, aunque aguantar a la supervisora durante tanto tiempo sin agarrarla de los pelos haya sido todo un logro. Prefiero verlo como un aprendizaje, como la antesala de lo que está por venir, e intuyo que va a ser bueno, muy bueno.

Yago me ve en la puerta del colegio y se abalanza literalmente sobre mí, siempre lo hace. Me da muchos besos y nos abrazamos.

—¿Sabes qué, mi amor?, a partir de ahora vendré a buscarte todas las tardes…

—¿Sí?, ¿ya no vendrá la abuela?

—Ella lo hará a las doce y media, yo no podré. Pero todas las tardes las pasaremos juntos y no llegaré cuando estés dormido como siempre.

—¡¡¡Bien!!! —grita y me abraza de nuevo.

Caminamos hacia la casa de mi madre y, una vez allí, nos pasamos la tarde viendo películas de Disney mientras comemos palomitas, crepes con chocolate y demás concesiones por ser una tarde especial.

Acabamos dormidos en el sofá, mi pequeño me dice que me quiere. Le beso la frente y le respondo que yo infinitamente más.

Al día siguiente, entro en La Savinosa, e instintivamente estoy a punto de dirigirme al cuartito de la limpieza para cambiarme. Cierro los ojos y observo a Olivia, que me mira con curiosidad.

—Enhorabuena, Noe —dice con una media sonrisa.

—Muchas gracias —respondo y me dirijo a mi despacho, ¡mi despacho!

«Todavía no es tuyo», dice una voz interior que me hace sabotaje cuando más contenta estoy.

—Pero lo será —musito mientras camino por el pasillo haciendo resonar mis tacones.

Me paso la mañana entre documentos. Beatriz, que quiere que a partir de ahora la tutee y la llame Bea, me lo explica todo con claridad y sencillez, cosa que agradezco.

Comienzo a gestionar mis primeras facturas, hay una pila importante de ellas.

Extractos bancarios, recibos, llamadas, problemas, logística… estrés puro y duro. A las dos de la tarde estoy mareada y me duele la cabeza.

—La gente piensa que este trabajo es fácil, niña. Que estar sentada es muy cómodo y apenas haces nada. Si supieran que la realidad es bien distinta…

—Doy fe —digo aceptando el paracetamol que me ofrece mi compañera.

—Te acostumbrarás, ya verás. Los primeros días frente al ordenador son duros, trata de descansar cada cierto tiempo, yo siempre salgo a fumarme un cigarrillo.

»Ven, lo bueno de este despacho es esto…

Beatriz abre una estrecha puerta de madera que conduce ni más ni menos que al exterior.

—¿Y esto? —pregunto sorprendida.

—Durante la guerra, era una de las salidas que conducía al refugio. Esto entonces no era un despacho, entiéndeme. La puerta es muy antigua y la quieren conservar por su valor histórico. A unos pasos está la entrada al búnker. Más o menos al pie de esos setos de ahí.

—Ajá… —respondo con creciente interés.

—Poca gente lo sabe, en mi caso, es la curiosidad la que me hizo averiguarlo. Este edificio era un antiguo preventorio de tuberculosos. Además, estuvo mucho tiempo abandonado hasta que decidieron remodelarlo y darle uso.

—Qué interesante, me encanta saber la historia de los edificios, y más cuando han estado mucho tiempo en desuso.

—Pues este tiene miga, en internet hay mucha información, incluso testimonios que narran lo mal que se lo hicieron pasar a los críos que aquí se alojaban, sobre todo, teniendo en cuenta que se hacían distinciones entre los más desfavorecidos y los que venían de familias pudientes.

Mi expresión se ensombrece, siempre me han parecido tan crueles esas diferencias en el trato de unos y otros por su posición social y el dinero que tengan…

—Qué injusto.

—Sí, muchacha, es de lo más injusto. Pero de eso hace mucho tiempo y aquellos niños deben ser ya muy mayores, o estar muertos en el peor de los casos. Por suerte, hoy en día no tenemos la necesidad de construir preventorios para tuberculosos, no así con los sanatorios para enfermos mentales. La salud mental se ha convertido en la nueva tisis, todos, en mayor o menor medida, acabamos con algún problema en nuestra estresada cabecita, ¿no crees? —pregunta encogiéndose de hombros, y de inmediato siento una punzada de incomodidad.

Ambas nos hallamos en la parte trasera del edificio, en una zona ajardinada y sombría, varios pinos nos protegen de los rayos insistentes del astro rey.

Bea se enciende un cigarrillo y me ofrece otro a mí.

Hace mucho que no fumo, desde que vi las dos rayitas rosas en la prueba de embarazo, pero no sé, en este momento, en medio de una charla y tras haber pasado una mañana caótica, me apetece fumarme un piti.

Tiro del cigarro para extraerlo de la cajetilla que ella sostiene. Me acerca la llama del mechero y lo enciendo haciendo cueva con mis manos.

Aspiro la primera calada, me parece horrible y hace que me flaqueen las piernas.

No toso, aunque ganas no me faltan.

—¿Exfumadora? —pregunta.

—Sí, llevaba cerca de seis años sin dar una sola calada.

—Yo tampoco fumaba hasta que me metí en un despacho. No soy capaz de aguantar el día a día sin tirar de la nicotina. Ya te he dicho, muchacha, que este trabajo tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Si no tratas de suicidarte el primer mes, no lo harás el resto de tu vida.

—Madre mía, Bea, qué trágica…

—Oh, no. Solo soy realista. Creo que debería haber más secretarias, están las administrativas de la recepción, pero la que en verdad corta el bacalao es la que fuma en este patio, sea quien sea. El doctor Suárez es un desastre, el caos total, ya lo irás viendo. Al final, la labor de dirigir este sitio recae en la secretaria, aunque de cara a la galería, sea el director quien lo haga.

Me quedo pensativa, ¿cómo me han dado un puesto de semejante responsabilidad a mí? Si ni siquiera tengo experiencia…, no obstante, veo que no es la primera vez que se lo dan a una limpiadora, parece que es lo habitual y me ha tocado a mí, ni más ni menos que a la chica que mintió en su *currículum*.

CAPÍTULO 11

Al terminar mi jornada, me preparo para volver a casa. Paso por el lavabo para refrescarme el rostro. Me miro al espejo y veo que mis ojos están enrojecidos. Es el precio que tengo que pagar por las horas delante del ordenador, no estoy acostumbrada y se nota, espero habituarme cuanto antes. Hoy estoy más cansada que si hubiera limpiado un buen número de particiones. Físicamente siento los hombros rígidos, pero lo que más noto es el embotamiento mental, como si un sinfín de información se hubiera metido en mi cabeza con calzador y ahora no me dejara pensar con claridad.

Salgo de los lavabos y la voz ronca de Daniel me sorprende. Me volteo para mirarlo y lo encuentro vestido con ropa de calle.

—Oh, señorita secretaria de dirección, está usted de lo más sexi —suelta socarrón.

—Yo… todavía estoy en una nube —digo alzando los hombros.

—Y no es para menos, ¿no crees? —inquiere mientras toma un mechón de mi cabello y lo enreda entre sus dedos.

No sé cómo tomarme ese: «no es para menos», quizá se haya percatado de mi mentira, puede que el doctor Suárez le haya hablado de mis estudios de derecho y yo…, yo le dije a este tío que

no había acabado la carrera, pero también lo salvé de la burla segura que supondría hacer público su atrapamiento genital.

Quizá sepa entrever que la que me debía ha quedado saldada.

—Estoy muy contenta… —digo mostrando una sonrisa de lo más falsa, aunque creo que efectiva.

—Ya veo, fierecilla, quizá podríamos celebrarlo, ahora que tienes la tarde libre para estar con tu hijo, digo yo que podrás escaparte alguna noche…

Juro que me había olvidado de Daniel con todo el tema de mi cambio de puesto. Tampoco me interesa que ahora alguien descubra que tenemos un lío y piense que no soy la persona idónea para el puesto de seria secretaria de dirección. Aunque está Carmen, ella lo sabe. Joder. Este lugar se está volviendo un campo de minas para mí.

—Sí, claro, una noche de estas —digo por decir, dejándolo en el aire. Sé que él no va a cejar en su empeño.

—¿Qué tal el viernes? —pregunta.

—Quizá el sábado por la noche —respondo, pues Yago estará con su padre, y no creo poder aguantar otra noche loca de sábado con mi madre haciendo croché a mi lado mientras yo me pregunto por qué mi vida es una mierda.

—Está bien, una cita en condiciones, con cena, copa y lo que surja, ¿te parece?

Asiento con la cabeza y sonrío. Una cena es un paso más, porque es muy fácil hacerte invisible en un local clandestino, pero que te inviten a cenar en un lugar público es escalar otro nivel. Quizá Daniel piensa en mí como alguien especial, ¿y si no soy una más como creía?

Mi mente se hace un traje de novia y se tira arroz a sí misma. Sin ser muy consciente, mis labios se despegan para decir:

—Sí, Daniel, sí quiero…

CAPÍTULO 12

Trato de elegir un vestido acorde para la cita con Daniel. Estoy nerviosa, muy nerviosa. Ya no se trata de salir de La Savinosa y esperarlo con la ropa de trabajo en el aparcamiento que lleva el mismo nombre, sino de ir a un restaurante como una pareja más. Hace tanto tiempo que no lo hago…

No quiero fantasear con que nuestra relación pueda subir otro peldaño, aunque no puedo evitarlo. Tengo medio armario encima de la cama, y me he probado todo lo probable, lo improbable y lo de más allá.

Me desespero, no me veo bien con nada.

Mi madre entra en la habitación que compartimos Yago y yo.

—¿Qué te ocurre?, se te oye renegar desde la terraza —suelta encogiéndose de hombros.

—¿Es que no sé qué ponerme?, me va a dar algo…, todo me queda horrible.

—Eso no es verdad. Solo estás tan nerviosa que no sabes dónde tienes la mano derecha —dice con los brazos en jarras y luego añade—: Esto lo arreglo yo en un momento, espera…

Sale de mi habitación, y al cabo de unos minutos vuelve con ni más ni menos que su mayor obra de arte crochetera.

—Mamá, no…, tu vestido…

—Déjate de tonterías, te lo doy, es tuyo, al fin y al cabo, a mí ya no me queda bien, he engordado mucho en los últimos tiempos.

—No es verdad, te queda perfecto.

—Póntelo y no discutas, hazlo antes de que me arrepienta.

Sonrío complacida y no puedo evitar abrazarla, aunque ella se sienta algo incómoda.

—Muchas gracias, mami —le digo con sinceridad.

Sé que ese vestido es importante para ella. Nunca lo ha estrenado. Se lo hizo hace unos cinco años, esperaba llevarlo a un crucero con mi padre, pero él decidió que lo mejor era morirse antes de zarpar.

Así que el vestido se quedó sin estrenar, guardado para una ocasión que nunca llegó. Me encantaba y me hubiera gustado ponérmelo alguna vez, sin embargo, el respeto me dictaba guardar silencio. Hubiera sido egoísta por mi parte pedírselo.

Lo de mi padre fue un capítulo muy doloroso para ambas. Y lo peor fue que Yago acababa de nacer. Luego supe que no quería darme el disgusto estando embarazada, y que hubiera querido dejarse morir antes, por no decir la maldita palabra que mi madre y yo evitamos a toda costa: suicidio.

No entendimos por qué lo hizo, hasta que mi madre recibió una llamada de su supuesta oncóloga y supimos que le quedaban unos meses de vida como máximo. No quiso esperar, ni mucho menos consumirse, optó por una sobredosis de insulina que no sabemos ni de dónde sacó.

El recuerdo de la muerte de mi padre me golpea de nuevo, sin embargo, intento recomponerme, sé que no le hubiera gustado verme triste antes de una cita.

Me pongo el vestido y tal parece que ha sido hecho para mí. Es una composición de motivos florales tejidos con un hilo fino que le da un brillo espectacular. Es negro, y me queda tan bien que doy un gritito de júbilo.

Mi madre entra en mi habitación de nuevo.

—Te queda precioso, Noe. Parece hecho para ti.

—A ti también te queda genial —digo convencida, porque es la verdad.

—No, cariño. Yo creo que inconscientemente lo hice para ti, así que te lo regalo.

—No, no puedo aceptarlo…

—A callar. Va, termina de arreglarte y recoge todo esto, madre mía, parece una leonera —suelta antes de salir de nuevo de la estancia, y sé a dónde va.

No le gusta llorar delante de mí.

A las ocho y media recibo un wasap de Daniel para que salga de casa, según él, me espera en la calle de atrás. Entrecierro los ojos, aunque no le doy mucha importancia. Le digo «adiós» a mi madre y salgo del adosado. Me dirijo al punto que me ha indicado en el mensaje y veo su coche. Está vacío.

Me acerco, miro a mi alrededor y, cuando estoy a punto de llamarlo por teléfono, alguien rodea mi cintura desde atrás. Por un momento, me asusto, pero cuando su voz rasgada acaricia mi oído, sé que se trata de Daniel. Me volteo para mirarlo y nos besamos en los labios.

—Estás preciosa, fierecilla —dice mientras clava sus ojos castaños en mí.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Ese vestido deja muy poco a la imaginación —dice de pronto, y no sé cómo tomármelo.

Sí, mi madre no quiso forrarlo, se me trasparenta el sujetador y un pantalón ajustado y negro que llevo debajo. Si bien es lo suficientemente tupido como para no escandalizar a los más recatados.

Daniel abre la puerta del acompañante de su BMW y me hace un gesto para que entre en el coche. Arranca. Enciende el equipo de música y una melodía clásica se cuela en mis oídos.

Ambos permanecemos callados, y eso me pone nerviosa.

—¿A dónde vamos? —pregunto con curiosidad.

—Es una sorpresa…

Sonrío y respondo:

—Me encantan las sorpresas.

Llegamos a un chalé, lo conozco. Es su casa, donde tuve el primer encuentro sexual perdido de mi vida. Por un momento, una mueca de tristeza se dibuja en mi rostro. Pensé que iríamos a un restaurante, hace tanto tiempo que no piso uno… Pero la alegría vuelve a mi ser al ver en la impresionante terraza de la casa, con vistas aún más impresionantes, la mesa preparada para dos y a un camarero prendiendo las velas. ¡Madre mía!

—¿Te gusta? —pregunta.

—Este lugar es precioso. —Y es la verdad, la terraza está adornada con pequeñas luces led. El mobiliario de jardín es de madera de teca y ratán, con cojines blancos.

Una vez sentados, el sonido del mar golpeando las rocas me embriaga mientras el camarero nos sirve el vino. Todo es absolutamente perfecto, como un sueño.

Cuando nos quedamos solos, Daniel posa su mano sobre la mía.

—Todo es poco para la mujer que me ha robado el sueño —dice con esa voz ronca y rasgada que tanto me gusta.

Me vuelvo cursi, nunca lo he sido, en cambio, ahora mismo sí, y confieso que me encanta, estoy deseando que este hombre me haga el amor durante toda la noche.

Pero como todo lo bueno en mi vida, dura poco. Un trino, señal inequívoca de que me ha llegado un mensaje, rompe el momento mágico de novela romántica.

—Un momento —me excuso y Daniel retira su mano.

Debería haber dejado el bolso en el salón, pero si Yago no está conmigo, nunca me separo del teléfono, así que lo he colgado en la silla de la mesa para dos.

Extraigo el móvil del bolso y veo en la pantalla que tengo un mensaje de texto de mi ex. «Mierda», pienso.

¿Cómo se ha hecho el niño el morado que tiene en la pierna?

No doy crédito, Yago ha venido de la escuela con un pequeño morado en la espinilla. Es un niño, salta, corre, se cae, y mi ex lo sabe, aunque lo único que quiere es fastidiar. Puede que Yago le haya hablado de mi cita, quizá me escuchó hablar con mi madre. Es más, si le pregunta al niño cómo se hizo el morado, le dirá que fue jugando con la pelota, como me dijo a mí al ir a recogerlo a la escuela.

¿Se lo has preguntado?

Contesto.

Responde.

Contrataca.

Busca tener una discusión, destrozarme la noche. No lo conseguirá. Le explico con otro mensaje lo que nuestro hijo me ha dicho a mí. Lo siguiente que recibo es un racimo de mensajes insinuando que el dichoso morado se lo he hecho yo y llamándome

mala madre. Dejo de responder, no voy a entrar en su juego macabro de control. Encima que le he hecho el favor de dejar que Yago estuviera con él este fin de semana, cuando me tocaba a mí…

Al devolver la atención a Daniel, este me observa consternado.

—¿Problemas? —inquiere con sincera curiosidad, o al menos eso parece.

—Mi ex, siempre a la carga, pero no quiero hablar de eso. Así que hagamos que no he recibido ningún mensaje. ¿Dónde estábamos?

Daniel sonríe.

El camarero trae la cena, huele muy bien.

Cenamos entre risas y confesiones inconfesables. El vino nos achispa y no esperamos al postre para devorarnos el uno al otro.

En la cama damos rienda suelta a la pasión, esta vez lo vivo y es maravilloso.

Terminamos exhaustos, el uno tendido junto al otro.

Me abrazo al cuerpo caliente de mi amante, estoy tan a gusto que creo que me quedaría en esta cama para siempre. Hasta que la voz de Daniel me deja totalmente descolocada al decir: «Vamos, vístete, te llevaré a casa».

CAPÍTULO 13

Es domingo por la mañana y estoy inquieta. La actitud de Daniel al llevarme a casa fue cuando menos extraña. No me dirigió la palabra en todo el trayecto hasta la urbanización donde vivo.

Intenté sacarle algo de conversación con el típico: «Ha estado bien la noche, ¿no?». Él respondió afirmativamente, no obstante, un deje de sequedad se me clavó en la garganta y no me ha soltado de momento. ¿Acaso dije algo extraño?, hago memoria, repaso nuestras conversaciones y llego a una única conclusión, le molestó que me abstrajera de nuestra cita para mandarme mensajes con mi ex. Su rostro, cuando recuperé el norte, lucía una expresión extraña, casi diría que estaba enfadado. Sí, puede ser, aunque también que mi mente me esté enviando recuerdos que no son más que fruto de mi imaginación.

Mi madre sale a comer con unas amigas, así que yo decido ir a la playa un rato. Tengo varios libros pendientes que me compré en su día y no tuvieron su momento, así que cojo uno de bolsillo que promete un alto grado de adicción, eso es lo que necesito ahora, sumergirme en la vida de otras personas, aunque estas nunca hayan existido. En la mía, el ambiente se ha enrarecido a causa de unas palabras que lo cambian todo.

Está claro que cuando un hombre quiere llevarte a casa después de hacer el amor, es porque solo quería acostarse contigo. El que

duerme a tu lado, pero te despide al amanecer, puede que quiera tenerte por un tiempo, aunque no como su pareja definitiva. La prueba de fuego para saber si la otra persona te quiere para algo más que una o varias noches, reside en que no te eche de su cama. Esta es solo una reflexión extraña que se me ocurre mientras conduzco hacia Salou, ¿por qué lo hago?, no lo sé ni yo, quizá tenga que ver que Cala Crancs es una de mis calas favoritas, es pequeña, preciosa y no está demasiado masificada.

Aparco relativamente cerca. Desciendo con cuidado por la calle empinada y de terreno tortuoso que conduce a la playa.

No es muy tarde y encuentro sitio con facilidad. Planto mi sombrilla y tiendo la toalla. Me quito la ropa y me meto en el agua, que está en calma, cristalina y a una temperatura ideal.

Nado hacia lo hondo. Dejo de hacerlo cuando veo que ya mis pies no tocan la arena.

Vuelvo un pequeño trecho hacia la orilla y me quedo de pie, mirando la casa que me interesa. Justo anoche estaba cenando en la impresionante terraza que se ve desde aquí.

«¿No podías irte a otra playa, bonita?», me dice mi voz interior más repelente e inoportuna.

Podría responderle que me gusta esta y que he venido muchas veces, pero la verdad es que quería ver por qué Daniel me «echó» anoche de su casa. ¿Quizá porque no quería que estuviera allí cuando viniera su madre?, por ejemplo…

Aguzo la vista, no hay ni rastro de Daniel y el ventanal tiene las cortinas corridas.

Suspiro resignada. Niego con la cabeza y nado hacia la orilla para tumbarme en mi toalla. Sin percatarme, me quedo dormida bocabajo durante no sé cuánto tiempo. Me despiertan unas risas y la voz de alguien que conozco muy bien, Daniel. Está jugando a palas con

Yurani, la enfermera colombiana que siempre me ha caído tan bien y que ahora mismo representa para mí el mismísimo diablo.

Ella lleva un bikini con la parte de abajo tipo tanga, dejando ver unos glúteos totalmente tonificados y perfectos. Llevo la vista a mis caderas instintivamente, mi trasero no está mal, aunque tiene demasiado que envidiarle al de la susodicha. Es más, ella posee un pecho firme, no como el mío, que ya no es lo que era. Soy joven, pero le di el pecho a Yago durante nueve meses, y era un bebé de lo más glotón. Me dejó las tetas como pimientos fritos.

No puedo evitar sentirme celosa. Ellos juegan, ríen, se abrazan.

«Son compañeros de trabajo, pueden ser solo amigos», pienso. «No seas boba, ¿has visto cómo se miran?», suelta la diablesa pequeñita que forma parte de mi conciencia dividida.

Cuando se cansan de jugar, ambos se tienden en sus toallas. Están demasiado cerca de la mía, pueden verme y no quiero que Daniel piense que lo estoy espiando. Precisamente porque es verdad, lo estoy haciendo.

Los veo ahí tumbados, bocabajo, haciéndose confidencias. De pronto, Yurani se quita la parte de arriba del bikini. No hay ni que decir que su pecho es operado, no puede ser real algo tan perfecto. Dios, ¿cómo puedo ser tan malvada?

Intento tranquilizarme, decirme que quizá a ella no le gusten los hombres y solo sean dos colegas de profesión compartiendo un día de playa. Aunque todos mis intentos por calmarme se rompen en pedacitos cuando ella le mete la lengua al doctor hasta el gaznate.

Me rompo, había puesto esperanzas en lo mío con Daniel, pensé que por una vez era especial para alguien, que el amor había llamado a mi puerta sin estar disfrazado de tierna oveja y guardar entre su lana unas horribles garras.

«Sabías que Daniel era un mujeriego», dice mi yo interior.

Pero había señales de que no era una más para él.

«¿Y qué señales?, posiblemente ya estaba liado con esta mujer, por eso te hacía ir al *parking* a esperarlo y ha hecho lo posible por que nadie te viera en público con él, salvo por las escapadas al Estilo, un lugar tan exclusivo en el que es poco probable que alguien pudiera veros».

Quiero irme de la playa, pero si me levanto, me verán, sabrán que he estado aquí todo este tiempo. Aunque están demasiado distraídos metiéndose mano y besuqueándose.

Así que cojo el toro por los cuernos y me levanto para ponerme a toda prisa el playero de flecos, que me hizo mi madre con su aguja mágica, y las chanclas.

Recojo mis cosas y camino hacia un lugar donde no haya amantes traicioneros y enfermeras de pecho perfectamente operado y culo de piedra.

De pronto, alguien toca mi hombro.

—Noe, te he visto y he pensado, ¿es ella?, y sí, eres tú. ¿Qué tal? —suelta Yurani con su habitual simpatía.

—Ah, hola, bien, un rato a quitarme el calor. Ya voy para mi casa, me esperan —digo en un intento de acortar el encuentro.

—Ah, bien…

Alzo la vista, pues de algún modo me siento observada. Una punzada de vergüenza se me clava en el pecho cuando veo a Daniel mirarme con algo que no sé identificar con claridad, pero que apostaría cualquier cosa a que es ni más ni menos que desprecio.

CAPÍTULO 14

Estoy en el despacho con Bea. No se puede negar que hoy no soy la mejor compañía y mi rostro acusa mi baño de lágrimas nocturno. Soy tan tonta que había comenzado a sentir cosas bastante fuertes por Daniel, ahora un vacío enorme se apodera de mí. Ese era mi miedo, no quería sufrir y mucho menos obsesionarme. Quizá me está bien empleado por andar queriendo ver lo que no debo. Si me hubiera quedado en mi casa, o en una playa alejada de la de Daniel, no estaría ahora lamiéndome las heridas.

—¿Qué te ocurre, niña?, tienes cara de muerta —dice Bea, dedicándome una sonrisa torcida.

—Mal de amores… —respondo sin pensar.

—¡Uy!, con lo joven que eres. Anda, si con esa cara y ese cuerpecito estoy segura de que no te faltarán los chicos.

—No soy de chicos, ese es el tema. Suelo fijarme en hombres mayores que yo…

—No me lo digas, está casado… —afirma mientras niega con la cabeza.

—Oh, no, qué va, no es eso. Es solo que le gusta picar flores y pensé erróneamente que yo podría cambiarlo.

—Uy, no. El que sale torcido no se endereza, como mucho se tuerce más, eso siempre me lo decía mi madre, que en paz descanse. Si quieres a un hombre y eres capaz de aceptarlo tal cual es, adelante. Pero si no comulgas con sus peculiaridades, mejor cada uno por su camino, que el mundo, gracias a Dios, es grande.

Sonrío.

—Pues sí, la verdad… —mascullo y reflexiono, es cierto que sabía desde un principio a qué me enfrentaba, la culpa ha sido mía por hacerme ilusiones, está claro.

«Él también dio pie, no lo olvides», pienso.

En fin, que me hago el propósito de hacer borrón y cuenta nueva.

A media mañana, Beatriz me pide que le lleve unas carpetas al director, dice que también tengo que escribir una circular y necesita mi ayuda.

—Lo tendrás que hacer tú a partir de ahora, ¿recuerdas? —declara mi compañera y se encoje de hombros.

Paso al despacho del doctor Suárez y este me saluda con amabilidad.

—¿Qué tal todo, señorita Briz? —pregunta él tras darme un firme apretón de manos.

—Muy bien, estoy muy contenta —digo con sinceridad.

Observo su mesa, es un verdadero caos, tal y como dijo Beatriz. Además, creo que ha vuelto a derramar el café y lo ha dejado secar, la mesa está muy pegajosa.

—¿Se le ha vuelto a caer el café, doctor? —indago divertida.

—Sí, he intentado limpiarlo yo mismo, pero aquí no tengo nada más que papel y justo me han llamado por teléfono. Total, que luego he salido, se me ha olvidado limpiarlo y ahora es un desastre, acabo de llamar para que venga la chica de la limpieza.

Le dedico una media sonrisa. Yo misma podría solucionar el desastre, pero he de mantenerme en mi sitio. Cuando trabajaba de limpiadora no redactaba circulares, así que dejo que la persona adecuada haga su faena. Es así como debe ser, ¿no?

De súbito, llaman a la puerta.

—Adelante —dice el doctor en tono firme.

Una muchacha con guantes de fregar y el traje azul de las limpiadoras entra en la estancia.

Madre mía, es como si me viera a mí misma en mi antiguo empleo.

—¿Eres la nueva? —pregunta el doctor de modo informal.

—Sí, he empezado hoy —dice ella con timidez.

El doctor le pregunta su nombre, se llama Laura.

Ella limpia el desaguisado sin mucha maña, puede que no tenga experiencia, recuerdo la primera vez que me tocó a mí quitar café seco de una mesa, tampoco se me daba muy bien.

Estoy a punto de levantarme y darle una pequeña clase magistral, sin embargo, me mantengo en mi sitio, si estuviéramos solas, no lo dudaría. Con el doctor aquí, temo incomodarla.

Él mueve las pilas de papeles y libros de su mesa, yo le echo una mano. Es entonces, al dejar unas carpetas sobre las cajas de papel, que están apiladas contra la pared, cuando leo con claridad el nombre de Carolina Rodríguez.

Disimulo, pero soy incapaz de dejar de pensar en esa carpeta. ¿Qué hace de cualquier manera en la mesa del doctor?, las historias médicas han de estar protegidas, y este es el despacho del director, no la consulta del doctor Suárez. Me siento tentada a decírselo, Beatriz ya me ha advertido de que tendré que hacerlo muchas veces si quiero que este lugar funcione correctamente. Opto por mantenerme en silencio, al menos de momento.

La vista se me va al nombre de la Libélula. Hace días que no la veo, en esta parte de la clínica una se olvida de que la enfermedad se cierne sobre algún lugar del complejo de edificios.

CAPÍTULO 15

El doctor me entretiene durante cuarenta y cinco minutos que se me antojan un festival del estrés. Me dicta una circular que es un verdadero caos, como todo lo que lo rodea a él. Yo intento ir arreglando el desaguisado mientras redacto, pero es imposible. Al final, opto por transcribir literalmente sus palabras, para luego vérmelas con el desastre.

Además, habla muy rápido y luego me dice que borre, que eso no. También que vuelva al principio y se lo lea.

—No suena muy bien, ¿cierto? —pregunta con el ceño fruncido.

Me limito a negar con la cabeza, y él emite una disculpa escueta, pero en apariencia sincera.

Cuando termino, me pregunta si quiero un café. Le respondo que no me sienta bien y se encoge de hombros mientras se dirige a la máquina. Está de espaldas y yo no puedo evitar mirar la carpeta con el nombre de pila de la Libélula. Me digo a mí misma que no, que son documentos confidenciales y no puedo violar la ley e irme de rositas; si me descubren, me quedaré sin trabajo, y eso es algo que no me puedo permitir.

Mi corazón se acelera y, por un segundo, me falta el aire. Cierro el portátil que me ha entregado Bea y se utiliza para redactar y descifrar los puzles que el doctor llama circulares, pero la atracción

que ejerce la dichosa carpeta sobre mí es del todo insana. Meto el ordenador en la funda y, seguidamente, tiro de la carpeta y trato de introducirla también. No entra del todo, mierda. La empujo hacia dentro, nada. El doctor ha terminado de hacer su café y rompe el sobre del azucarillo. Joder, joder, meto la mano dentro de la funda y noto algo duro, de plástico, probablemente sea la carcasa de un CD. La levanto y, con la otra mano, termino de poner la carpeta, cuando la voz del doctor me hace dar un respingo.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien. Ya me voy —suelto todavía con el corazón galopante.

—Muy bien, señorita Briz —dice dedicándome una amplia sonrisa. No se puede negar que el Doctor Caos también es bastante atractivo…

Destierro ese pensamiento de mi cabeza, está casado y tiene un hijo o una hija, tanto me da. Además, ya he tenido bastante con Daniel el picaflor. He aprendido la lección, o al menos eso espero.

Solo cuando cierro la puerta del despacho tras de mí, consigo respirar profundamente.

Pero ahora viene lo peor: enfrentarme a Bea, dejar el portátil en su sitio, sacando primero la dichosa carpeta con el historial de Carolina.

Llevo una falda amplia, solo tengo que…

Abro la cremallera de la funda del portátil y extraigo la carpeta, me la meto debajo de la falda como puedo y la sujeto con la cinturilla, madre mía, se me va a caer, no ha sido una buena idea.

La puerta de mi futuro despacho se abre y Bea me pilla sacando la mano de debajo de la falda.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta divertida, pero con un deje extraño en la voz.

—So-solo…

—¿Acabas de salir del picaflores y ya te quieres meter en otro berenjenal? —indaga con una ceja alzada.

—No, no. No es lo que parece.

—¿No? —pregunta con picardía.

—Una abeja se me metió debajo de la falda justo cuando salía de la consulta del doctor. —Ay, dios, que eso no me lo creo ni yo.

—¿En serio?

—Intentaba buscarla para echarla de mi falda, pero no sé a dónde ha debido ir.

—Mientras no se te haya metido en las bragas… Conozco a una chica a la que una abeja le picó en sus partes, la pobre lo pasó fatal.

Parece que me ha creído. Es tan absurda la excusa…

—Por suerte, no me ha picado y parece que se ha ido.

—Muy bien, niña. Por cierto, cierra la funda del portátil, es muy fácil que en un descuido se caiga, sobre todo si una abeja decide incursionar en tu falda.

Me sonrojo sin poder evitarlo y Bea se ríe.

—Lo siento, no me di cuenta, y como tengo que pasar a limpio lo que me ha dictado el doctor enseguida…

—Uy, que te sea leve, yo voy un momento a recepción, ahora vuelvo.

En mi interior estoy pegando saltos y agitando mis puños en señal de triunfo. Ello me dará una oportunidad para poder esconder la dichosa carpeta.

Bea se aleja con su inconfundible taconeo irregular, cansado, de mujer que se sentiría más cómoda con un calzado menos lacerante, pero que no quiere resignarse a no estilizar sus piernas.

No pierdo el tiempo, entro en el despacho y, con celeridad, saco la carpeta de debajo de la falda para guardarla con rapidez en mi bolso. Por suerte, he traído uno donde cabría yo si me encogiera, es enorme. Cuando trabajaba en la limpieza me iba genial para guardar mi ropa, y como todavía no me he acostumbrado a vivir como una secretaria, no he perdido la costumbre de utilizarlo, nunca se sabe.

Lo cierro bien con la cremallera y me siento de inmediato frente al portátil.

Tardo al menos una hora en arreglar lo que me ha dictado el doctor Suárez y se lo envío por correo electrónico, tal y como indicó Bea que tenía que hacer con todo lo que pasara a limpio, para que él le dé el visto bueno antes de hacerla llegar a todo el personal de La Savinosa.

Madre mía, con la manía que le tenía a las circulares de este hombre, ahora me veo redactándolas yo, me van a odiar, se rumoreará que ha sido la secretaria, la nueva, la que todavía no rueda sola. Me estremezco, no me gusta la idea de ser el centro de la rumorología de los empleados, Bea lo ha sido durante mucho tiempo.

Si cobrábamos tarde, la culpa la tenía ella. Si faltaba material, también. Si el jabón de las manos picaba, Bea abaratando costes. Y si una circular era el equivalente a la Gestapo, aun con la firma del doctor, se decía que era ella la que había perpetrado semejante documento del mal.

Cuántas veces la maldije sin conocerla más que del saludo al cruzarnos por un pasillo.

Por un momento, me siento como una zorra hipócrita.

La sensación de inquietud por tener un documento confidencial en mi bolso no me abandona hasta que no estoy en mi coche, rumbo a un lugar donde lo pueda leer con tranquilidad.

De pronto, unos golpecitos en la luna me hacen dar un brinco en el asiento.

Es Daniel.

Lo observo con el mentón alzado, giro la llave en el contacto, le hago una peineta y arranco.

CAPÍTULO 16

No sé qué demonios se me ha pasado por la cabeza para responderle con ese gesto obsceno a Daniel. Quizá la rabia por sentirme engañada. Porque vale que no me prometió nada, pero me dio esperanzas y eso no se lo perdono.

Conduzco hacia mi casa, y cuando llego, me encuentro una nota de mi madre: se ha ido al centro comercial con Yago. Así que tengo la privacidad suficiente como para echarle un vistazo a la historia clínica de la Libélula.

Me dirijo a mi habitación para quitarme la ropa y darme una ducha rápida. Estoy secándome cuando escucho el tono de mi teléfono. En albornoz y con los pies un poco húmedos, voy a la habitación y saco el móvil de dentro del bolso. La carpeta aguarda ahí, expectante. Quizá solo sean pautas de medicamentos y algún informe interno sobre su estado de salud. Una punzada de remordimiento recorre mi cuerpo, no tendría que haberla sustraído, robado… Me hago el propósito de devolverla al día siguiente, entre mis habilidades no está la de ser amiga de lo ajeno.

El teléfono deja de sonar. Distraída con la carpeta, no había reparado en el nombre que figuraba en la pantalla: Daniel. Niego con la cabeza. Supongo que aún querrá saber el motivo por el que le saqué el dedo del medio, menudo gilipollas.

De nuevo entra una llamada suya. Estoy tentada a colgar, pero en lugar de ello, deslizo el icono del telefonito verde y me llevo el terminal al oído.

Me quedo en silencio…

—Fierecilla…, vamos, di algo.

—¿Qué quieres, Daniel? —inquiero con mi tono más altanero.

—Déjame explicártelo mientras tomamos un café, estoy fuera, mira por la ventana. —Y, efectivamente, está delante de la valla que delimita la piscina comunitaria. Su BMW se encuentra en nuestro vado, con las luces de emergencia encendidas.

Lo pienso un momento antes de contestar. Él, que tiene el móvil pegado a la oreja, saluda con su mano libre en cuanto me ve en la ventana.

—Veinte minutos —suelto con sequedad.

—¿Acaso no me vas a invitar a entrar?

—No, esta es la casa de mi madre, así que espérame veinte minutos o vete…

—De acuerdo, aquí estaré.

Termino la llamada. Me enorgullezco de mí misma por no haber sucumbido a la tentación de dejarlo entrar. Sin embargo, me dura poco la sensación de haber ganado la partida, pues, al fin y al cabo, voy a hacer lo que él quiere.

Me visto con un conjunto de pantalón *palazzo* y top de tirantes, lo suficientemente elegante como para salir a tomar algo, aunque tampoco excesivo.

Mi cabello está húmedo y me he maquillado de forma suave.

Al salir, Daniel me recibe con una sonrisa y se acerca al coche para abrirme la puerta. Estoy tentada a decirle que yo sé hacerlo

sola, ¿pero no dicen que ya no quedan caballeros?, este me debe una buena explicación.

Acabamos en Vila-seca, en una *fleca*[1] con terraza *chill out.* Él se pide un café con hielo y yo un cortado descafeinado.

De pronto, posa su mano sobre la mía, no la retiro, aunque le clavo una mirada de pocos amigos y valientes.

—Siento que te llevaras una impresión equivocada el otro día. Lo que viste no es ni por asomo lo que parece —dice en un tono algo condescendiente.

Ruedo los ojos.

—¿Y qué parece según tú?, porque a mí me quedó muy claro que te follas a la colombiana además de a mí —suelto con saña y retiro mi mano de debajo de la suya como si su contacto me quemara.

—Oh, ¿eso pensaste?, no, por dios, Yurani y yo solo somos buenos amigos…

—Si una buena amistad es meterse la lengua hasta el gaznate, te lo compro. —Ya sale la choni que llevo dentro, que alguien me detenga, que me cierre la boca, o no sé qué sapos y culebras pueda soltar por ella.

—No, no lo entiendes… —Daniel estalla en carcajadas.

—No le veo la gracia. Además, si estás intentando hacerme ver que no vi cómo os enrollabais, pierdes el tiempo.

—No seas tan dura, mujer, que todo tiene una explicación.

—Bueno, pues habla ya, he de volver a casa, mi hijo no tardará en llegar y quiero estar ahí cuando eso ocurra.

—No te quitaré mucho tiempo. Noelia, en serio, déjame explicarme, verás que es de risa, de verdad —insiste mientras se encoje de hombros.

—Está bien, habla.

—Verás, como ya te he dicho, Yurani y yo somos buenos amigos. No te niego que en el pasado tuviéramos algo, pero nos dimos cuenta de que no funcionaba y que como amigos éramos la bomba.

»Hace unos días me pidió un favor. Salía con un tipo que la dejó por otra, y ella quería darle una lección.

—¿Enrollándose contigo?

—Bueno, más bien haciendo ver que nos enrollábamos para subir unas fotos y un *reel* a Instagram. Si entras en su perfil, verás que tengo razón.

—No hace falta, me parece la explicación más absurda que he oído en la vida —suelto con firmeza.

—Es la verdad, pregúntale a ella si no me crees… Ese fue el motivo de que prácticamente te echara de mi casa la noche anterior, he de decirte que me arrepiento por ello, no debí hacerlo de esa forma tan fría.

»Había quedado con Yurani bien temprano para simular un desayuno, como si ella hubiera dormido en mi casa, eso también lo subió a la red social. Creo que es una especie de *influencer* o algo así. Ya sabes, esas personas que cuentan todo de su vida en las redes. Siempre dice que en Instagram lo importante es que lo parezca, no que lo sea…

—Me lo podrías haber dicho en lugar de ser tan seco conmigo.

—¿Acaso me hubieras creído? Es tan absurdo que sé que hubieras salido corriendo. Si solo al escucharme a mí mismo decirlo siento que es del todo surrealista…

—Entonces, ¿no fue porque me mensajeara con mi ex? —inquiero y no sé por qué…

—No, mujer. No puedo decirte que me agradara, pero tampoco le di mucha importancia.

—Daniel, no necesito a alguien que me dé esperanzas y luego me las quite de un zarpazo, no llevo bien ese tipo de cosas y no quiero problemas.

—¿Qué problemas?, ningún problema, Noelia. Me gustas mucho, me haces sentir vivo. Estoy cansado de mujeres espectaculares y tan rellenas de silicona que hasta parece que se la han puesto en el cerebro. Quiero una mujer real, con sus virtudes, sus defectos…

—No creo que la cantidad de silicona determine la inteligencia de una mujer. Ese comentario me parece del todo machista —espeto.

—Lo siento, a veces me encuentro con el machirulo que en el fondo soy y digo incoherencias. Pero no soy un mal tipo y me gustaría iniciar algo contigo, algo serio. Prometo no hacer más favores sexuales a amigas *influencers*. —Me toma de las manos y luego prosigue—: ¿Me darías una oportunidad?

CAPÍTULO 17

Daniel me deja en casa a las ocho de la tarde. Hemos acabado en la suya, haciendo el amor con la desesperación de una reconciliación algo pillada por los pelos.

No sé qué tiene este hombre, pero hace conmigo lo que quiere y eso no es bueno. Nos despedimos con un largo beso y bajo de su coche.

Suspiro… Oficialmente tengo novio.

Entro en mi casa con la boca hinchada de tantos besos y el cuerpo algo dolorido del revolcón. Mi niño viene a abrazarme.

—¿Dónde estabas, mami?, la abuela me ha comprado palomitas y me las he comido todas.

—¿Y a mí no me has dejado ninguna? —bromeo.

—No, es que estaban muy buenas y has tardado mucho.

—Lo siento, peque, mamá ha tenido que hacer unos recados, pero ya estoy aquí y podemos cenar juntos, ¿te parece?

Mi madre me observa por encima de sus gafas progresivas.

—Estás muy contenta, niña. Tienes un brillo especial en la mirada que…

—Sí, mamá. Es por Daniel, me ha pedido que sea su novia.

Mi madre me mira con expresión de sorber limones.

—¿Qué ocurre, mamá? —pregunto con el ceño fruncido.

—Ya lo sabes. Ese hombre es muy mayor para ti. Podría ser tu padre.

—Daniel no parece mi padre ni en broma, creo que hacemos muy buena pareja…

—¿Pero lo has mirado bien, hija?, se le nota la edad y eres tan joven, solo una chavalita. Que tienes veinticinco años, por dios.

Creo que mi madre ha estado haciendo de vieja del visillo y nos ha visto llegar, de otro modo, no sé cuándo ha escaneado a mi novio…

—Si insinúas que estaría mejor con un chico de mi edad, te adelanto que no. Y viste como me fue con…, no quiero ni decir su nombre.

—No siempre se acaban besando ranas, hija.

—Pues lo mismo te digo. Daniel no es una rana, ni un sapo, ni nada parecido. Lo verás en cuanto te lo presente.

Al final, mi madre acaba por resignarse, no sé qué tontería le ha entrado con la edad de Daniel, si todavía me pregunto cómo puede conservarse tan bien a sus cuarenta y ocho.

No puedo negar que la diferencia me da vértigo, nos llevamos veintitrés años. Pero ¿cuántas parejas de edad dispar llevan toda una vida juntos?

Además, no quiero un niño, necesito un hombre con los pies en la tierra. Tengo un hijo, no me puedo permitir tonterías de niñato.

Cenamos los tres entre risas y nos acostamos pronto. Sin embargo, la carpeta de Carolina vuelve a mi mente y, en cuanto Yago está dormido, salgo de la cama, localizo la carpeta en el bolso

y me la llevo a la terraza de arriba. Cojo aire antes de abrirla y vuelvo a reprenderme a mí misma por habérmela llevado.

Como pensaba, son los datos de Carolina, su historial en La Savinosa, etc. Estoy a punto de cerrarla cuando observo cómo sobresalen los restos de papel que indican que una hoja se ha arrancado de una libreta.

Retiro los folios que tapan la página que me interesa y hallo una carta manuscrita en un papel de cuaderno de pauta doble, fechada hace más de dos años. Comienzo a leer:

Estimado doctor Suárez:

El motivo de la presente es informarle de unos hechos de suma importancia en referencia a la señora Carolina Rodríguez, que está internada en sus instalaciones desde hace ya unos meses.

Indicarle, en primer lugar, que ella es inocente del asesinato de su marido y su hija. Que todo ha sido preparado para inculparla. Le tendieron una trampa.

Sí, fue ella quien empuñó el arma que acabó con sus vidas, pero no era dueña de su voluntad. Fue inducida a ello mediante hipnosis. A estas alturas, sabrá quién domina la mente humana como si para él no tuviera ningún secreto, ni más ni menos que el doctor Daniel Franco, quien trabaja en la institución que usted dirige.

Y ahora dirá, ¿qué tiene que ver ese sinvergüenza con Carolina?, ¿todavía no se lo imagina, doctor Suárez?, ¿o es que está usted ciego?

Espero que sepa obrar en consecuencia después de leer estas líneas. Daniel Franco es un hombre peligroso y manipulador que ha de pagar por sus delitos. Confío en que hará lo que esté en su mano por que se haga justicia.

Anónimo

La nota se me cae de las manos, el cuerpo entero me flaquea. ¿Hipnosis?, la palabra manipulador aparece en mi mente rodeada de destellos. Siempre he pensado que Daniel conseguía lo que quería de mí, que había algo en él que me hacía someterme a su voluntad. ¿Y si todo este tiempo he estado sucumbiendo a sus habilidades?

No puedo evitar hiperventilar y bajo al salón con celeridad. Cojo el portátil que descansa en el mueble de la televisión y me siento con él en el sofá. Lo enciendo y localizo en el navegador el icono de la inteligencia artificial.

Le pregunto si alguien puede inducirte a hacer cosas que no quieres mediante la hipnosis.

Según la IA, la idea de que con hipnosis se puede controlar la voluntad de una persona es más mito que realidad. Que es un estado de concentración y profunda relajación. Y que si la persona detecta que el hipnotista desea que haga algo que no le parece ético, saldrá del trance.

También dice que, sin colaboración voluntaria, no hay hipnosis efectiva.

No sé si creer del todo en las palabras del asistente de inteligencia artificial, pues yo vi hace unos años un espectáculo en el que un hipnotista hacía a un chico desnudarse hasta quedarse en calzoncillos y luego lo instaba a cacarear como una gallina mientras movía los brazos como si fueran alas.

La hermana del chico, avisada por una amiga, entró en el local y le echó una bronca monumental al hipnotista.

En la ficción sí se pueden observar personas que cometen crímenes bajo la voluntad de otras. Pero esto es la realidad, la carpeta que he sustraído también lo es y esta nota manuscrita… Dios mío. ¿Acaso Suárez no hizo nada al recibirla?, ¿no le dio la suficiente importancia como para llevársela a la policía?

Y Daniel, mi novio. ¿Será verdad que es un asesino manipulador?

A mi cabeza vienen los besos, su boca diciéndome que le gusto, que no soy como las demás, que me desea. Su cuerpo fundiéndose con el mío. Su sonrisa canalla.

Por otro lado, pienso en ese halo de misterio que parece envolverlo, esa manía por esconderme de los demás. Aunque eso ya debería terminar, ahora somos pareja, pareja a todos los efectos…, pero ¿y si este anónimo dice la verdad?

CAPÍTULO 18

Me levanto por la mañana con un cansancio mayúsculo. No he pegado ojo. Un millón de imágenes catastróficas se apilaban en mi mente y era difícil darles salida.

He pasado gran parte de la noche buscando información sobre Carolina en la red, también he visto vídeos en YouTube y TikTok, cada uno con una teoría más rocambolesca. Llegan a decir hasta que fue poseída por una entidad maligna mientras cometía el crimen.

Su chalé unifamiliar, situado en la Vall de l'Arrabassada, es el foco de los buscadores de fantasmas. Fue abandonado tras el fatal evento y está lleno de grafitis. Hay un vídeo de un grupo de investigadores paranormales que, utilizando aplicaciones móviles que simulan una *spirit box*, han captado psicofonías. Yo, la verdad, no alcanzo a entender lo que dicen tal y como ellos lo perciben, la cosa sea dicha.

Casi todos los creadores de contenido coincidían en que la Libélula era una asesina de lo más peligrosa y macabra. Sin embargo, una chica de más o menos mi edad, con el pelo verde lechuga y que se hace llamar PatriMistery, sostenía que Carolina fue inducida por su amante a perpetrar el crimen…, curioso.

Hallé un artículo de prensa en un blog que hablaba sobre los mensajes que recibió Carolina el mismo día en que decidió acabar con la vida de su familia. Uno era bastante inquietante:

«En el bolso de la señora tienes todo lo que necesitas, será esta noche».

Los cabos se entrelazaban sin atarse en mi mente, pero tenía claro que, de todas las noticias vertidas en internet sobre la Libélula, habría cierto porcentaje de amarillismo, siempre lo hay cuando un caso es tan mediático.

Eran ya las cuatro de la madrugada cuando el sueño me venció y la seis cuando ha sonado el despertador. Así que mi rostro es la viva imagen del cansancio, mas no puedo meterme en la cama otra vez, no hasta el fin de semana, qué ganas de que sea viernes, de verdad.

Tras vestirme, despierto a mi hijo y lo dejo desayunando. Mi madre me suelta toda la retahíla de que tenga cuidado con el coche y con los maleantes que andan sueltos. Solo le falta decirme que no acepte caramelos de extraños, que llevan droga.

Me subo al coche y recibo un mensaje de buenos días de Daniel. Me tenso. ¿Cómo voy a actuar ahora delante de él?, ese anónimo me ha calado hondo y no puedo decirle nada o revelaría que he sustraído una historia clínica del sanatorio.

Opto por evitarlo, aunque su mensaje tan amoroso me hace sentir culpable por sospechar así de él. Daniel puede ser muchas cosas, incluso algo golfo, pero no un inductor al asesinato, simplemente no lo veo.

Además, lo que me dijo la IA me dejó más tranquila. Si bien, no puedo evitar recordar a aquel chico haciendo la gallina en paños menores.

Hacer la gallina no es lo mismo que matar a alguien; digo yo, que si eso fuera así, un montón de asesinos le hubieran encomendado el trabajo sucio a otro entrenándose para hipnotizar al primer incauto que se encontraran por la calle.

Nada más pensar en esto, me siento absurda. Si lo que les gusta a los asesinos es precisamente matar…

La mañana se me hace muy pesada, no estoy en el lugar que debería estar. Mi mente está bastante lejos. He devuelto la historia clínica de Carolina sin problema, he sido la primera en llegar y me he colado de extranjis en el despacho del Doctor Caos. He dejado la carpeta tal y como estaba y he salido con celeridad, para sentarme en mi mesa como si no hubiera roto un plato.

A mediodía, más o menos, una sirena suena. Y luego los pasos acelerados de varias personas hacen que Bea y yo salgamos al pasillo a cotillear.

Vemos a Yurani totalmente azorada mientras corre con su coleta rizada moviéndose de un lado al otro.

—Yurani, ¿qué ha ocurrido? —indaga Beatriz sin pelos en la lengua.

—Una paciente ha herido a una empleada.

Mi corazón da un vuelco, sé exactamente qué paciente ha sido, pero ¿a qué empleada ha herido? ¿Y por qué?

No tardamos Bea y yo en recibir el rumor de que la agredida ha sido Laura, la limpiadora que cubrió la vacante que quedó tras mi cambio de puesto.

Trago saliva, no sé si alegrarme o tirarme de los pelos.

—¿Qué te ocurre, niña? —pregunta Beatriz con legítima preocupación.

—Podría haber sido yo… —suelto todavía en *shock*.

—¿Por qué lo dices?, ¿porque fuiste limpiadora como ella?

—Entró a trabajar para cubrir mi puesto, Bea, solo hace unos días que trabajo en la oficina, podría haber sido perfectamente yo.

—Ah, bueno… Dios es listo, si algo no tiene que ocurrir, se las ingeniará para que no ocurra —suelta dejándome estupefacta.

—No te veía como una persona religiosa —digo encogiéndome de hombros.

—Pues lo soy, niña. Aunque no lo parezca. Así me criaron y me gusta aferrarme a Dios cuando veo que el mundo de los hombres no comprende su verdadera magnitud.

—Yo es que soy atea…

—Nadie lo es. Todos nos encomendamos a algo o a alguien cuando nos vemos en un verdadero aprieto. El ser humano necesita creer, es su naturaleza.

—Sea como fuere, no me alegro de lo ocurrido. Pobre chica, la conocí en el despacho del doctor y me pareció bastante agradable —digo con sinceridad.

—Vamos, que solo ha sido un percance, le ha mordido el antebrazo, quizá haya hecho la tontería de acercarse a ella. Todas las nuevas caen, la ven tan frágil que acaban por escuchar sus balbuceos y darles una interpretación del todo fuera de la realidad.

Debería recordarle a Bea que el protocolo del sanatorio es del todo irregular y que las limpiadoras nos exponemos a ser atacadas por pacientes, en ocasiones, peligrosos, mas no lo hago.

—Carolina intenta decir algo, no sé qué es a ciencia cierta, pero al menos conmigo lo ha intentado —confieso.

—Ah, ¿sí?, ¿y qué fue lo que te dijo?

—No lo sé, no se le entiende bien. Algo de *nino*, no sé si se refiera a alguien…

La mirada de Beatriz se ensombrece por un instante.

—A saber, no conozco ningún Nino —suelta quitándole importancia.

No me pasa inadvertida su mirada de sorpresa, tampoco el hecho de que, después de nuestra escueta conversación, haya evitado en todo momento mirarme a los ojos.

CAPÍTULO 19

A las tres en punto ficho, y tras cruzar la puerta principal del sanatorio, me encuentro a Laura con el brazo vendado.

La curiosidad me mata y me acerco a ella.

—Hola, Laura. ¿Cómo estás?, me he enterado de lo ocurrido —suelto con genuino interés.

Ella me mira con una sonrisa tensa, con tintes de desconfianza.

—Bien. Ha sido más que nada el susto… —responde y la veo mirar hacia atrás. Hay un chico que la observa con apremio desde la ventanilla de un Toyota Yaris algo desvencijado.

—¿Cómo ocurrió? —indago.

—Fue extraño. Estaba pasando la mopa muy cerca de la silla de ruedas de la Libélula y de pronto la oí decir algo.

—No me lo digas, te acercaste a ver qué decía, ¿cierto?

—¿Cómo lo sabe?

—Porque a mí me pasó exactamente lo mismo.

—¿En serio?, pero si usted no entra en las particiones de los internos, ¿me equivoco?

—Hasta hace unos días sí. Tú estás cubriendo mi puesto, fui limpiadora durante dos años…

—¿Así que es cierto lo que dice el director de que en esta institución abogan por la promoción interna?

—Parece que sí, al menos, conmigo así ha sido. —Veo que nos estamos yendo del tema que me interesa y reconduzco la conversación—: A mí trató de decirme algo —suelto—, ¿a ti también?

La muchacha mira de nuevo hacia atrás, al coche de su novio.

—Mi chico me está esperando.

Debería decirle: «no pasa nada. Ya nos veremos». Pero en lugar de ello:

—¿Te dijo algo la señora Carolina? —inquiero tomándola por el antebrazo sano, ella me mira un poco asustada, todo hay que decirlo.

—Sí, me dijo algo. Aunque no sé si es buena idea airearlo…

—No diré nada, te lo prometo —le aseguro.

—Noelia, dijo simplemente, Noelia.

Suelto a Laura de golpe, las piernas me flaquean.

—¿No dijo nada más? —pregunto con desesperación.

—Ya le he dicho que solo dijo eso…, no sé quién será la tal Noelia, quizá me confundió con ella.

Asiento, todavía sumida en un tsunami de emociones.

—Sí, quizá fue eso… que te confundió.

Por la tarde voy a buscar a mi hijo a la escuela, se pone como siempre muy contento cuando me ve. Lo llevo al parque, aunque he de decir que odio ir al parque. Lo hago por él y tengo ganas de que ya no le interesen los columpios. Me siento en un banco y trasteo en el móvil mientras mi pequeño se tira por la tirolina, que es lo que más le gusta de ese parque en concreto.

Hace cola con otros niños y van tirándose por turnos.

Recibo un mensaje de Daniel.

Hola, fierecilla, ¿nos vemos hoy?, no te he visto el pelo en todo el día.

No sé qué contestarle. Esta madrugada, una carta lo acusaba de ser el asesino indirecto del marido y la hija de Carolina.

Si me dices dónde estás, puedo acercarme.

Me escribe de pronto. No, no puedo. Estoy con mi hijo, no quiero exponerlo a un posible asesino.

¿Por qué demonios me estoy emparanoiando de ese modo? Es Daniel, el Daniel que me hizo el amor con dulzura ayer mismo. Mi novio desde ayer también. No puedo ponerme frente a él y decirle: «oye, he robado la historia clínica de la Libélula y ahora temo por mi vida y la de mi hijo, así que corto contigo…».

Cortar con él…, sí, quizá deba hacer eso, y la forma más fácil de hacerlo es por teléfono. Un mensaje diciéndole eso típico de: «No eres tú, soy yo», y todo arreglado.

Pero… ¿y si ese anónimo solo pretende perjudicarlo? Digo yo que si hubiera alguna posibilidad de que lo que dice en él fuera verdad, el Doctor Caos ya hubiera dado parte a las autoridades, ¿cierto?

Me remuevo incómoda en el banco, necesito pensar. También he de contestarle a Daniel, ganar tiempo.

Abro el WhatsApp y comienzo a escribir un mensaje.

De pronto, oigo revuelo en la tirolina y veo a mi hijo llorando. Corro hacia él con preocupación, una mujer de unos sesenta años está a su lado. Lo cojo en brazos al llegar a su altura y ella dice:

—Te llamábamos para que vinieras, pero como estabas con el móvil y no te enterabas…

La fulmino con la mirada, digo yo que, si alguien hubiera querido avisarme, se habría acercado. He ido mirando cada ciertos segundos hacia donde estaba mi hijo y siempre lo vi bien, pero no puedo

evitar sentir una punzada de remordimiento por no haber estado más atenta.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto a la mujer, pues él no deja de llorar y de señalarme el codo.

—Se ha caído de la tarima, lo he intentado coger, pero…

Mi teléfono suena, el niño no deja de llorar y no se le puede tocar el brazo. Atiendo la llamada, es Daniel.

—Necesito ayuda —suelto con desespero, está claro que a mi pequeño le pasa algo…

Le digo dónde estoy y no tarda más de diez minutos en llegar.

Mi hijo sigue llorando sin parar.

—Déjame ver —dice Daniel y toma el brazo de mi hijo entre sus manos—. Vale, tranquila. Vamos a ir a urgencias, ¿has oído hablar alguna vez del codo de niñera?

—No, no sé qué es eso.

—Es una lesión muy común en los niños pequeños por tirarles del brazo, normalmente, cuando los levantas. ¿Qué ha ocurrido?

Se lo explico y le digo que la mujer me ha dicho que trató de cogerlo para que no cayera.

Daniel asiente con la cabeza y me insta a que lo siga hasta su coche, que está aparcado muy cerca del parque.

Abrazo a mi hijo y lo beso en la mejilla mientras le digo que todo irá bien. En este momento, la importancia del anónimo ha quedado reducida a cenizas, la prioridad es Yago, solo Yago.

CAPÍTULO 20

Gracias a Daniel, nos pasan más rápido al box donde revisan a Yago y el diagnóstico es justo el que me ha dicho mi controvertido nuevo novio: codo de niñera.

El traumatólogo hace una maniobra que él denomina de pronación forzada y mi hijo deja de sentir dolor casi al acto. Le doy las gracias con sinceridad al doctor y vuelvo a la sala de espera, donde aguarda Daniel de brazos cruzados.

Al vernos, nos dedica una amplia sonrisa.

—¿Todo bien, campeón? —le pregunta a mi hijo, quien le responde que sí con efusividad.

Daniel le prometió que lo llevaríamos al McDonald's y ahora Yago quiere que cumpla.

—Otro día, cariño, mañana tengo que trabajar y…

—No tardaremos mucho, mujer. Además, siempre hay que cumplir las promesas que se les hacen a los niños si quieres que estos confíen en ti. Te lo digo por experiencia…

—¿Incumpliste muchas? —indago.

—Demasiadas. Si pudiera dar vuelta atrás en el tiempo, priorizaría a mi familia por encima del trabajo y una vida que no siempre ha

sido ejemplar.

Daniel se adelanta y coge a mi hijo en volandas, para subirlo luego a sus hombros. Yago está encantado y yo no sé qué pensar, el dichoso anónimo no deja de dar vueltas en mi mente, así que decido que sí, que iremos a la hamburguesería, pero yo no voy a perder la ocasión de tirarle de la lengua a mi recién estrenado novio.

Nos pedimos nuestros menús y a Yago un Happy Meal con la hamburguesa de pollo.

Comemos entre risas y una conversación algo absurda sobre el juguete del menú para niños.

Nada más terminarse su postre, Yago corre hacia el área de juegos y aprovecho para poner a Daniel contra las cuerdas.

—¿Te has enterado de lo que le ha ocurrido a la nueva limpiadora? —inquiero tras sorber con la pajita mi refresco, que es más hielo que otra cosa.

Daniel me mira en plan: «¿no crees que es obvio?».

Él es uno de los psiquiatras del sanatorio, así que mi pregunta es absurda, soy consciente de ello, aunque precisamente pretendía que lo pareciera.

—¿No te parece que podemos hablar de infinidad de temas y no de las desgracias que ocurren en nuestro puesto de trabajo? —suelta un poco a la defensiva.

—Lo sé, pero es increíble lo de esa mujer, Carolina. He estado buscando información en la red, ¿y sabes qué?, hay un vídeo en el que se insinúa que actuó inducida por su amante, o sea, que su amante la hipnotizó para que se deshiciera de su familia…

Daniel me mira como si viera un elefante verde…

—Eso es absurdo. —Frunce el ceño—. La hipnosis es una técnica terapéutica que induce un estado mental similar al trance, la persona está relajada, con la atención muy enfocada y receptiva a lo

que se le sugiera. El paciente no está dormido ni inconsciente, sino en un estado de hiperconciencia y puede salir del trance en cualquier momento. Jamás hará algo que vaya contra su voluntad —explica con convicción.

—En una ocasión vi como un chico se desnudaba inducido por un hipnotista, luego hacía la gallina…

—Te aseguro que si le dijeran que matara al que tiene al lado, saldría del trance de inmediato.

—¿Y si no?, ¿si hubiera personas con una habilidad tan extraordinaria para influir en quienes hipnotizaran?

—Eso, fierecilla, solo existe en la ficción. Carolina mató a los suyos y de eso no hay duda…

—Pero ¿cómo lo sabes?, ¿la conoces bien?

—Todo lo bien que se puede conocer a una paciente.

En mi mente, resuena su nombre, Daniel Franco, como inductor del asesinato de la hija y el marido de Carolina.

—Dicen que tenía un amante… —añado con los ojos entrecerrados.

El rostro de Daniel se contrae en una mueca de desagrado.

—Noelia. ¿Hay algo que quieras decirme directamente? —inquiere con firmeza.

—¿Yo?, ¿por qué?

—No sé, tu lenguaje corporal, el tono en el que me haces las preguntas. Me da la sensación de que intentas comprobar algo…

Mierda, me ha pillado…

—Qué va, solo es que soy demasiado curiosa y el caso de la Libélula, al tocarme tan de cerca, me interesa. Te aseguro que si hicieran una serie sobre ella, la vería.

Daniel rueda los ojos.

—No creo que a la familia de su difunto marido le hiciera gracia que ella se llenara los bolsillos con este asunto. Es demasiado reciente y fue mediático, muy mediático. El dolor de los familiares está por encima del morbo de los curiosos.

Me siento avergonzada.

—Lo sé, discúlpame. No puedo evitar ser demasiado curiosa —digo sin saber muy bien dónde meter la cabeza.

—Creo que será mejor que nos vayamos, mañana toca madrugar —dice Daniel con creciente impaciencia.

He conseguido ponerlo nervioso y eso me da una clara pista de que sabe más de lo que cuenta, ya sea por secreto profesional o porque en su día traspasó la barrera que lo separaba de lo personal.

CAPÍTULO 21

Han pasado varios días desde que prácticamente interrogué a Daniel. Nuestra relación ha sido casi inexistente desde ese momento. Es como si algo hubiera hecho clic en nuestra mente y hubiéramos decidido que lo mejor es estar separados. Ni él me ha buscado a mí ni yo a él.

Quizá sea lo mejor, aunque es del todo desconcertante que ninguno haya puesto fin a la relación, ni tan siquiera con un triste mensaje.

Es sábado y Yago se ha ido con su padre. Yo he estado por la mañana en la playa y me dispongo a pasar una «amena» tarde de Netflix y aire acondicionado con mi madre, mientras ella hace ganchillo. ¡Qué planazo!

Echo de menos a Yago, también el tener alguien con quien salir, el sábado es muy largo cuando no tienes con quien compartirlo, y vale que tengo a mi progenitora, pero nuestro concepto de diversión es bien distinto.

A las cinco de la tarde, estoy muy aburrida, así que salgo a dar una vuelta con el coche. Sin darme cuenta, acabo en las inmediaciones de Cala Crancs. Y mira que por la mañana me fui a la playa Llarga para no acabar aquí. ¿Qué me ha traído? Ni yo lo sé.

Me quito las sandalias y bajo a la playa. Miro hacia la casa de Daniel y observo la terraza con las cortinas colándose por el gran ventanal, pues hace algo de brisa.

De súbito, él sale con el torso desnudo y un pantalón corto. Se apoya en la baranda, puedo ver toda su figura al completo gracias a los paneles de vidrio transparentes. Enciende un cigarrillo; no sabía que fumara. Su mirada parece perdida en el horizonte, aunque no puedo ver con nitidez su rostro.

Suspiro. Quizá debamos mantener esa conversación que tenemos pendiente. ¿Qué podría ocurrir?

«No es buena idea», me dice mi voz interior, pero no le hago caso y abandono la playa para dirigirme a su chalé por las escaleras que conducen a donde este se encuentra.

Cuando estoy frente a la puerta, toco el timbre. Daniel tarda varios segundos en abrir.

Al verme allí plantada, me observa durante una porción de tiempo que se me hace eterna con una expresión que no sé descifrar, luego, para mi sorpresa, se funde conmigo en un abrazo.

—Pensé que ya no querías saber nada de mí —dice en un tono lastimero que me impresiona.

El olor de su perfume me embriaga. Y el abrazo despierta en mí el deseo.

—¿Por qué, Daniel?, ¿qué te ha llevado a pensar eso de mí?

—Pasa, tenemos que hablar…

Nuestras miradas se reflejan una en la otra. ¿Es buena idea entrar en su casa?, no sé si quiero saber lo que sea que tenga que decirme, está claro que tiene que ver con ella, con Carolina.

Cruzo el umbral y el vestíbulo. El salón me recibe con su amplio ventanal. La música clásica llena la estancia de notas melancólicas. Una botella de *whisky* reposa sobre la mesa.

—Siéntate —dice y luego añade—: llegas justo en el momento en que me iba a servir una copa, ¿te apetece?, es escocés.

—No soy muy fan del *whisky*, si tienes algo más suave, una cerveza, por ejemplo…

—Tengo Coronitas, ¿te gustan? —pregunta solícito.

—Sí —respondo mientras dejo el bolso sobre la mesa del salón.

Tomo asiento en el mullido sofá, y Daniel me hace entrega de la cerveza, con una rodaja de limón metida en la boca de la botella.

Él se sienta a mi lado, se ha servido un *whisky* con hielo y me observa con los ojos brillantes.

—Perdona que te haya tenido abandonada —dice posando su mano sobre mi rodilla—, he tenido demasiado trabajo, demasiado estrés, demasiados problemas…, no quería aburrirte con ellos.

—Bueno, yo tampoco he hecho nada por acercarme a ti, así que… —Esto último lo digo de un modo que me resulta borde hasta a mí.

—Comprendo que estés enfadada…

Creo que se confunde, lo que estoy es llena de dudas, de desconfianza. El halo de misterio que envuelve todo lo concerniente a Daniel no es sano, por ello decidí tomar distancia, y al ver que él también lo hacía, di por hecho que con mis preguntas había tocado su punto débil.

—No estoy enfadada, Daniel. Solo me gustaría que entre nosotros no hubiera secretos, y tengo la impresión de que nos separa un abismo en forma de gran enigma —digo de nuevo soltando mis hilos maliciosos.

—No te andes con rodeos, Noelia. Pregúntame lo que quieras directamente, prefiero que seas clara. Haré lo posible por transformar en luz lo que ahora se esconde entre tinieblas.

Lo miro sorprendida, ¿desde cuándo su tono es tan poético?, quizá se deba al efecto del alcohol.

—Quiero saber qué te une a Carolina…

Daniel se alza de hombros.

—La relación médico-paciente.

—¿Nada más?

—Nada más. Ni siquiera soy yo su psiquiatra, aunque cumplo con mi función cuando Alonso tiene obligaciones que atender.

—Carolina y tú…, ya sabes…

—No, no sé, explícamelo.

—¿Fuisteis amantes?

Un chorro de *whisky* sale a presión de la boca de Daniel y comienza a toser abruptamente.

Le doy unos toques en la espalda hasta que veo que está mejor.

—¿Amantes?, ¿qué gilipollez es esa?, ¿de dónde lo has sacado?

No sé por dónde salir. Eso lo vi en la nota que escribió el anónimo, no está en ningún sitio más. En el vídeo, la chica del pelo verde hablaba de un amante, pero no daba ningún nombre ni referencia.

—No lo sé, Daniel, ni siquiera sé por qué te he preguntado eso.

Él entrecierra los ojos.

—Noelia, ¿qué has hecho?

CAPÍTULO 22

Estoy tensa, Daniel me mira de un modo indescifrable, pero está claro que no es una mirada positiva, ¿furia tal vez?

Cuando me preguntó: «¿qué has hecho?», una bola se subió a mi garganta y todavía, minutos después, no he sabido contestar.

—Nada, ¿qué iba a hacer yo? —miento, miento y no me creo, ¿cómo me creerá entonces él?

—Yo no soy ese novio que la indujo a cometer un crimen atroz. Soy un psiquiatra respetable, jamás utilizaría la hipnosis para hacer algo tan… reprobable, por el amor de Dios —dice con verdadero enfado.

—Lo siento, yo…

—No sé cómo puedes pensar así de mí. Eres mi novia…, mi novia. Eres a la primera que le pido que lo sea. Yo no soy hombre de relaciones serias, soy un mujeriego, ¿no?, eso es lo que van diciendo por La Savinosa. La realidad es bien distinta, joder. Me da la impresión de que a alguien le interesa que me vean así, con esa fama que no sé ni de dónde ha salido.

—¿De haber mantenido relaciones sexuales con muchas de las féminas del sanatorio? —inquiero encogiéndome de hombros.

—¿Pero de dónde sacas eso?, de verdad, Noelia, si desconfías así de mí, piensas que soy un picaflor y que encima voy hipnotizando a mis amantes para hacer que se carguen a sus familias, es que no me conoces en absoluto.

»No quiero a alguien así en mi vida, alguien que no sepa ver quién soy…

Ahora mismo estoy demasiado avergonzada y siento ganas de llorar. Creo que he metido la pata hasta el fondo, Daniel parece totalmente sincero.

—Lo siento. Perdóname…

—Es que no entiendo cómo has podido llegar a todas esas conclusiones absurdas sobre mí.

—Quizá porque todo lo bueno de mi vida suele esfumarse…

—Oh, no me vengas ahora con el papel de víctima, ¿qué se esfuma?, ¿qué se ha ido?

Analizo las preguntas y busco en mi mente las respuestas, acabo por darme cuenta de que es justo al revés. Es precisamente lo malo lo que se ha alejado de mí, y lo ha hecho porque yo misma puse tierra de por medio.

—Daniel, yo…

—Creo que lo mejor será que te vayas —dice él con firmeza.

Pero yo no me quiero ir, no ahora. Siento una vergüenza enorme y quiero arreglar el desaguisado que he formado. No soporto los cabos sueltos, necesito arreglarlo siempre todo, hacer un empalme que conduzca la luz a nuestra relación.

—Por favor, perdóname… —suplico.

—Necesito espacio ahora, tiempo. No tengo ganas de hablar contigo ni de estar a tu lado ahora mismo.

Estas últimas palabras se me clavan como dagas ardientes.

—Por favor, hablemos…

—Ahora no. Vete.

Y la firmeza con la que pronuncia ese «vete» me desarma. Las lágrimas se escapan de mis ojos y ni con eso Daniel se ablanda, quiere que me vaya y yo estoy ahí, incómoda, quiero irme y quedarme a la vez, pero más quedarme para que se produzca una reconciliación.

Daniel me dedica una mirada que no deja lugar a dudas. Sus ojos gritan: «fuera». Así que me levanto, cojo mi bolso y salgo de su casa.

Acabo dando vueltas con el coche por la costa, estoy tan desconcertada que conduzco de modo temerario, tanto que en una curva de las que conduce a la playa del Miracle, me como un bordillo y dejo la llanta hecha un desastre.

Me quedo ahí parada, pensando en que otra vez estoy metida en la espiral de desamor que siempre ha gobernado mi vida. La limerencia a la que hizo referencia en su día mi psicóloga.

Recuerdo aquella noche, que supuestamente estaba enterrada en mi memoria. La frialdad, la dureza, las voces amenazantes, la sensación de asfixia… No, he de calmarme y volver a casa, meterme en la cama y decidir qué hacer con mi vida desde la seguridad de un lugar en el que no pueda meterme en líos.

◆ ◆ ◆

El lunes por la mañana me cruzo con Laura, ella me saluda con la mirada esquiva.

—Hola, Laura, ¿qué tal estás?

—Bien, hoy me reincorporo —dice con un pequeño destello de miedo en su mirada.

—Habla con Carmen, si no quieres entrar a limpiar la partición de la Libélula.

—Llevo muy poco tiempo, no me atrevo. Además, necesito el trabajo.

—Digo yo que podría poner a otra persona en tu lugar durante unos días, ¿no?

Laura niega con la cabeza.

—He de fichar… —dice con la prisa pintada en la cara.

Se dirige a la máquina, y de pronto me encuentro diciéndole:

—Puedo hacerlo yo…

Laura me mira como si hubiera visto un elefante multicolor.

—Eres la secretaria del director…

—Aspirante a secretaria. No olvides que es la señora Beatriz la que todavía ostenta el título de honorable secretaria de dirección —digo de modo teatral, esperando sacarle una sonrisa a Laura. No lo consigo.

Me siento ridícula por un momento, pero qué más da, así llevo toda mi vida, haciendo bromas que solo me hacen gracia a mí.

—En cualquier caso, es mejor que haga lo que me digan y ya está.

—No puedes entrar en la partición de Carolina, no después de lo que ocurrió la última vez.

—Estamos hablando por hablar, ni siquiera sé si me la adjudicarán a mí.

La miro con los ojos en blanco.

—Se nota que no conoces a Carmen…

Laura parece estremecerse.

—Mira, te daré mi número de teléfono, envíame un mensaje en cuanto tengas que entrar a limpiar su cuarto. Tenme, por favor, tu uniforme de repuesto preparado…

—¿Y si nos pillan?

—Diré que fui yo, no te preocupes, algo se me ocurrirá.

—No estoy muy segura de esto. En cualquier caso…, gracias.

Asiento con la cabeza y le proporciono mi número de móvil a la pobre chica.

En cuanto ella se aleja, no puedo evitar pensar en que solo se me ocurren ideas de bombero.

Respiro profundamente y pienso: «Hoy sabré qué aguas sobrevuelas, Libélula».

CAPÍTULO 23

Recibo el mensaje de Laura y salgo de la oficina con el pretexto de ir al baño a hacer aguas mayores. He planeado mi escapada desde que entré a la oficina. Me he quejado varias veces de dolor de tripa, y Bea me ha sugerido que fuese al lavabo. He dicho que no, todas las veces que me lo ha sugerido, alegando que no tenía ganas de hacer… —¿cómo podría decirlo sin que quede mal de todas formas?— caca.

Pero ahora sí las tengo y me convenzo de que, en ocasiones, puedo ser la mejor actriz, hasta Bea me mira y dice: «Sí, ve al baño, hija mía, que tienes la cara blanca como un papel».

Corro por los pasillos hasta llegar al cuartito de la limpieza, donde he quedado con Laura.

—¿Estás segura de que no nos pillarán aquí? —inquiere ella con el rostro cargado de pánico.

—No, mujer. A esta hora todas están en sus puestos y Carmen desaparecida, como siempre.

—Eso me preocupa…

A mí también, estoy mintiendo como una bellaca. Lo único que quiero es entrar en la habitación de Carolina y preguntarle por qué agredió a Laura mientras la llamaba por mi nombre. ¿O es que acaso

quería que ella me avisara para que yo fuera a verla?, en ese caso, ¿para qué dañarla?

He disfrazado mi temeridad de ayuda a una pobre chica desvalida, pero la dura realidad es que me muevo únicamente por interés. La curiosidad me mata desde que vi a Laura cerca de la máquina de fichar y la posibilidad de salirme con la mía se iluminó cual letrero de neón.

Y vale que hace días que me enteré de que la Libélula me había nombrado, pero la resignación se había colado por los recovecos de mi curiosidad, entre otras cosas, porque ha sido Carmen la que ha estado sustituyendo a Laura estos días. No podía correr el riesgo de toparme con ella, entrando de modo furtivo en la partición de Carolina.

Me pongo el uniforme de limpiadora y me siento de pronto en casa ajena, es como si mi piel hubiera mutado y ahora peleara con el blusón azul, porque me he vuelto alérgica o algo así…

—Tú espérame aquí —le digo antes de salir del cuartito de la limpieza y cerrar la puerta.

Laura niega con la cabeza, sabe que es una pésima idea, yo también, pero aquí estoy, carro en mano, rumbo a la habitación de la paciente más controvertida de La Savinosa.

Entro en la partición, el olor a orina y a aliento de dientes sin lavar me recibe.

—Hola, Carolina —saludo y, contrariamente a lo que esperaba, ella voltea la cabeza para clavarme sus inquietantes ojos claros—, ¿querías verme?

Ella asiente levemente con la cabeza. Parece más lúcida que cuando era yo quien fregaba el suelo de su fortaleza.

—Nino, nino…

—Sé más clara, porque no me entero. Si puedes decir con claridad mi nombre y el del tal Nino, ¿cómo no puedes especificar más?

—No-no *entendes*…

—No, no entiendo una mierda. Y mucho menos que hayas agredido a una limpiadora mientras me nombrabas.

—No-no.

—Habla ya ¿Qué quieres decirme en verdad?

Carolina me mira con una expresión que no deja lugar a dudas, está enfadada.

—Pel-gro. Tú…, nino.

De pronto se abre la puerta y choca con la pared. La sangre no me llega al cerebro, ni a las piernas, ni a las manos. Y no lo hace porque ahora sé a qué se refiere Carolina con la palabra «nino». No es ningún nombre propio, tampoco alguien del sanatorio. Es lo que más me duele en el mundo, sangre de mi sangre, mi persona favorita. Yago, mi niño.

—¡¿Qué cojones haces aquí?! —inquiere Carmen, a la que solo le hace falta sacar humo por los orificios nasales.

—Ayudar a una persona en apuros, cosa que tú pareces no haber tenido en cuenta a la hora de hacer los cuadrantes —digo alzando el mentón, en actitud desafiante.

—Los cuadrantes son los que son. A Laura Domínguez le toca limpiar la partición de Carolina, es su trabajo…, recuerda que te sustituye y eras tú la que solía limpiarla. Aunque parece que le pillaste el gustillo y aquí estás.

—Ella la agredió, por Dios, Carmen. ¿Es que acaso no tienes una pizca de empatía?

Me mira como si se imaginara estrangulándome con sus propias manos hasta arrebatarme la vida.

—La agredió porque no mantuvo las distancias como se le pidió, como siempre se os pidió a todas. Así que, si no hace de nuevo el tonto, no ha de ocurrir nada más.

—¿Y no has pensado en que la harás revivir el mal momento?, todavía está muy reciente —digo de brazos cruzados.

—¿Acaso ella te pidió que tomaras su lugar?

—No la metas en esto, ni siquiera sabe que estoy aquí. Hablé un poco con ella y me di cuenta de inmediato de que estaba verdaderamente afectada, así que, por mi cuenta y riesgo, vine a echarle un cable.

—¿Y el uniforme?, no hay que ser muy lista para ver que te va corto el pantalón. Precisamente, porque Laura es más bajita que tú.

—Lo cogí del cuartito de la limpieza, ella no lo sabe. Además, no sé qué pensaría el doctor Suárez de la falta de empatía de la coordinadora de limpieza.

Bingo, el rostro de Carmen palidece al acto y veo como traga saliva.

—Está bien. Yo me encargaré de esta partición durante unas semanas, ¿contenta? —pregunta con resignación.

Asiento con la cabeza y, por un momento, creo que he ganado, que he conseguido callar a Carmen, pero cantar victoria tan pronto me pasa factura, cuando la voz potente de Daniel irrumpe en la partición y pregunta: «¡¿Se puede saber qué está haciendo aquí, señorita Briz?!».

CAPÍTULO 24

Daniel me observa con dureza. Me ha llevado a su consulta, pocas veces entré cuando me dedicaba a limpiar. Era otra compañera la que se encargaba de esta parte del complejo de edificios, era un trabajo más fino, reservado a las veteranas, así que yo solo transitaba por estos lares cuando alguna de ellas tenía vacaciones.

—De verdad que no consigo entenderte, Noelia.

«¿Ya no soy tu fierecilla?», pregunta una voz que sale de lo más hondo de mi ser.

—Solo quería ayudar a una persona en apuros…

—Conmigo puedes ahorrarte excusas que no te las crees ni tú. No eres una persona tan empática ni un alma caritativa.

Le dedico una mirada airada.

—¿Acaso me estás psicoanalizando o algo por el estilo?

Daniel alza una ceja y niega con la cabeza. Lleva unas gafas de ver de cerca que le dan un toque inalcanzable de lo más sexi.

—Mira, déjate de mentiras y dime de una vez por qué demonios te vestiste de limpiadora y entraste en la habitación de Carolina…

—Ya te lo he dicho y te lo he repetido varias veces. Solo quería ayu…

—Sí, eso ya lo he oído, pero sé que no es la verdad. Así que, muy a mi pesar, tendré que hablar con el doctor Suárez.

Trago saliva y lo miro con los ojos desorbitados.

—Me despedirá, no puedo permitirme ese lujo, Daniel —confieso con verdadero pánico en la mirada.

—Pues entonces, Noelia, haz el favor de confiar en mí. ¿Por qué lo hiciste?

Un cúmulo de pensamientos chocan entre sí en mi mente. Una mente caótica donde las haya. Ahora mismo una especie de fiesta compuesta de tracas que estallan y se descomponen en trocitos de papel rojo y restos de pólvora.

Pero he de pensar en mi hijo, solo en él. Quizá sea buena idea contárselo a Daniel, puede que él nos proteja.

—Carolina me nombró mientras agredía a Laura Domínguez. ¿Contento?

El rostro de Daniel se contrae en una mueca que indica que lo que sea que haya comido —en este caso mis palabras—, no le ha sentado bien.

—¿Cómo sabes eso? —inquiere pasándose los dedos por su cabello y revolviéndolo, signo inequívoco de que está nervioso.

—Ella me lo dijo. Le pregunté por la agresión, y sin saber cómo me llamaba yo, me confesó que la Libélula le había dicho una sola palabra, mi nombre…

—Y tú fuiste allí a comprobar por qué te había nombrado, ¿cierto?

—Exactamente…

—¡¿Y no se te ocurrió que quizá podría querer agredirte a ti también?!, recuerda que ya lo hizo antes —espeta con la voz

demasiado subida de tono.

—No me grites —zanjo con firmeza, odio que lo hagan.

—Lo siento. Me dejé llevar por… No importa. A ver, Noelia —me dice en el tono condescendiente que utilizaría para hablarle a una niña—, esa mujer es peligrosa y manipuladora. Si te nombra, que lo dudo, porque te aseguro que no puede hablar con normalidad, debido a… tampoco importa, es mejor que ni aparezcas por su partición, porque no lo hace para nada bueno. Quizá se haya obsesionado contigo, puede que hasta confundiera a la nueva limpiadora, que pensara que eras tú y no otra persona.

Frunzo el ceño, Laura es bien diferente a mí, entre otras cosas, le saco al menos un palmo de altura.

—No creo, además, pude hablar con ella lo suficiente como para saber qué quería decirme.

—¿Y qué era?

—Me dijo que mi hijo estaba en peligro, ¿te lo puedes creer?

Daniel me mira como si estuviera delante de una persona con sus facultades mentales en cualquier lugar menos en su sitio.

—Tu hijo, Yago, al que ella no conoce. Si ni siquiera sabe que tienes un hijo.

—Eso no es exactamente así.

—¿Le has dicho a la mujer que asesinó a sangre fría a su familia que tienes un hijo?

—Más bien fue un comentario tonto.

De pronto, las palabras que salieron de mi boca ese día me golpean con saña: «Sabes, Carolina, hoy he tenido un día horrible, tengo un pequeño terremoto de cinco años que me vuelve loca, y en ocasiones lo mataría».

Sin poder evitarlo, comienzo a respirar con agitación. Un sudor frío se adueña de mi cuerpo y domina mis extremidades.

—¿Qué te ocurre? —pregunta con preocupación.

—Tengo que proteger a Yago, he de hacerlo.

—¿Pero de qué?, no entiendo, nadie puede hacerle nada.

—No lo entiendes, Daniel, ¡de mí misma! —grito entre jadeos.

Poco después, siento un pinchazo en el brazo y la nada se apodera de mí para convertirse en tinieblas.

CAPÍTULO 25

Abro los ojos, estoy sobre una camilla y llevo una vía en el brazo.

—¿Qué ha pasado?, ¿qué hago aquí? —inquiero a la enfermera que se encuentra sentada ante un escritorio blanco perfectamente ordenado. Es Yurani.

—Hola, reina. ¿Te encuentras mejor? —pregunta tomándome la mano.

—¿Por qué estoy aquí? —indago.

—Te pusiste muy nerviosa y el doctor Franco tuvo que inyectarte un calmante. Has dormido unas cuantas horas —asegura.

Miro de pronto la ventana, el cielo está oscuro ahí fuera.

—¡¡Mierda!!, mi hijo. Tengo que salir de aquí, se habrá quedado solo en la puerta del colegio, ¡madre mía!

»¿Dónde está mi teléfono? —pregunto con desesperación.

—A ver, Noe, cálmate. Tu bolso está donde lo dejaste cuando llegaste por la mañana.

Recuerdo que el móvil lo llevaba en el uniforme de limpiadora, en el bolsillo del pantalón.

Palpo los dos bolsillos y nada. Nada porque no llevo dicho uniforme y no hay bolsillo alguno, sino una de las batas que les ponen a las internas.

—Mi teléfono, lo tenía en el bolsillo del pantalón, ¿dónde está la ropa que llevaba?

—Ni idea, cuando el doctor te trajo yo no estaba, fue él quien te cambió de ropa.

—Necesito hablar con Daniel…, con el doctor Franco, quiero decir.

—Tuvo una emergencia en una de las particiones, enseguida vendrá.

—No puedo esperar, Yurani, es importante. Al menos déjame hacer una llamada.

Yurani me mira compasiva y asiente. Segundos después, me hace entrega de un teléfono inalámbrico bastante destrozado y reparado con celo.

Llamo a casa de mi madre, y ella responde al acto.

—Mamá, soy yo.

—¡Ay!, hija, menudo susto me has dado. ¿Estás mejor?

—Yago, ¿quién lo recogió?

—Tranquila. Daniel me avisó de que no podrías hacerlo tú, así que fui a buscarlo sin problema, a su hora. No te preocupes.

Respiro aliviada. En mi mente se había fraguado el peor de los escenarios, uno en el que llamaban a mi ex porque yo no había acudido al colegio y él me apedreaba a mensajes tratándome como la peor de las madres. Otro en el que Yago no era recogido por nadie y se quedaba solito pensando en que su madre era la peor de todas.

—Pónmelo al teléfono —suelto con urgencia.

—Hija, se ve que no sabes qué hora es, ¿cierto?

Miro el reloj que está sobre el escritorio de Yurani. Son las once y media de la noche, pues sí que he dormido, sí.

—Me pincharon algo que me dejó K. O.

—Pero ¿qué te ha pasado? Me dijo el doctor que sufriste un ataque de pánico. ¿Te hicieron algo en ese sitio?

—No, mamá. No me hicieron nada. Cuando llegue a casa te cuento, ¿vale?

—¿Tardarás mucho?, mira que yo te espero aquí despierta, no hay manera de dormir con este calor.

—Acuéstate. No tardaré, ¿de acuerdo?

Me despido de mi madre, no se irá a la cama. Sé que en cuanto entre la encontraré, nada más abrir la puerta, apedreándome a preguntas.

Daniel entra en la estancia. Está vestido de calle y se acerca a mí con una amplia sonrisa.

—¿Te encuentras mejor? —inquiere utilizando el tú delante de Yurani.

—¿Te quedas con ella, Daniel?, he de ir a ayudar a María…

—Sí, ve tranquila… —suelta Daniel, y cuando nos quedamos solos, me besa en los labios mientras me envuelve en un fuerte abrazo.

—Me alegro de que estés mejor. Me asustaste…

Digo yo que un psiquiatra que trabaja en un sanatorio no se asusta por un ataque de pánico, ¿cierto?

—Madre mía, qué vergüenza… —musito, y es la verdad. No me gusta sentirme así de vulnerable.

—Vergüenza ninguna. A todos nos ha pasado alguna vez.

—¿A ti también?

—¿Pasar más vergüenza de la que implica que se te quede la polla atrapada en la cremallera del pantalón?

Estallo en carcajadas, es un momento que poco a poco se había ido difuminando en mi mente, pero quizá fue el comienzo de nuestra intimidad. Me refiero al hecho de tener un secreto vergonzoso compartido, ahora cada uno tiene el suyo propio. Aunque no sean comparables, creo que el suyo es más surrealista que el mío.

—Te quitaré la vía y te llevaré a casa, dime dónde puedo encontrar tu ropa, porque la he buscado por todas partes y no la encuentro —dice encogiéndose de hombros.

Cierro los ojos y aprieto los dientes con el rostro contraído mientras Daniel me libera de la dichosa vía.

—La dejé en el cuartito de la limpieza.

—¿Estás segura?, ha sido el primer lugar donde he mirado tras hablar con Laura Domínguez, ahí no hay nada.

De inmediato sé lo que ha debido ocurrir. Carmen se ha vengado quitándome la ropa.

—Creo que voy a tener que volver a casa enseñando el culo —sentencio, y el traidor de mi novio se carcajea entre toses—. Esa es la parca que viene a por ti por reírte de mí —añado a mi sentencia.

Entro en casa de mi madre cuando ya es muy tarde. Ella ha sucumbido a los brazos de Morfeo, pues se oyen sus leves ronquidos al subir a las habitaciones. Me quito la bata de hospital y me doy una ducha antes de irme a la cama. Observo a mi pequeño, está tan dormido que no se percata de que he encendido la luz de la mesita de noche.

Abro el bolso, que Daniel me ha devuelto justo cuando me empeñé en volver a casa conduciendo yo misma mi coche, y cojo el móvil.

Él me siguió con el suyo, no iba a dejar mi tartana ahí abandonada por nada del mundo. Unos buenos diez minutos de discusión nos ha costado mi empecinamiento.

Entro en la aplicación del escáner y trato de localizar en vano el expediente de la Libélula. Sí, hice una copia, no podía devolverlo sin más, necesitaba tenerlo en mi poder, destripar cada palabra del anónimo, memorizar su caligrafía. Ahora ya no la tengo.

CAPÍTULO 26

Es martes y rezo para que la semana se me haga corta. El lunes fue un día intenso, aunque me pasara más de la mitad bajo los efectos de un calmante lo suficientemente fuerte como para dejarme fuera de combate durante horas.

Le envío un wasap a Daniel, necesito que me dé una explicación de por qué ha estado cotilleando en mi móvil. Pero ¿y si no ha sido él y le descubro que robé una historia clínica y la escaneé? En nuestra discusión del sábado me quedó claro que sospechaba que yo había hecho algo que no debía hacer, algo prohibido, ¿delictivo incluso?

El mensaje es escueto, le transmito que necesito verlo. Él me contesta que no está en La Savinosa y que no llegará hasta el mediodía más o menos.

Estoy tentada a preguntarle dónde está. Eso quizá me haría parecer una novia loca de esas que van todo el día husmeando lo que hace su novio, sí, una de esas que revisa el móvil de su… pareja.

Un escalofrío me invade, de pronto soy consciente de la magnitud del asunto. Daniel ha revisado mi móvil, mi móvil. Esa es una intromisión en mi intimidad en toda regla y no me gusta, no me gusta nada.

«¿Pero sabes si ha sido él, chiquilla?», indaga mi voz interior, aunque la respuesta llega de modo contundente y sale de mi boca

con saña:

—¡Está claro que sí, joder!

Me llevo ambas manos al rostro, estoy muerta de sueño. Al ver que el archivo PDF ya no estaba, se me quitó el cansancio; además, ¿quién iba a dormir después de haberlo hecho durante horas y horas?

Ahora mismo no sé si quiero ver a mi novio, pero necesito una explicación, aunque con ello revele una vez más mi carácter obsesivo y demasiado turbulento para un reconocido psiquiatra que puede enviarme al sanatorio de un plumazo.

De nuevo, la necesidad de respuestas se instala en mi interior.

Mi móvil vibra, es un wasap de Daniel.

> Hoy salgo pronto, ¿qué te parece si nos vemos en mi casa a eso de las seis?

Mis labios se curvan hacia arriba. Él no está enfadado conmigo, o quizá sí lo está, lo está demasiado y quiere abordarme en terreno seguro, donde pueda gritarme a sus anchas por ser una persona temeraria. Mi leve sonrisa se borra. Definitivamente, no puedo tener pareja.

Sin pensármelo mucho más, le contesto.

Son las seis y diez cuando llamo a su casa. Soy una persona muy puntual, pero en esta ocasión he hecho una excepción y he esperado varios minutos en mi coche, en las inmediaciones de su domicilio, antes de aparcar delante de este. Lo sé, estoy peor que algunas internas del psiquiátrico.

Visto ropa informal y he cambiado de bolso. Ahora llevo uno de croché —cómo no— que me hizo mi madre, de estilo *boho*; vaqueros azules y camiseta negra, todo rematado con unas sandalias deportivas de lo más cómodas.

Presiono el timbre, escucho ruido al otro lado de la puerta, y Daniel abre con el cabello húmedo, gotas perlando su pecho desnudo y una toalla que rodea su cintura.

Es la viva imagen de mis fantasías eróticas. Pero no he de olvidar que él ha revisado mi móvil… y eso es turbio, muy turbio.

—Pasa, Noelia —dice muy serio.

«Mierda, me voy a llevar el rapapolvo de mi vida», pienso.

—¿Estás bien? —inquiere con la cabeza ladeada.

—Sí, muy bien…

Entramos y él me indica que tome asiento en el sofá mientras se pone algo de ropa. Me dice que me sirva lo que quiera, que en la nevera hay refrescos. Esta vez no le parece buena idea ofrecerme bebidas alcohólicas, creo que me teme.

Me dispongo a romper la barrera más íntima de una casa, abrir la nevera para beber agua, solo agua. La boca se me ha secado al ver el tono hosco de Daniel. De pronto, él aparece en mi campo de visión, vestido únicamente con unos pantalones cortos deportivos. La abro, cojo una botella de agua y alcanzo un vaso del armario platero. Me sirvo y bebo de inmediato el contenido del vaso al completo.

Me reúno con Daniel, que se ha sentado en el sofá y da unos toques para que me siente a su lado.

Clavo mi mirada en la suya…

—Sé lo que vas a decirme. No tengo perdón. Soy algo así como un error de la naturaleza, como la niña de *¡Rompe Ralph!*

Daniel me mira y esboza una leve sonrisa.

De súbito, me atrae hacia sí y me besa, sorprendiéndome sobremanera.

—Puede que seas un error como dices. Pero yo soy especialista en corregir errores garrafales en las mentes más truculentas. También de hacerle el amor a mi novia hasta conseguir que se olvide incluso de su nombre —suelta entre besos, mientras cuela una mano por debajo de mi camiseta y acaricia uno de mis pezones.

Sus besos me estaban pareciendo muy apropiados, calientes, seductores, hasta que ha pronunciado las últimas palabras. Esa ha sido la bandera roja que me ha indicado lo que busca Daniel, entretenerme para hacerme olvidar el tema de Carolina.

De pronto, la caricia en mi pecho me molesta, sus besos me ahogan y siento la necesidad de pedirle que pare, y así lo hago.

—¿Qué te ocurre? —pregunta extrañado.

—Tengo que irme…

—¿Me vas a dejar así? —pregunta mostrándome el bulto en su pantalón deportivo.

—Necesito espacio ahora mismo, espacio para pensar.

—¿Pensar en qué?, ¿acaso no querías una reconciliación?

Sí, eso quería el sábado, pero ahora sospecho de él, creo que aprovechó mi sueñecito para eliminar pruebas que pueden incriminarle de mi móvil.

—¿Revisaste mi móvil, Daniel? —pregunto con contundencia.

—¿Yo?, ¿por qué iba a hacerlo?

—Llamaste a mi madre, digo yo que de algún lugar tuviste que sacar su teléfono, ¿cierto?

—Claro que sí, lo saqué del registro de contactos de emergencia de los empleados, la propia Bea me lo dio.

Me llevo la mano a la boca, definitivamente, he metido la pata. Pero eso no quita que el archivo del historial de Carolina haya desaparecido de mi terminal.

—Digamos que tenía un archivo en mi móvil que ya no está, ¿sabes a cuál me refiero?

Daniel me mira con cara de no comprender nada.

—Yo no he mirado nada en tu móvil, Noelia. Fui a tu despacho, le pedí el bolso a Beatriz y lo guardé ahí, es más, me lo llevé y lo tuve en mi consulta hasta que te lo devolví.

—¿Y alguien pudo acceder a tu consulta?

—No creo —dice entre aspavientos—, de verdad, me estás empezando a preocupar. Quizá un puesto de trabajo para el que no estás preparada sea el motivo del comportamiento errático de los últimos días.

—¿Por qué dices eso?

—Tú misma me dijiste que no habías acabado los estudios. Hace poco tuve una conversación de lo más interesante con el doctor Suárez, quien asegura que tienes la carrera de Derecho, ¿qué te parece?, y yo sin saber que mi novia es abogada.

Me muerdo el labio inferior.

—Omití información en el currículum, no tengo la culpa de que Alonso Suárez lo interpretara de modo literal.

—Mentiste y eso te está haciendo daño. ¡Mira en qué estado te encuentras!

—¡Y una mierda!, estoy así porque en ese sanatorio pasa algo, porque una asesina me ha dicho que mi hijo está en peligro y porque no puedo confiar en ti, cuando todo lo que te concierne es ambiguo y las banderas rojas se izan a tu alrededor.

—¿El de las banderas rojas soy yo? Madre mía, Noelia. Mira, será mejor que te vayas, sí, ya hablaremos.

—Sí, claro. ¿Ese es tu plan?, ¿hacerme pasar por loca?, ¿luego me harás lo mismo que a Carolina?, ¿meterme en el psiquiátrico?

—¿Qué cojones estás diciendo? Mira, vete, lárgate de mi casa porque no entiendo nada. No puedo estar con una persona histérica.

—Sí, eso, el útero tiene la culpa, el ser mujer, como hacíais antes ¿no?, la maquinita esa para provocar orgasmos, por eso querías follarme, para dejarme tranquila y que no siguiera indagando sobre por qué Carolina dice que mi hijo está en peligro…

—¡Venga!, se acabó. Te vas a tu casa. —Daniel me coge en brazos y me cuelga en su hombro como un saco de patatas.

Pataleo e intento liberarme, pero es imposible.

Abre la puerta, me deposita en el suelo y cierra de un portazo que casi me da en la nariz.

Llevo tal cabreo que localizo una pequeña figura de jardín, un caracolito que no tiene culpa de nada, y la tiro contra el cristal de una de las ventanas. Pensaba que se rompería el caracol, pero el cabrón es duro como una piedra y rompe el vidrio.

—¿Se puede saber qué…? —oigo decir a Daniel.

Corro hacia el coche, me subo y salgo derrapando cual fugitiva. Mientras conduzco entre lágrimas, me doy cuenta de que quizá Daniel tenga razón. Puede que haya perdido el norte.

CAPÍTULO 27

Por extraño que parezca, consigo dormir una cantidad de horas decente, para ello tengo que echar mano de un somnífero de mi madre. Sin embargo, cuando ella se levanta, me mira con preocupación.

—Madre mía, ¿qué te pasaba esta madrugada?, me diste un susto de muerte —suelta mi madre a modo de saludo.

—¿A mí?, ¿por qué?, he dormido como un bebé —aseguro y evito decirle que le he cogido una de sus pastillas para dormir.

—Hija, te encontré en el comedor, estabas arrastrando el sofá. Te pregunté por qué estabas moviendo muebles a las tres de la mañana, y ni me contestaste. Insistí y me devolviste una mirada vacía, como ida…

—Mamá, ¿no lo habrás soñado?, ¿cómo voy a andar moviendo muebles en medio de la noche?, si ya me da pereza mover el sofá para limpiar debajo. ¡Ja, ja, ja! —me carcajeo.

—Noelia, hija, no es cosa de broma. Primero, el ataque de pánico; luego, te encuentro moviendo muebles a horas intempestivas. Tú misma…

—¿Qué quieres decir?

—Es que, cariño, desde que ese hombre apareció en tu vida, todo ha ido del revés, tú no estás bien. Anteayer, cuando me llamó, fue muy agradable, pero estuve tentada a hablar con él.

—Ni se te ocurra…

—No le dije nada, se me quedó en la punta de la lengua, no te creas.

—Quizá sea el estrés del cambio de puesto, es mucha responsabilidad, y aunque sé que puedo hacerlo, me pone un poco nerviosa —miento, si algo va bien es mi trabajo.

No puedo decirle lo que me dijo Carolina, mi madre se asustaría y no quiero que eso ocurra. Así que lo mejor es que crea que todo es fruto del estrés por abarcar unas tareas que son nuevas para mí, que siempre he limpiado o trabajado en la hostelería.

Llego a La Savinosa puntual y rezo para no encontrarme a Daniel, no sé cómo voy a mirarlo a la cara después de lo que hice ayer.

Cuando me dirijo a la oficina, lo veo. Habla con Yurani y ambos están muy serios.

Digo un: «buenos días» de rigor al pasar, ella me responde de igual modo, él permanece en silencio, serio. No puedo ver ya su rostro, aunque siento sus ojos clavados en mi espalda.

No puedo negar la punzada de culpa que se cierne en mi pecho. Quizá debería hablar con él, decirle que lo de ayer fue una locura, que no sé qué me pasó, y es la verdad. Yo puedo ser muchas cosas, pero no una loca que va rompiendo cristales en casa ajena, aquello fue lo suficientemente raro en mí como para que me planteara si realmente estaba actuando con coherencia.

Al entrar en la oficina, encuentro a Bea trasteando la máquina del café.

—Hola, Bea. ¿Qué le pasa a la cafetera? —inquiero.

—Nada, estaba atascada y no salía el café, pero ya está —suelta mientras niega con la cabeza.

Ocupo mi escritorio y, tras hacerme un café que me resulta de lo más amargo, me pongo a trabajar.

A media mañana, deduzco que ha sido una pésima idea darle cafeína a mi organismo después de haber recurrido a un somnífero para dormir. Mi corazón va a mil por hora y no consigo concentrarme, mi cabeza es un cúmulo de pensamientos que se agolpan en mi mente. Entre todos ellos hay uno que se repite una y otra vez. La imagen de Daniel hablando con Yurani, ahora ya no están serios, se sonríen y él le acaricia el brazo. Le dice que quiere verla, que ha comprendido que ella es la mujer de su vida.

—¿Estás bien, niña? —pregunta Bea con preocupación y luego añade—: Tienes muy mala cara.

—Ahora vuelvo, voy al lavabo.

Omito decirle que me siento muy mareada, que el corazón me va demasiado deprisa y que tengo una tristeza tan grande que provoca en mí sentimientos encontrados. No consigo pensar con claridad.

En lugar de ir al lavabo, entro sin llamar a la consulta de Daniel y lo encuentro con una paciente. Ella llora, y él le está dando un pañuelo. Veo su gesto meloso, quiere enamorarla, lo sé.

—¡¡¡Desgraciado!!! —grito, y él se levanta para sacarme de la consulta.

No le doy la opción, que me explique, que me explique por qué está jugando con mi mente. ¿Acaso es eso lo que ocurrió con Carolina? Sí, es cierto lo que decía el anónimo, Daniel era su amante y la condujo a deshacerse de su familia para quitarse obstáculos. ¿Pero es que acaso no pensó en que la juzgarían y encerrarían? No, claro que no, por eso está aquí, para poderla tener bajo su ala, mientras ella cumple su voluntad…

Grito e impacto con mis puños en el pecho de mi novio una y otra vez. Veo a la paciente levantarse a cámara lenta de su silla y salir de la consulta, entiendo que para buscar ayuda. Estoy totalmente mareada, no puedo sostenerme en pie, aunque, por otro lado, siento que he de hacerlo, Daniel me debe demasiadas explicaciones.

Abro los ojos y no puedo moverme. Mierda, mierda, mierda. Estoy atada a una cama del sanatorio con correas. No puede ser, no puede ser, joder.

Alguien toma mi mano, es Daniel.

—Dios, ¿qué hago aquí?, ¿por qué me tienes aquí?, quiero irme a casa —lloriqueo.

—Noelia, has sufrido un trastorno psicótico inducido por sustancias —suelta a bocajarro, sin delicadeza.

—¿Qué?, ¿qué sustancias? —indago y recuerdo el somnífero que le cogí a mi madre.

—Necesito que me digas la verdad, ¿te medicas para el TDAH?

—¿TDAH? No, no tomo ningún medicamento.

—¿Estás segura? —inquiere mientras sostiene una carpeta y enarca las cejas.

—Claro que estoy segura, no tendría ningún problema en decirlo.

—A ver, te hemos hecho unas analíticas y tienes niveles bastante altos de metilfenidato e hipnóticos.

—Metilfenidato, ¿qué es eso?

—Quizá lo conozcas por Ritalín…

—Yo solo tomé un somnífero de mi madre porque no podía dormir.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

Entrecierro los ojos y trato de hacer memoria, pero siento que mi mente está embotada.

—Estil… nosequé…

—Stilnox, ¿puede ser?

—Sí, creo que sí.

—¿De verdad no tomaste nada más?

—Aparte de un café para despertarme, nada más.

—Ummm…, un somnífero y a la mañana siguiente un café no es suficiente como para provocar un brote psicótico. Y como ya te he dicho, tenías cantidades bastantes altas de metilfenidato en tu organismo.

—No entiendo nada…

—Te voy a hacer una pregunta y espero que me contestes con sinceridad, ¿de acuerdo?

—Sí, claro.

—Mira, resulta que, al ir a introducir tus datos en el ordenador, encontré que ya tenías historia clínica en esta institución.

Niego con la cabeza, jamás he estado internada en La Savinosa.

—Eso no es posible, yo nunca he estado ingresada en este sanatorio —aseguro con firmeza.

—No, aquí no, pero sí acudiste durante meses a la consulta que tenemos en La Rambla Nova, te llevaba Marina Cuesta, ¿cierto?

Cierro los ojos, sé lo que ha leído Daniel y no puedo, no quiero que me mire con compasión en este momento.

CAPÍTULO 28

El peor de los escenarios se cernió sobre mí cuando hace tres años me detuvieron y dormí una noche en un frío calabozo.

No puedo evitar evocar la sensación de asfixia y de injusticia que significó para mí que Joel, el chico con el que pensé que podría tener una relación duradera y sana, me denunciara por acosarlo, sí, por perseguirlo, hostigarlo y obligarlo a estar conmigo.

Y he de decir en mi defensa que no fue así, bueno, no literalmente así. La historia fue un cúmulo de confusiones. Ese chico me llevó al límite: «ahora te quiero, ahora no te quiero. Te llamo a altas horas de la noche y tú vienes cual perrito faldero. Si eso te veo, pero cuando yo quiero. Eso sí, no te vayas tú con nadie o aparezco para destrozarte el plan y decirte de nuevo que quiero que seas mía y bla, bla, bla…».

Aquello era tóxico y enfermizo. El caso es que me topé con una web que prometía que encontrarías tu alma gemela, es más, lo garantizaba. Había cantidad de vídeos agradeciendo a la pareja que movía todo el cotarro.

Yo estaba tan falta de cariño tras separarme, tan acostumbrada a vivir en pareja, que necesitaba a alguien, no estar sola. Y Joel llegó a mi vida en ese momento, con su carisma y su forma de ser tan diferente a la de mi ex.

Al principio estábamos tan bien... Pasábamos tiempo juntos, tiempo que volaba. No podía verlo tanto como quería porque tenía

que atender a Yago, aun así, mi madre siempre estaba dispuesta a quedarse con él con tal de que yo saliera y me animara.

Cuando llevábamos saliendo alrededor de tres meses sin concretar, un amigo suyo lo dejó con la novia y apareció en escena. Todo el tiempo que me dedicaba a mí, se lo brindaba ahora a su amigo. Se iban de fiesta, se fotografiaban con chicas en las redes sociales. En pocas palabras, yo ya no existía.

Fue en ese momento cuando empezó todo ese lío de tiras y aflojas. Cuando poco a poco me hundí en el fango más pegajoso y cuando se me ocurrió escribir en el formulario de la dichosa web de Almas Ardientes.

Aquellos dos, una pareja de rubísimos, guapísimos y bronceadísimos tortolitos, me decían que tenía que ir a por mi alma gemela, que si no insistía, que si no lo perseguía, que si no le imponía mi presencia, jamás tendría éxito en la búsqueda de mi alma ardiente.

Yo les decía que no me sentía capaz de hacer eso, pero a ellos tanto les daba, ahora sé que solo querían sacarme el dinero, no quiero hablar de que me quedé sin ahorros por intentar recuperar el amor de quien no me quería.

Y una noche… llamé al timbre de su casa. No quiso abrirme, y comencé a llamar y llamar compulsivamente. Había bebido, quería olvidar el daño que me estaba haciendo Joel, quería sacarme la piel a tiras para no llorar, mas no lo conseguía.

Lo siguiente que recuerdo es un coche de los Mossos de Esquadra y a mí esposada, sentada en el asiento de atrás.

Cuando me soltaron, no podía dejar de llorar. Había sido una de las experiencias más horribles de mi vida. Estuve hablando con una agente que trató por todos los medios que me sintiera bien, todos se portaron bien conmigo, joder, pero no podía estar encerrada, ni mucho menos sentirme tan gilipollas por haber hecho caso a aquellos dos bandidos.

No volví a contactar con ellos, los bloqueé en todas las redes y en el móvil, también hablé con el banco para que no girara ningún recibo más de Almas Ardientes. Madre mía, ¡qué cara puso el chico que estaba en ventanilla aquel día! Era todo patético, mi vida se había transformado en un coche sin frenos que circulaba cuesta abajo y contra dirección.

Tuve un intento de suicidio. Todavía me avergüenzo de ello. ¿Es que acaso no pensé en mi hijo?, no, no lo hice, simplemente me abandoné al cóctel de somníferos, esa vez sí que había ingerido sustancias para quitarme de en medio… Seguí el mismo sendero, el que había elegido mi padre. Eso hizo añicos a mi madre y no me lo perdonaré nunca, por eso opté por olvidar. Si no te acuerdas, no existe.

Estuve un año al menos yendo a la consulta de la doctora Marina Cuesta. Ella fue la que me habló de la limerencia, un estado mental obsesivo relacionado con el deseo romántico por otra persona. Al parecer, aquellas idas y venidas con Joel y la intervención de los rubios platino diabólicos habían causado un cóctel tóxico en mi mente que me llevó a montar un festival del acoso frente al edificio de mi amigo con derecho a roce, pues él dejó muy claro que no tenía ninguna obligación conmigo, que nunca me había dicho que fuéramos novios. Eso lo soltó en el juicio rápido que me hicieron. Además de hacer hincapié en lo loca que yo estaba por perseguirlo a todas horas y tratar de controlarlo. Que no era tanto, de verdad, ¿o sí?, lo cierto es que, cuando menos, era incómodo. Entiendo que él se enfadara y acabara por llamar a la policía.

Daniel deja volar la pregunta, pero intenta mantener un deje de delicadeza.

—¿Has tratado de… suicidarte de nuevo?

—¡Nooo!, aprendí la lección, no volvería a hacerlo jamás. Entre otras cosas, porque no me lo perdono. —Mi voz se oye temblorosa, señal inequívoca de que estoy llorando.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—No lo sé, Daniel. De verdad que no lo sé. Temo que la obsesión se haya adueñado de nuevo de mí, como lo hizo hace tiempo, como tú mismo has podido leer en mi historia clínica.

»Desde entonces he tenido algunas relaciones esporádicas, pero siempre he tratado de no enamorarme, de no intimar más de lo necesario, ¿me explico? Contigo es diferente, siento cosas por ti, no obstante, no creí que volviera a pasar. Dios mío, me muero de la vergüenza.

—No te preocupes, cariño. Yo voy a estar a tu lado, no voy a irme, esto es solo un bache —dice mientras me quita poco a poco las correas y me besa en los labios, haciéndome sentir aún más culpable por todo lo que le he hecho.

—No sé si es buena idea. Quizá necesito un tiempo alejada de ti. Pensar. Puede que tenga que retomar las sesiones con la doctora Cuesta.

—Si sientes que te hace falta, yo mismo te derivaré —interviene haciendo caso omiso a mis intenciones de hacer un paréntesis en nuestra relación y luego añade—: Pero si tú dices que no tomaste el metilfenidato, ¿cómo llegó a tu organismo?

Me estremezco, estoy tan angustiada que no había reparado en ese detalle.

Daniel me mira con preocupación y escribe en la pantalla de su móvil un mensaje. Unos minutos más tarde, Yurani entra en la partición que me han asignado, y él le dice algo por lo bajo, pero no lo suficiente para que yo no pueda escuchar: «No la dejes sola, enseguida vuelvo».

CAPÍTULO 29

Por raro que parezca, no me quedo internada después de mi tumultuoso episodio; cosa que agradezco. Daniel me lleva a casa y, en cuanto su coche se detiene frente a esta, veo la ventana de la cocina iluminada. Mi madre me está esperando o, simplemente, no es capaz de conciliar el sueño por lo ocurrido.

—Suárez no sabe nada. La paciente encontró a Yurani al salir de mi consulta y solo ella vio lo que estaba pasando. En La Savinosa no sorprenden mucho los gritos, ya sabes, es el sonido de fondo del sanatorio, aunque no en la parte de consultas externas.

»Si esto llegara a saberse, te quedarías sin trabajo, es más, ahora seguirías atada a esa cama. No me mires así, tuvimos que hacerlo…

—Lo siento mucho, Daniel —respondo con sinceridad, estoy tan avergonzada…

—No, cariño. No debes disculparte, no es normal que tuvieras esas cantidades de metilfenidato en el cuerpo. ¿Bebiste o comiste algo que tuviera un sabor extraño? —indaga.

—El café, solo el café. Estaba amargo, como siempre… —Recordé a Beatriz peleándose con la cafetera—. Ahora que lo dices, Bea, algo desesperada con la cafetera cuando llegué, me dijo que el café no salía bien, que estaba atascada.

—Ummm… Interesante. Me pasaré por el sanatorio y examinaré esa cafetera, puede que a alguien le haya parecido gracioso echar Ritalín en el agua…

—Pero ¿quién querría envenenarnos a mí y a Bea?, ella también tomó café y no le ocurrió nada.

—¿De verdad no tomaste nada más?

—Bueno, agua. Siempre tengo una botella en la neverita de la oficina.

—¿Le encontraste un sabor extraño?

—No, normal...

Daniel se lleva ambas manos al cabello y se lo echa hacia atrás.

—Mira, toma esto —dice extrayendo un documento cuidadosamente doblado del bolsillo de su pantalón—, es un informe de lo ocurrido hoy, como ves, he omitido ciertos detalles, pero creo que es suficiente como para que vayas al médico de cabecera y te den la baja.

—¿La baja?, ¿para qué?

—Prefiero que estos días te alejes del sanatorio, hasta que se aclaren las cosas…

—¿Por qué?, ¿crees que alguien intentó dañarme?

Daniel suspira.

—No necesariamente, quizá alguien pudo hacerle una broma de mal gusto a Beatriz, ya sabes que no es muy querida en La Savinosa.

—No entiendo por qué, la verdad. A mí me parece una gran persona. Le estoy muy agradecida, estoy aprendiendo mucho de ella.

—Se dice que subió muy rápido, ya sabes, la envidia…

—Supongo que ahora se dice también de mí, quizá era para mí y no para Bea el café envenenado.

—Ahora mismo no te conviene alterarte pensando en el tema. Déjamelo a mí, tú quédate en casa unos días, disfruta de tu tiempo, de tu hijo. En cuanto se aclaren las cosas, podrás volver. De verdad, hazme caso por una vez, fierecilla —dice deslizando el dedo índice por mi nariz y dedicándome una hermosa sonrisa.

Asiento con la cabeza, pero me conozco los suficiente como para saber que, en cuanto amanezca, me armaré de valor infinito para volver a La Savinosa y descubrir quién intenta perjudicarme.

Por la mañana, me levanto como si un camión me hubiera pasado por encima varias veces. Miro el móvil en mi mesita y me enfado conmigo misma al ver que no puse el despertador y son las ocho y media. Escucho a mi pequeño reír mientras mi madre lo regaña por no hacerle ni caso.

Tenía la certeza de que iría a trabajar, sin embargo, no me encuentro con ánimos, fuerzas y ganas; raro en mí, la verdad. Llamo por teléfono al Centro de Atención Primaria para pedir una cita y tengo la suerte de que me la den para esa misma mañana. Le envío un mensaje a Bea para avisarla de que me encuentro mal e iré al médico. Ella responde que pierda cuidado, que la salud es lo más importante.

Como no he de ir al médico hasta las once y tengo sueño todavía, imagino que a causa de los calmantes que tuvo que utilizar Daniel para reducir a la fiera en que me convertí, pongo el despertador a las diez y cierro los ojos, para relajarme y dejarme envolver por las mieles de Morfeo.

En mis sueños, veo a Daniel buscándome con desesperación. Abre la boca y me tiende la mano. Primero creo que es para que lo salve de las llamas. Daniel me está pidiendo ayuda. Trato de agarrarlo, de tirar de él, pero pesa muchísimo.

Con desesperación, trato de sacar fuerzas de donde no las tengo para conseguir liberarlo del triste final que le espera, mas no lo consigo. Al ser consciente de que me arrastrará al mar de lava con

él, decide soltarse mientras yo niego con la cabeza y las lágrimas se escapan de mis ojos al verlo caer al abismo.

Me despierto gritando y llorando, mi madre entra en la habitación, se sienta en mi cama y me abraza con fuerza.

—Tranquila, mi niña, todo irá bien —musita en mi oído, y, poco a poco, mi marea agitada se calma.

CAPÍTULO 30

Estoy en la sala de espera del ambulatorio y le envío un mensaje a Daniel para que sepa que he sido buena y le he hecho caso. Aunque vaya a pedir una baja para justificar el día y mañana solicite el alta, por la aplicación, para volver al trabajo.

Una triste «v» gris me informa de que su teléfono está apagado, de hecho, cuando lo llamo al salir de la consulta de mi doctora de cabecera, la operadora emite la típica locución: «El teléfono está apagado o fuera de cobertura en este momento».

Le escribo otro mensaje informándole de que me han dado la baja por una semana. Al tener antecedentes por problemas de salud mental, la doctora me ha recomendado encarecidamente descansar y tomar unas pastillas que sé que no voy a tomar. Después de la especie de cóctel maligno de medicamentos que ingerí sin saberlo y de sus consecuencias, no estoy para añadir más sal al caldero.

Le he dicho a todo que sí, no tenía ganas de discutir. Es más, ya me encuentro mucho mejor y no me veo quedándome en casa sin nada que hacer además de pasarme el día ayudando a mi madre con las tareas del hogar, que, dicho sea de paso, odio hacer. Es lo que siempre dicen: «En casa del herrero, cuchillo de palo».

A la una de la tarde, el teléfono de Daniel sigue apagado. Tengo el impulso de llamar a La Savinosa y hacerme pasar por algún familiar para que me comuniquen con él, pero descarto de inmediato la idea, no creo que sea buena después de que él descubriera mi secreto ayer.

Sin embargo, aunque me haya visto expuesta como nunca ante el hombre que he comenzado a amar, me ha sorprendido gratamente que no haya salido corriendo, ¿o quizá sí lo ha hecho?, que tenga el teléfono apagado no es muy prometedor.

En fin, que trato de controlarme y me doy un baño, limpio la cocina a fondo, hago un bizcocho, natillas y hasta dejo preparada la cena a las cuatro de la tarde.

Mi madre está encantada, se ha pasado el día haciendo croché, ella es feliz con una aguja y ovillos.

Cuando voy a buscar a mi hijo a la escuela, me acompaña.

Daniel sigue sin dar señales de vida y ya doy por hecho que sí, que ha salido por patas al ver que no soy la chica que él esperaba. Por Dios, ¿qué hacen un psiquiatra y una persona con antecedentes psiquiátricos juntos?

—¿Estás bien? —pregunta mi madre mientras me observa con la mirada escrutadora.

—Sí, solo estoy un poco cansada —confieso.

—Noelia, yo no creo que ese sitio te esté haciendo bien. Creo que deberías enviarlo a tomar viento.

—¿Al sanatorio?

—A Daniel. Mira, desde que entró en tu vida, no paran de pasar cosas raras. El otro día un ataque de pánico, ayer un brote psicótico, por Dios, hija…

—No, mamá. No es Daniel, hay alguien que quiere dañarme, pero no sé quién, ni por qué —confieso, y me arrepiento demasiado tarde.

—¿Cómo que alguien quiere dañarte? ¿Ves por qué tienes que irte de allí?, mira que el sitio no me ha gustado jamás. ¿Tú has visto lo que hay en internet sobre el pasado de ese lugar?

—Sí, mamá, lo he visto. Pero de eso hace mucho tiempo, el complejo está remodelado y ya no hay niños…

—Ya, hija, ya… No me gusta, ahí hay malas vibraciones. ¿Te acuerdas el día ese que fui a buscarte?

—Sí, claro…

—¿Que tardaste en salir y yo entré a preguntar por ti a las de la recepción?

—Sí, mamá, cómo no acordarme…

—Esa mujer morena, con esos ojos negros como el carbón, que habló conmigo al escuchar que le preguntaba por ti a la chiquita del mostrador, me dio muy mal rollo. Yo creo que te odia —sentencia.

Observo a mi madre con la impresión de que no hay nadie como ella para dar luz a las tinieblas.

Carmen… Esta ha sido su venganza por haberla hecho de menos, además de hacer desaparecer mi ropa. Un destello de ira crece en mi interior, ella tiene acceso al despacho, pudo manipular la máquina del café. Por eso la pobre Bea la notó atascada, porque quizá el medicamento ese no había terminado de deshacerse. ¿Pero por qué a ella no le hizo el mismo efecto que a mí el café envenenado?, quizá esté acostumbrada, quién sabe, trabajar en esa oficina puede llegar a ser muy estresante.

¿Y los archivos borrados?, ¿quién fue?

Las preguntas se agolpan en mi cabeza. Siento un dolor creciente, una migraña de lo más desagradable.

Aguanto el dolor de cabeza e intento disfrutar con mi hijo de una película de dibujos animados que nos encanta a ambos: *Megamind*. Quizá ahí se vea reflejada mi atracción por los villanos que se vuelven buenos, pero ya aprendí, aunque demasiado tarde, que eso solo ocurre en la ficción.

Dejé de llamar a Daniel hace horas, no quiero que cuando encienda el terminal se encuentre en una fiesta del acoso, no podría soportar otra noche a la sombra, y mucho menos un juicio humillante de nuevo.

Nos vamos a dormir pronto mi hijo y yo.

Por la mañana lo llevo al colegio, he decidido al final aprovechar la baja. Así que le envío el parte a Bea. Ella me devuelve un mensaje con emojis y corazoncitos, dándome ánimos y transmitiéndome sus buenos deseos de que me mejore.

Dejo a Yago en el colegio y vuelvo a casa dejándome envolver por la brisa de la mañana. Me encantan las mañanas, cada día es un nuevo comienzo y siempre el inicio es la expectación, la intriga, el deseo de que sea uno de los mejores de tu vida, aunque eso poco a poco se haya ido difuminando y, con el paso de los años, la rutina haya matado esa ilusión.

Al llegar a casa, mi armonía interior se rompe al ver un coche de policía delante del adosado de mi madre y a ella en bata hablando con los dos agentes. Su rostro es la viva imagen de la preocupación.

CAPÍTULO 31

Entro en el pequeño patio delantero y pregunto por inercia:

—Buenos días, agentes. ¿Ocurre algo?

Los dos, un hombre y una mujer, se voltean a mirarme. La mujer se identifica como la sargento Rodríguez. Es algo más alta que yo y de figura esbelta. Sus ojos marrones me miran de un modo que parece que quieran taladrar mi alma.

—¿Es usted Noelia Briz Sánchez? —indaga.

—Sí, soy yo. —Me siento tentada a preguntar: «¿Qué quieres?», pero me contengo.

—Verá, señorita Briz. Necesitamos que nos acompañe a comisaría.

Mis ojos se abren y parece que van a saltar de sus cuencas en cualquier momento.

—¿Por qué?, ¿para qué?, yo no he hecho nada —digo de manera errática.

Madre mía, tampoco le he enviado tantos mensajes a Daniel, o sí y no me he percatado, no quiero pasar la noche detenida...

—Ya les he dicho que mi hija estaba de baja, que no se encontraba bien. Así que busquen el modo de hablar con ella

causándole el menor perjuicio —suelta mi madre con determinación.

El agente masculino mira a su compañera y le dedica un gesto que parece decir: «Joder, Rodríguez, ¿qué te cuesta?».

—Está bien, ¿podemos pasar y hablamos en su casa?, ¿le parece bien, señora Sánchez? —le pregunta a mi madre, y ella asiente con ganas de querer estrangular a la petarda que la ha llamado señora.

Sé lo que está pensando: «Tengo cincuenta años y no soy ninguna señora, ni siquiera compro en el Punto Moda, la tienda de ropa para señoras por antonomasia».

Pasamos al interior de la casa y mi madre les dice a los agentes que tomen asiento en el salón. Les ofrece café, pero ellos declinan la oferta. Mi madre los mira en plan: «Peor para vosotros». Juro que la leo como un libro abierto.

Ella se queda trasteando en la cocina abierta, separada del salón por una barra americana, cuida de su pequeña y por nada del mundo nos dejará a solas.

—Verá, Noelia. Hemos recibido una denuncia por parte de la hermana del señor Daniel Franco Vila. Nadie sabe nada de él desde anteayer por la noche.

—¿Quiere decir que ha desaparecido? No puede ser.

—Sí, Noelia, sí puede ser. Por ello quiero que me diga dónde estaba usted esa noche entre las doce y las tres de la madrugada.

Mi corazón late con fuerza y no puedo parecer más culpable. Siempre me ocurre con los agentes de la ley, cuando me paran mientras conduzco, cuando he de ir a denunciar cualquier cosa, solo su simple presencia desata en mí un cúmulo de sentimientos de culpabilidad que no sé ni de dónde sale.

—Estaba ya en casa, creo…

—¿Solo lo cree? —interroga la sargento.

—Es que…, verá, tuve un problema y el doctor Franco me trajo a casa.

—Sí, eso lo sé, en las cámaras del recinto del sanatorio La Savinosa se la ve salir en el coche del señor Franco, también su vehículo se encuentra estacionado en el aparcamiento de dicha institución. Pero lo que quiero saber es a dónde fueron tras abandonar su respectivo lugar de trabajo.

—Me trajo a casa. Nada más.

—¿Seguro?

—Sí, claro, segurísimo.

—¿A qué hora llegó a su domicilio?

—Bufff, no lo sé. No me encontraba bien y ni siquiera miré la hora en el móvil —admito y es la verdad.

—¿Alguien puede corroborar su coartada? —inquiere clavándome su inquietante mirada.

—Mi hija llegó a casa a la una y media, yo la vi llegar, salir del coche de ese hombre y entrar en casa —suelta mi madre con firmeza.

—¿Llegó a esa hora, Noelia?

—Sí, puede que sí, pero es que ya le digo que no lo miré.

—Muy bien, eso es todo por el momento. Le rogamos que permanezca localizable por si necesitamos volver a hablar con usted —sentencia la sargento.

Los policías se marchan dejándome un regusto amargo en la boca. Cierro los ojos… Ahora que no están, puedo calibrar la magnitud de lo que está ocurriendo: mi novio ha desaparecido.

Él me dijo que iba a investigar para aclarar quién había intentado dañarme y ahora ya no está. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

Necesito conocer los detalles de su desaparición. Los policías no me han dicho nada y yo estaba tan bloqueada que no les pregunté. ¿Puedo haberles parecido sospechosa por ello?

No he podido quitarme a Daniel de la cabeza en todo el día. ¿Qué ha debido pasar? La policía no actuaría tan pronto tras la desaparición de un adulto si no tuviera pruebas contundentes de que no se ha ido por voluntad propia, ¿cierto?

Un fuego interno me quema y he de ir a comprobar algo. Me pongo ropa cómoda y le digo a mi madre que voy a correr. Mi intención es utilizar mi coche, pero enseguida recuerdo que no está aparcado en ningún hueco de la urbanización, que está en La Savinosa. He de recuperarlo, de lo contrario, no podré llegar a mi destino sin dejarme las uñas de los pies.

Escondo la tarjeta de débito y las llaves del coche en el bolsillo del pantalón y sujeto el móvil en el brazalete deportivo. Doy totalmente el pego. Mi madre me conoce demasiado para saber que si salgo es para averiguar algo que puede comprometerme. Estoy segura de que querría acompañarme y no puede ser, no la puedo mezclar a ella en todo este asunto.

Salgo de casa poniéndome totalmente en el papel, ella me dice que tenga cuidado y que no tarde, que necesito descansar. Le dedico una sonrisa, craso error, mi madre es capaz de interpretarla y la veo fruncir el ceño.

—¿A dónde crees que vas, Noelia Briz? —indaga.

—A correr, mamá, ¿a dónde iba a ir?

—Tú eres consciente de que te he parido, ¿cierto?

Asiento y me encojo de hombros.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora?, solo necesito despejarme un poco…

—Pues creo que me voy a despejar contigo…

—¿Y Yago?

—Ahora hablo con la vecina.

—Es casi la hora de cenar, por favor, mamá, quédate aquí, te prometo que no voy a hacer ninguna tontería…

—Noelia, hija, no es que no confíe en ti. Es más el miedo a que alguien te haga daño. Quédate en casa, por favor —ruega.

—No puedo, mamá. Daniel me importa y creo que le ha ocurrido algo malo por mi culpa…

—¡Qué va a ser tu culpa!, de eso nada.

—Prometo irte informando, de verdad.

—Está bien…, pero solo si te pones esto… —Mi madre me muestra el reloj localizador de Yago.

Por un momento, estoy a punto de echarme a reír. Mi hijo se lo ha puesto un par de veces, hasta que no sea más grande y quiera ir solo a la escuela no será necesario. Cuando se lo regalaron para su cumpleaños, quiso ponérselo. Mi madre y yo lo configuramos en sendos móviles.

—Vale, buena idea —digo convencida. Si me pasa algo, ella sabrá a dónde enviar a la policía, por ejemplo.

Mi madre no ha dado su brazo a torcer en que yo cogiera un taxi para llegar a La Savinosa y recuperar mi coche. Ella y Yago me acompañan al aparcamiento del sanatorio.

Me despido de ambos, y mi madre me repite por activa y por pasiva que tenga cuidado y que a la mínima la llame.

Cuando consigo que se marche, me subo al coche y me dirijo rauda a mi destino. No sé qué encontraré allí ni si me encamino a la boca del lobo. La inconsciencia me domina en este momento, la necesidad de respuestas…, la pregunta es: ¿las encontraré?, o, por el contrario, ¿me encontrarán ellas a mí?

CAPÍTULO 32

Dejo el coche unos metros alejado del chalé de Daniel. Todo está oscuro y no hay nadie a la vista. El estridular constante de los grillos convierte el ambiente en inquietante, aunque lo habitual sea asociarlo a noche, a descanso; ahora mismo, para mí, es sinónimo de soledad y alerta.

El precinto policial me recibe, y no puedo evitar estremecerme. La verja que conduce al patio delantero está abierta, Daniel no suele cerrarla y quizá ese haya sido su gran error.

Rodeo la casa para buscar un lugar por el que colarme. Llego a la piscina y veo que hay una rendija abierta en el gran ventanal del salón. Saco el móvil del brazalete y activo la linterna mientras me acerco. Apunto con el haz de luz para iluminar la estancia. Me llevo la mano a la boca y ahogo un grito al ver que está patas arriba.

Es más, en el ventanal hay una mancha de sangre, como si alguien hubiera rozado accidentalmente el marco de aluminio.

Con cuidado, amplío el espacio de la rendija abierta con el fin de poder entrar en la casa.

Confío en que la Policía Científica ya haya hecho su trabajo, de lo contrario, me meteré en un lío, aunque, la cosa sea dicha, en esta casa ya debe haber huellas mías y de Yurani, al menos. Mi voz

interior interviene con su lengua afilada: «Y a saber de cuántas más».

Camino con cuidado, apuntando con la linterna a todas partes. Hay sangre, no mucha, pero la suficiente como para temerme lo peor. De súbito, tropiezo con un jarrón hecho añicos. Las flores secas que contenía están desparramadas por el suelo.

También hay sillas volcadas, la mesa de centro ya no tiene vidrio, es difícil dar un paso sin sentir crujir los cristales bajo las suelas.

Una sensación de desesperación se adueña de mí, todo esto es culpa mía.

Evoco la sonrisa de Daniel, sus besos, su cuerpo sobre el mío al hacer el amor. Luego miro la casa y me estremezco. Recorro el resto del inmueble, pero parece estar en orden. Lo que sea que ocurriera… tuvo lugar en el salón.

Imagino una escena: Daniel en el sofá, mientras de fondo se escucha *Nocturne*[2] de Chopin, la más famosa de los veintiún nocturnos que compuso y la única que aprendí a tocar. En mi imaginación suena esa, pero quizá Daniel estuviera escuchando a Damiano, o ni tan siquiera hubiera música, quién sabe. De pronto, alguien llama a la puerta, es la única opción que se me ocurre de que esta no parezca dañada ni forzada.

Es alguien conocido y Daniel lo deja pasar, ¿una mujer?, no, no creo que ganara una lucha cuerpo a cuerpo con él, a menos que tuviera una complexión corpulenta. Aunque si iba armada y consiguió debilitar a Daniel, tampoco sería tan descabellado. ¿Y si fuera un hombre?, quizá el ex de Yurani, enfadado por la escenita de la playa… Suspiro, ¿quién podría querer dañarlo?

Salgo de nuevo a la terraza y visualizo al maleante sacando a Daniel de la casa y haciendo que su cuerpo ensangrentado rozara el marco al traspasarlo. Con una rendija abierta le resultaría difícil, pero las huellas del suelo son claras, han salido por la terraza. Quizá estuviera más abierta y la policía la cerrara para que no entraran

curiosos, aunque igualmente la dejaron a merced de estos…, a saber.

Apunto con la linterna al suelo de la gran terraza y sigo un rastro de gotas marronáceas que destaca en las baldosas claras y elegantes. Se dirigen a la balaustrada de vidrio. Hace unas noches cenábamos junto a ella, sentados a la mesa que ahora aguarda solitaria y sombría.

Aguzo la vista y reparo en que hay dos pequeñas bisagras en una parte en la que la baranda parece dividida. Están tan disimuladas que hay que poner atención si quieres deducir de qué se trata.

Empujo la supuesta puerta y esta cede. Veo que hay una mancha reseca de sangre.

Enseguida deduzco lo que ha ocurrido, al ver unas escaleras que conducen a… ¿una cala privada? Desciendo los peldaños con cuidado sin quitar atención al suelo que piso, por si pudiera encontrar algo que me dé más información.

«Si no eres más que una limpiadora venida a más, joder», pienso, como siempre tan… positiva.

Y sí, he sido una limpiadora durante los últimos años, pero puedo deducir qué ha ocurrido en un lugar por cómo lo han dejado. Antes de trabajar aquí, lo hacía en un hotel, como camarera de pisos. Fue muy poco tiempo, si bien el suficiente para comprender que las personas quedan retratadas por el modo en que dejan sus habitaciones. Cuando piensan que nadie sabrá qué rostro tenían, quiénes eran, se deshacen de la vergüenza y dan rienda suelta al desorden y al caos.

Al descender el último escalón de piedra, me doy cuenta de que erré en mis suposiciones, no es una cala lo que aguarda expectante, sino un pequeño y discreto embarcadero. Una cuerda cortada descansa anudada al noray de madera.

—Se lo llevaron de aquí…, pero ¿quién?, ¿por qué?

Un crujido a mi espalda me alerta de que hay alguien acechándome. El corazón me da un vuelco.

Me doy la vuelta y no hay nadie, quizá sea algún animal. Cierro los ojos y llevo la mano a mi pecho.

Creo que tengo que marcharme de aquí y dejar el asunto en manos de la policía. De súbito, las palabras de Carolina vuelven a mi mente, golpeándola con saña: «tu nino». Me estremece el hecho de que la amenaza sea real y no fruto de la enfermedad mental que la asola.

Asciendo los peldaños con torpeza hasta llegar a la terraza y decido no entrar en la casa de nuevo. Vuelvo sobre mis pasos y salgo a la carrera del recinto. Mi corazón no detiene su marcha enloquecida hasta que no estoy de nuevo en mi coche.

Aunque mi sensación de alivio no dura mucho, el tiempo suficiente como para que mi cansado corazón se agite de nuevo al notar los golpecitos en la ventanilla y el cegador haz de una linterna.

CAPÍTULO 33

Estoy sentada en una jodida sala de interrogatorios. No estaba sola, había un policía vigilando en un discreto coche gris, justo al lado de la verja abierta del chalé de Daniel.

Me vio entrar y me observó sin que me percatara durante todo el tiempo que permanecí en el lugar.

Ahora estoy esperando a la sargento Rodríguez. Al parecer, la han avisado, todo muy cinematográfico, la verdad.

En cuanto la susodicha hace acto de presencia y se sienta frente a mí, su rostro me escruta como si pudiera abofetearme con su simple mirada.

—He recibido una molesta llamada en medio de una velada de lo más agradable, señorita Briz…, ¿y sabe qué?, no estoy muy contenta, ¿es consciente de lo que cuesta encontrar pareja a estas alturas?, no me refiero a un rollo de una noche, no, sino a algo sólido…, duradero.

No sé qué contestarle, tampoco por qué me está contando sus intimidades, así que opto por encogerme de hombros y decir:

—No es fácil, no…

—No es fácil, usted me entiende. Como tampoco es fácil averiguar por qué una persona oculta datos importantes a la policía. Y menos fácil aún saber qué ha llevado a dicha persona a

incursionar en medio de una noche preciosa en una propiedad privada. ¿No le parece, señorita Briz?

—No he ocultado nada, dije la verdad… En cuanto a lo otro…

—¿Por qué no nos dijo que Daniel Franco era su pareja?

—Usted no preguntó… —respondo intentando que no parezca que estoy a la defensiva, pero no lo consigo.

—No se haga la graciosa, Noelia. Su exnovio desaparece y usted, además de ocultarnos la magnitud de su relación, se cuela en medio de la noche en su propiedad, saltándose el precinto policial. ¿Acaso había olvidado algo importante?, ¿algo que podría incriminarla?

Abro mucho los ojos. Las manos me tiemblan, pero eso no es impedimento para que yo suelte con firmeza:

—Yo no tengo nada que ver con la desaparición de mi novio. Acaba de decir que es mi exnovio y eso no es verdad.

—¡Ah!, ¿no? Entonces, ¿por qué hay una paciente del doctor Franco que asegura que usted lo increpó en la consulta, agrediéndolo incluso, porque pensaba que tenía un romance con ella? —inquiere cruzándose de brazos y dejándome fuera de juego.

—Eso fue un brote psicótico a causa de algo que me pusieron en el café —digo, y me da la impresión de que esta mujer confiará menos en mí después de mis palabras—. Daniel hizo unas analíticas, han de estar en mi historia clínica…

—En su historia clínica lo único que hay es un problema obsesivo con una pareja anterior, incluso la detuvieron, ¿cierto?

—Eso es privado, confidencial…

—No cuando es la principal sospechosa de una desaparición y posible crimen pasional.

Sus últimas palabras me golpean con saña. Quiero gritar, salir corriendo. No, yo no he hecho nada y no pueden acusarme

injustamente.

—Se dirigían a su domicilio, cuando el agente encargado de vigilar la propiedad avisó de que había una mujer husmeando en casa del señor Franco…

Hago un esfuerzo soberano por aguantar las lágrimas, pero ellas van a su libre albedrío y brotan sin control.

—Yo no he hecho nada, solo quería averiguar qué había podido pasarle a Daniel, y creo que se lo llevaron en una embarcación. Hay un rastro de sangre en el suelo, y también en la balaustrada, alguien cortó la cuerda que debía sujetar el bote o lo que sea. Quizá no pudo desatarlo porque debía ser de Daniel y puede que hiciera tiempo que no salía a navegar, qué sé yo…

La sargento me mira con una ceja alzada.

—Reconozco que es usted buena, quizá se equivocó con la carrera que eligió, ¿no cree?

—¿También sabe eso?, ¿que omití datos en mi currículum…?

—¡Oh, sí!, prácticamente lo sé todo de usted. Fue la última persona que vio con vida a Daniel y es la principal sospechosa de su desaparición.

—¿En serio cree que yo sola puedo reducir a Daniel y conducirlo al embarcadero?, hay señales de lucha en la casa, y ya me ha visto, ni tan siquiera estoy en forma. Él es un hombre alto y fuerte.

—No si lo sorprendió en su casa y usted iba armada…

—Yo no me moví de mi domicilio esa noche, en cuanto él me dejó en la puerta, se marchó y no lo he vuelto a ver desde entonces. Puede mirar mi móvil, ahí está todo, ¿no?, el rollo ese de Google para saber en los sitios que has estado…

—Pudo dejar el móvil en casa adrede, ¿no cree?, antes de la existencia de los teléfonos móviles también había delincuentes y resolvíamos casos…

—Que yo no he hecho nada, se lo juro por mi hijo… —Mi tono es desesperado, no entiendo por qué no me cree.

—A ver, señorita Briz. Encontramos el móvil del señor Daniel con la pantalla rota en el salón de su casa. Por suerte, aún funcionaba y estaba encendido. Había llamadas y mensajes suyos.

—¿Lo ve?, y si comprueba de dónde vienen esos mensajes, verá que yo no estaba en la zona.

—No los hubo en las horas en las que sospechamos que se produjo el asalto a la casa del señor Franco. Es más, en su historia clínica hay una pequeña narración que le pidieron que hiciera, en la que confiesa que no era capaz de dejar de llamar a su pareja de aquel entonces, que era un impulso incontrolable.

»Me parece cuando menos curioso, que en esta ocasión se haya comportado de modo tan… comedido.

—Precisamente lo hice para darle espacio, no quería dormir de nuevo en un calabozo, por dios. Es más, como ha visto, estuve en tratamiento…

—Entonces, ¿qué puede decirme de esto?

La sargento pone en la mesa una bolsa de pruebas ante mí, y no puedo más que llevarme la mano a la boca, horrorizada. Se trata de mi ropa, está sucia y manchada de sangre.

—Alguien me la robó… tuve un ataque de pánico, y Daniel tuvo que inyectarme un calmante…

—Un ataque de pánico, un brote psicótico. Parece que el tratamiento no surtió el efecto deseado, señorita Briz…

—Fue ella, Carolina Rodríguez, ella me dijo que alguien quería hacerle daño a mi hijo.

La sargento me mira como si no fuera más que un insecto inmundo.

—Carolina Rodríguez…

—Sí, ya sabe, la Libélula, la que mató a su familia, dicen que inducida por su amante o algo así…

La policía suspira, hastiada.

—La señora Rodríguez no ha hablado en años, así que deje de echarle la culpa a una mujer que no puede defenderse ni tan siquiera. No cuela y es de muy mal gusto.

—¿Eso es lo que le han dicho?, pues le aseguro que no es verdad. Habla, muy poco y a veces es muy difícil entenderla, pero lo hace.

—¿Confunde balbuceos con palabras?, porque es lo único que hace Carolina. Palabras, ya le digo a usted que no…

—Le han mentido, además, en la historia clínica de la señora Rodríguez hay un anónimo, una carta en la que alguien dice que el culpable de todo es Daniel, que él la indujo a matar a su familia…

—¿Qué está diciendo? —inquiere con los puños apretados.

—Pida la historia clínica de Carolina y verá lo que le digo…

—¿Y usted cómo sabe eso?, tengo entendido que es una secretaria en período de pruebas, no tiene acceso a las historias clínicas de los pacientes.

—Lo sé, pero un día en el despacho del Doctor Caos…, perdón, el doctor Suárez, el director, se cayó la carpeta y, al recoger los documentos del suelo, no me di cuenta de que quedaba uno. Un rato después lo vi, lo cogí y lo leí para saber de qué se trataba —miento de un modo que me sorprende hasta a mí, pues no puedo decirle que me llevé una historia clínica a casa.

—¿El doctor Suárez tenía la carpeta en su despacho?

—Es bastante desastroso, por eso le llamo Doctor Caos. No se lo diga, él no lo sabe y me despedirá si se entera.

—Bien. Dígame, ¿quién cree que la querría intentar perjudicar?

—No lo sé. Daniel me dijo que prefería que me quedara en casa por si acaso. Encontraron una cantidad importante de medicación para el TDAH en mi organismo.

—¿Y usted no la toma? —inquirió la sargento con seriedad.

—No, no tomo nada. La noche anterior de tener el brote psicótico le había cogido un somnífero a mi madre, luego me tomé un café y todo ello hizo un efecto terrible en mi cuerpo…

—¿Y Daniel temía por su seguridad?

—Sí, de hecho, me dijo que iba intentar averiguar qué había ocurrido… Por ello creo que es culpa mía, que alguien le hizo daño porque se enteró de algo que no debía saber, no sé…

—¿Alguien puede corroborar lo de su ropa?, lo de que se la quitaron…

—Lo sabe Daniel —respondo con consternación—. Ah, y quizá Yurani, una enfermera…

—¿Sabe su apellido?

—Ostras, ahora no caigo. Pero puede preguntar en La Savinosa, no hay nadie más con ese nombre…

—Está bien, señorita Briz. Por el momento, dejaré que se vaya a casa…

—Oh, muchas gracias —digo deseando salir de aquí con celeridad.

Quizá, que haya leído mi pequeño relato de los hechos ocurridos aquella fatídica noche, en la que acabé tras las rejas, haya ablandado su corazón, quién sabe. Sea cual sea la causa, sigo siendo libre y la libertad es un bien que en ocasiones no apreciamos, aunque estar en el punto de mira de alguien que quiere dañarme haga que mi libertad se difumine en un papel mojado.

CAPÍTULO 34

Mi madre me abraza nada más verme entrar a casa.

—Estaba muy preocupada, te llamé infinidad de veces. Al final, tuve que llamar a la policía y me pasaron con la sargento que vino esta mañana. Me ha dicho que estaba contigo y que no me preocupara, que estabas bien.

»Pensé que te había ocurrido algo malo en esa casa…

—¿Le dijiste a la sargento que iba a casa de Daniel? —pregunto con los ojos entrecerrados.

—Claro que se lo dije, no estaba el asunto como para andar escondiéndose.

Respiro profundamente. Quizá la sargento ya supiera para lo que yo había ido a su casa, cuando mi madre está nerviosa hace gala de una notoria e incontenible diarrea verbal. Como una servidora.

—¿No me digas que sospechan de ti, hija?, porque ya le he dicho a esa mujer que no has hecho nada, que busquen en el lugar correcto…

—Por desgracia, sí lo hacen. Encontraron mi ropa en las inmediaciones de la casa de Daniel.

—¿Qué ropa?

—La noche del brote psicótico tuve que volver a casa con una bata del sanatorio porque alguien había tenido a bien llevarse mi

ropa, no sé si te lo comenté…

—No, creo que me acordaría. Cuando te vi, ya llevabas el pijama.

Al llegar a casa y ser consciente de que mi madre estaba despierta, corrí a la segunda planta para darme una ducha y cambiarme. No la vi en el salón al entrar, la pillé en el lavabo, la pobre estaba tan nerviosa que sufrió una descomposición, según me dijo.

—En un principio, pensé que podría haber sido Carmen, la coordinadora de limpieza. Pero no la veo planeando todo este desaguisado y mucho menos reduciendo a Daniel.

—¿Crees que lo hayan podido matar? —inquiere ella con determinación.

—Bufff… Espero que no. Todo esto es un mal sueño, y necesito despertar.

—Ah, una cosa. Ha llamado ese elemento. El padre de tu hijo. Está de vacaciones y quiere llevarse a Yago ahora y no en agosto como habíais acordado. Ha intentado contactarte, pero, obviamente, no ha podido.

—¿Tú qué le has dicho?

—Que hablaría contigo. Quiere tenerlo una semana, creo que ha dicho. El tema es que se lo quiere llevar el domingo por la noche.

Abro mucho los ojos. Necesito tiempo para asimilarlo. Aunque con todo lo que está ocurriendo, quizá sea buena idea. El curso escolar terminó hoy y hasta la primera semana de julio no empieza el casal[3] de verano. Suspiro y pienso en enviarle un mensaje a primera hora de la mañana. Ahora necesito dormir y estar con mi hijo, abrazarlo, prepararme para estar una semana sin él. Difícil, todavía es demasiado pequeño y mi vínculo con él muy estrecho.

Duermo abrazada a mi hijo, pongo el aire acondicionado para no acalorarlo con mi cuerpo, que tal parece que está en llamas. Creo

incluso que puedo tener fiebre, mas no me molesto en comprobarlo.

◆ ◆ ◆

Mi ex me espera en el aparcamiento del solar del antiguo prostíbulo. En su coche suena *My friend of misery,* de Metallica. Sé de inmediato que la letra me la dedica, lo conozco demasiado como para saber que suele hacer este tipo de cosas, cosas simbólicas: el *parking* de las putas, mi amiga la miseria, aunque sea inconscientemente. Para él soy el equivalente a todos los males del mundo, pero hoy ha pedido algo y podría haberle hecho cumplir con la sentencia, que dice claramente que tiene que venir a buscar a Yago a mi domicilio. Debería hacerlo, lo sé. Sin embargo, no tengo ganas de discutir ni de hacerle pasar un mal trago a mi pequeño, que está ilusionado por irse unos días con su padre y su nueva novia, con quien parece que ha congeniado.

Beso a mi niño y lo abrazo. Mi ex me mete prisa, siempre hace lo mismo y me exaspera. Me contengo, no quiero discutir, no puedo. Así que lo ignoro y extingo mi abrazo cuando lo creo conveniente.

Yago me dice adiós con la manita y remata con un «te quiero» que me llega al alma.

Vuelvo a casa entre lágrimas. Y pronto se me caen encima las paredes. No puedo quedarme aquí, así que pido el alta por la aplicación de La Meva Salut[4].

En cuanto entro en el sanatorio al día siguiente, recibo toda clase de miradas que presagian que algo va muy mal en este lugar. Desde las compasivas a las de sospecha, me hacen sentir de lo más incómoda. Casi me arrepiento de haber pedido el alta. Aunque todavía no me la han enviado y puede que esté aquí de forma ilegal, pero no me importa, las paredes se me caían y necesitaba trabajar para no volverme loca.

Carmen cuchichea con una de mis antiguas compañeras, ninguna de las dos me saluda.

Solo hallo la paz al entrar en la oficina, donde encuentro a Bea sacando un cigarro de un paquete de Nobel.

—Hola, niña. ¿Ya estás bien? —indaga con una mueca de comprensión.

—Sí, ya está todo bien. Un poco de gripe, ya sabes… —miento, no puedo decirle la verdad acerca de mi diagnóstico.

—¿Te enteraste de lo del doctor Franco? —interroga, directa a la yugular…

—Sí, claro. Es muy fuerte.

—Yo creo que ese pobre no lo contará. Nadie ha llamado pidiendo un rescate, dicen que su casa estaba destrozada. Ha salido en las noticias y todo. También han hablado de que puede haber sido un crimen pasional… —asegura ella con el típico tono de quien disfruta de un buen chisme.

Me contengo, hago de tripas corazón para no decirle a Bea que se calle de una vez, a duras penas lo consigo.

—¿Has tenido mucho trabajo estos días? —pregunto para cambiar de tema.

—Lo normal, así que no te preocupes, lo tengo todo controlado. ¿Quieres un cigarro?

Me ha visto mirando el paquete, y juro que estaba a punto de pedirle uno, estoy tan angustiada que me lo fumaría entero sin dudar.

Vamos fuera, al patio que conduce directamente a los acantilados por una pasarela de listones de madera. Abajo se ve la caseta de la entrada a uno de los búnkeres de la Guerra Civil. Está pintarrajeada con grafitis de los feos, que no tienen más pretensión que el acto vandálico en sí.

Sin embargo, hay algo que me llama la atención en esta ocasión. Una especie de golpeteo rítmico.

—¿Qué será eso? —pregunto tras prender mi cigarro y aspirar la primera horripilante calada.

—¿A qué te refieres?

—¿No los oyes?, unos golpes como metálicos…, parece que vienen de la caseta.

—No, niña. Es el mar, ahí abajo hay pequeñas cuevas, el agua se cuela y a veces hay objetos, ya sabes…, latas, piezas de algún barco arrastradas a la orilla…

Me encojo de hombros y fumo el cigarrillo sin escuchar ya el curioso sonido. La verdad es que el conjunto de edificios en el que me hallo ha tenido muchos usos desde su construcción en 1928, es más, antes de que decidieran rehabilitarlo en 2019 había sido pasto del abandono más feroz. Hasta el punto de acabar, incluso, en la Lista Roja de Hispania Nostra[5] un año antes.

—Anda, volvamos dentro, que te vas a fumar el filtro —dice Bea observándome divertida.

Al mirar la colilla extinta en mi mano, no puedo evitar sonreír, aunque la amargura no pueda ocultarla.

—¿Qué te ocurre, Noe?, estás muy tristona.

—Nada, lo de siempre…

—¿El chico ese con el que sales?, ¿otra vez te la ha vuelto a liar? —indaga en tono cariñoso.

—Es complicado. Así que lo mejor será que me digas qué tengo que hacer hoy, dame trabajo, mucho trabajo para mantenerme entretenida.

—Uy, eso no es difícil, ahí tienes todo ese montón de facturas para introducir, ¿qué te parece?

Me encojo de hombros y lo tomo entre mis manos.

Me pongo a ello, voy quitándome de encima factura por factura. Los primeros días iba muy lenta, pero poco a poco le fui cogiendo el truquillo al programa de gestión y ya lo tengo por la mano, solo que no consigo concentrarme y me equivoco bastante.

A media mañana, salgo de la oficina con la excusa de ir al lavabo y, con sigilo, me dirijo a la habitación de Carolina, sea lo que sea que ella sepa, necesito que me lo aclare.

Soy consciente del riesgo que corro intentando colarme en pleno día, en un momento en el que el trasiego de personal es notorio. Pero he de hacerlo. Carolina intentó advertirme del peligro que corría y luego fue verdad, intentaron dañarme. Después, Daniel desapareció. Trago saliva al recordar que me dijo que era mi hijo el que estaba en peligro. Mi hijo, que ahora está con su padre lejos de mí. Quizá sea lo mejor, aunque, por otra parte, temo que alguien pueda intentar hacerle daño igualmente.

Me deslizo por los pasillos como una ladrona y cuando llego a la partición de Carolina, me detengo en seco. Hay alguien dentro, alguien que está sentada junto a ella y le coge la mano mientras le habla con dulzura.

—No llores, por favor. Sé que eran tu vida… —dice su visitante.

El corazón me da un vuelco en cuanto reconozco la voz y me reprendo por haber sido tan ingenua. Un apellido tan común como Rodríguez puede pasar inadvertido, pero nunca una mirada tan peculiar. Mucho menos la reacción que no supe ver en la persona que ahora sujeta la mano de la Libélula y hace tan solo unas horas me mostraba una bolsa de ropa sucia y ensangrentada.

CAPÍTULO 35

Me quedo apostada junto al marco de la puerta mientras sigo escuchando la interacción de la sargento Rodríguez y Carolina. No sé si son hermanas, primas, amigas con el mismo apellido, qué sé yo. La cuestión es que existe un fuerte vínculo entre ambas y yo todavía estoy en *shock* por el descubrimiento.

—Sé que te dije que te sacaría de aquí. Aunque no lo pones fácil, Carol. Dicen que estás enferma, que un brote te hizo ver lo que no era.

»En aquel tiempo no pude creerlo, no podía entender cómo tuviste agallas para ponerle fin a la vida de mi pequeña sobrina. Pero ahora comienzo a planteármelo, hay algo que huele mal en este lugar…

Un crujido delator de mi rodilla, al cambiar el peso de una pierna a otra, me pone en evidencia.

—¿Señorita Briz?, ¿qué demonios hace espiando una conversación privada? —inquiere sin moverse de su silla y ni tan siquiera voltear el rostro para mirar hacia la puerta.

La abro entera y me interno en la partición, no tiene sentido salir corriendo cuando ya me han descubierto.

—¿Cómo ha sabido que era yo? —indago cuando llego a su altura.

—¿En serio me lo está preguntando?, ese perfume que utiliza es inconfundible.

Me encojo de hombros.

—¿Así que usted también piensa que algo huele a podrido en La Savinosa?

—No voy a hablar con usted de mis elucubraciones.

—Pues quizá pueda escuchar lo que ella tiene que decirme. Siempre intenta avisarme de algo. ¿Verdad, Carolina? —interrogo poniendo mi mirada en la controvertida paciente.

La Libélula ni se inmuta, ni siquiera me devuelve la mirada. Está perdida en el vacío, en su triste pasado, en cualquier parte menos aquí.

—Deje de decir estupideces. Carolina no se comunica, como puede ver, no habla. Y no lo hace, porque no puede. El *shock* al ser consciente de lo que hizo la llevó a perder el habla. Todo debió ser fruto de su imaginación, de la sugestión debido a lo mediático del caso en su momento.

—Que no, joder. Si hasta me llamó en una ocasión: niña estúpida. Ya verá…

—Carolina. Por favor, demuéstrale a tu hermana que no miento…

La paciente pone los ojos en la policía e intenta balbucir algo ininteligible para ella, aunque familiar para mí.

—Nino…, nino. Ayuda nino…

—¡Lo ve!, siempre repite lo mismo. Creo que se refiere a mi hijo… ¿te refieres a Yago, mi hijo?

Carolina frunce el ceño.

—Nnno, Nino…, nino.

—Dios ¿Puedes hablar, Carolina?

—Se lo dije, ella habla, con mucha dificultad, no se le entiende una mierda, pero habla…

La sargento Rodríguez me dedica una mirada inquisitoria. Quizá he sido algo brusca al hablar. Cuando demuestro que algo es cierto, me vengo arriba.

De súbito, el doctor Suárez entra en la partición y nos dedica a ambas una mirada que destila furia.

—¿Qué demonios hacen aquí? La paciente necesita descanso, además, es peligrosa. No queremos más disgustos.

—¿Así que también se ha colado aquí? —mascullo y la sargento rueda los ojos.

—Señorita Briz, espero que tenga una buena excusa para estar en esta parte del sanatorio en horario de trabajo —dice el Doctor Caos con una actitud férrea que no le conocía.

—La he hecho venir yo, doctor. Es importante para la investigación de la desaparición de Daniel Franco.

El director se sorprende y traga saliva, su actitud es de lo más extraña, como si sus ojos reflejaran miedo.

—¿Y por qué es importante?, es una de mis pacientes y he de saber si una sargento de policía la visita…

—Hoy vengo en calidad de hermana, aunque estoy de servicio, por ello hice venir a la señorita Briz…

Miro a la sargento. Busco indicios de ebriedad en su mirada. Lo que está diciendo hace aguas por todas partes, es errático y no se lo creería ni mi hijo de cinco años.

—En cualquier caso, ha de ser comunicado. Las visitas tienen un horario y se ha de cumplir, sobre todo si viene usted en calidad de hermana y no de policía.

Miro al doctor y a la sargento alternativamente. Sigo viendo un destello extraño en la mirada de Suárez, ¿y en la de la sargento veo diversión?, juro que no entiendo nada…

Salimos ambas de la partición de Carolina y el doctor Suárez quita el seguro de la puerta.

En La Savinosa, algunas de las puertas de las particiones de los pacientes siempre parecen abiertas. Cualquiera puede acceder a ellas, pero no salir a menos que active el seguro para no quedarse encerrado dentro con un paciente peligroso. Son los que han cometido delitos graves los que tienen este tipo de puerta de seguridad. Eso, los que hemos trabajado entrando y saliendo de estas, lo tenemos grabado a fuego.

Carolina está en una silla de ruedas, pero un día vi pisadas sangrientas, así que está claro que puede andar, aunque no lo haga habitualmente.

La sargento camina a mi lado, impasible. Yo no sé cómo reaccionar, hasta que el pasillo se bifurca y trato de despedirme de ella antes de traspasar la pasarela acristalada que comunica ambos edificios para volver a mi despacho.

—¿Podemos hablar un momento? —inquiere entonces.

Asiento con la cabeza.

—¿Tiene un despacho donde podamos hacerlo con discreción?

—Bueno, comparto el despacho con Bea. Ella está a punto de jubilarse y me está formando…

—Tiene que ser a solas, quizá podría pasarse por comisaría cuando salga de aquí…

«No, de ninguna manera. Lo siento, pero por allí no paso ni loca», pienso.

Saco el móvil de mi bolsillo y miro la hora.

—Puede que tengamos suerte y Bea haya ido a comer algo. Suele hacerlo más o menos a estas horas.

Al entrar en el despacho, lo hallamos vacío. Sin embargo, me aseguro de que Bea no esté fuera fumando. Asomo la cabeza por la puerta que da al jardín y constato que no hay nadie.

—Pues ha dado en el clavo, estamos solas —dice la sargento mientras toma asiento en la silla que está frente al escritorio de Bea.

—Mejor siéntese aquí —digo mostrándole la que hay en el mío, bastante más pequeño e improvisado—, no me gustaría que Bea entrara y me viera sentada en el que todavía es su escritorio. Sería bastante embarazoso, ¿no cree?

La sargento alza las cejas y asiente. Se acomoda en la silla de plástico negra y comienza a decir:

—Verá, necesitaba hablar con usted para que me prometa que guardará silencio ante mi parentesco con Carolina.

Los ojos están a punto de salírseme de las cuencas…

—No quiero que ello interfiera en mi profesión. Yo no fui la que puse fin a la vida de mi familia…

—La escuché decirle que había algo que olía mal en este sitio y que…

—Nunca sé qué decirle a mi hermana. Trato de convencerme a mí misma de que cuando lo hizo no estaba en sus plenas facultades mentales. Pero en realidad no lo sé. Lo único que tengo claro, como policía, es que ella fue la autora y que nadie físico la indujo a ello, como usted y esos vídeos de internet dan a entender.

—Como hermana, no lo tiene claro, ¿cierto? —indago.

—¿Usted lo tendría si se enterara de que un ser querido, muy querido, con quien siempre ha tenido una relación especial, hubiera cometido un crimen tan atroz?

Intento ponerme en los zapatos de la sargento y comprendo su duelo mental. Es muy duro tener que convivir con algo así.

—No ha estado muy acertada en la partición de Carolina, es decir, la he visto dar una justificación al hecho de que nos encontraran a las dos allí que no se sostenía ni con palillos. Perdón por el atrevimiento.

La sargento sonríe.

—Es un truco que aprendí de mi padre y sirve para salir airosa de ciertas situaciones comprometidas: Si no sabes qué decir, desvaría. A tu interlocutor lo dejarás fuera de juego porque no sabrá cómo encajar lo que le estás transmitiendo y te dejará por imposible.

—¿Así que no es un método que utilizaría la policía? —interrogo.

—Depende, ¿eh…? Quizá el resto no, pero yo sí, sobre todo si quiero ver la reacción de alguien…

Abro mucho los ojos.

—¿Y qué ha visto?, el doctor Suárez estaba raro, ¿cierto?

La sargento estalla en carcajadas.

—Te gusta demasiado interrogar, indagar… ¿No has pensado nunca en hacerte policía? —pregunta tuteándome.

—No, yo veo un poco de lío en la calle y salgo corriendo, siempre salgo corriendo. No me vería imponiéndome, enfrentándome a los malos.

—Uy, sí lo harías, claro que lo harías. Ante la injusticia, se crece la rabia. La rabia por lo injusto te puede volver letal.

Me estremezco por las palabras y la mirada de la sargento Rodríguez. Entonces soy consciente de que he caído en su trampa y ha conseguido no responderme a la pregunta que le había hecho… ¡es buena la *jodía*!

CAPÍTULO 36

Antes de marcharse, la sargento me facilita su número de teléfono y me anima a ponerme en contacto con ella, sea la hora que sea, si surgiera cualquier problema o me enterara de algo importante para el caso.

Un par de minutos después de quedarme a solas en la oficina, Bea entra por la puerta del jardín.

—¿Estabas ahí fuera? —pregunto confundida.

—Sí, salí a fumarme un cigarro. Cuando me disponía a entrar, vi que estabas acompañada y no parecía un tema de trabajo, así que preferí dejaros a solas.

—Oh, lo siento, Bea. Durante todo el rato que has estado fuera te habrá dado tiempo de fumarte unos cuantos, y con el calor que hace… —digo encogiéndome de hombros.

De pronto, se dirige a la cafetera entre toses. A punto estoy de levantarme para darle unos golpecitos en la espalda, cuando caigo en la cuenta de que el paquete de tabaco y el mechero están sobre su mesa. Ella se los mete disimuladamente en el bolsillo de su ancho pantalón.

—¿Estás bien? —pregunto sin mostrar mis sospechas.

—Sí, niña. Me he pasado con el tabaco, eso es todo.

«Un poco difícil si tenías el paquete y el mechero aquí», pienso, pero no digo nada. Mi corazón palpita con fuerza, señal inequívoca

de que algo no va por su camino.

Aunque tampoco tiene sentido malpensar, quizá solo salió a hablar por el móvil en privado o a dar un paseo. Es inevitable sentir unas ganas locas de bajar a la playa; este lugar es un verdadero paraíso.

Lo que no entiendo es por qué le da reparo decírmelo, si yo aquí soy una triste aprendiz y ella ya mismo deja el mundo laboral.

¿Y si…? No, ella no pudo hacerme eso, envenenar el café, robar mi ropa, enfrentarse a Daniel... Demasiado mayor, además, si no es más que una anciana algo tosca, pero, al fin y al cabo, bastante mayor y notablemente menos fuerte que mi novio.

—Ya mismo nos vamos, ¿cierto?, tengo unas ganas locas de irme a casa hoy. Tengo visita y he de hacer una cena especial. Me gusta cocinar y no puedo hacerlo habitualmente. Bueno, ya me entiendes, para mí sola no ensucio la cocina, que luego me da pereza limpiarla.

—¿No me digas que tienes algún enamorado a la vista? —inquiero.

—Ufff… ¿Enamorado, dices?, ya me gustaría. No, se trata de mi hijo y mi nuera. Voy a hacerles una lasaña. A Tomás, mi hijo, le encanta; a mi nuera, no tanto. Es vegetariana, ¿sabes? Aunque no es muy estricta, de vez en cuando come algo de carne, así que… de vegetariana, poco. Pura apariencia.

—¿Y una lasaña vegetal? —pregunto divertida.

—Venga, venga… Ni loca hago yo una lasaña de hierbajos para mi niño. Si ella es vegetariana, no es mi problema —suelta con fingido enfado y luego estalla en carcajadas, ambas lo hacemos, y no puedo evitar sentirme culpable por haber sospechado de ella.

Aún así, en un momento en el que el Doctor Caos la llama a su despacho, salgo al jardín a curiosear. No sé qué quiero encontrar, pero una especie de instinto, de pálpito extraño, me impulsa.

El aire caliente y húmedo se me pega al cuerpo. Tarragona tiene una buena temperatura tanto en verano como en invierno, comparada con otros lugares de España en los que se mueren de frío o de calor. Aquí el termómetro nunca alcanza grados muy estratosféricos, pero sí que en invierno el frío cala los huesos, y el calor del estío ataca con saña. La culpable de todo esto es la humedad, que hace que la sensación térmica no cuadre con lo que dice el mercurio, al menos, en el antiguo termómetro que tenemos en la oficina, resistente al paso del tiempo y a las prohibiciones actuales.

Camino unos pasos buscando qué sé yo, algo que pueda inculpar a mi pobre compañera. Me siento como una amiga traicionera.

Los golpes rítmicos del otro día se oyen más débiles, aunque continúan escuchándose en medio del estallido de petardos, pues esta noche es la víspera de San Juan. Probablemente sea lo que dijo Bea, alguna botella chocando con las rocas. Atravieso el jardín y luego camino por la pasarela de madera que conduce a la playa. Cuanto más cerca me hallo de la caseta que indica la entrada al antiguo búnker, más claro escucho el sonido. Son como toques irregulares.

Cuando estoy ante la puerta metálica, cerrada a cal y canto, tengo claro que lo que sea que esté golpeando se encuentra en el interior de este lugar.

Todo el tiempo se repite la misma secuencia de golpes, así que saco el móvil del bolsillo de mi pantalón. Abro el navegador y escribo: «código morse, significado letras», pincho en imágenes y le doy a la que veo más clara.

Son tres secuencias, tres toques cortos, tres más contundentes, tres cortos otra vez. Encuentro tres puntos en la letra «S». Cierro los ojos. Me dirijo de inmediato a la O, porque soy una peliculera, porque mi corazón late desbocado, yo qué sé… Bingo, tres rayas. Lo siguiente que hago es sacar la tarjeta con el teléfono de la sargento del bolsillo y marco torpemente los dígitos. Comunica…

—¡Mierda! —exclamo, y busco en Google el teléfono de los Mossos de Esquadra.

Aunque cambio de idea de inmediato, quizá lo más rápido sea enviarle un wasap a la sargento, no ha pasado tanto tiempo, quizá esté todavía conduciendo o, con un poco de suerte, no haya abandonado el recinto de La Savinosa.

Me afano en guardar el teléfono de la sargento en contactos y abro el WhatsApp para enviarle un audio.

—Hola, soy Noelia Briz, acabamos de hablar hace un rato. La he llamado, pero comunicaba. Creo que hay alguien encerrado en el…

De súbito, me tapan la boca con una gasa, pierdo la fuerza en las piernas enseguida. Noto como me arrebatan el teléfono y lo lanzan al acantilado. Dejo de sentir, de ver, de ser yo…

CAPÍTULO 37

La oscuridad no es buena compañera cuando abres los ojos y te la encuentras de frente. Y si a eso le añadimos una ingente cantidad de cinta americana en muñecas, tobillos y boca, lo único que puedes hacer es rezar para que el del piso de arriba obre uno de los milagros que se narran en la Biblia y tú puedas salir indemne del atolladero en el que te has metido.

Estoy completamente atontada, mi captor me dejó fuera de combate. Ahora no sé dónde narices me encuentro.

Un sonido ahogado, seguido de lo que parece el arrastre de unas cadenas, me hiela la sangre.

Poco a poco, mi vista se va acostumbrando a la falta de luz y puedo atisbar sombras oscuras. Hay un bulto encadenado no muy lejos de mí, pero lo suficiente como para que no pueda alcanzarlo, ni él a mí. Por suerte.

No distingo si es humano o animal y confieso que estoy a punto de liberar mi intestino grueso, por decirlo de un modo poco escatológico.

El «bicho», o lo que sea, se mueve cual gusano, intentando por todos los medios acercarse a mí, yo trato de alejarme, aunque me es del todo imposible. Quizá mi grado de desesperación se multiplicará en las próximas horas y mi cerebro se pondrá en modo

supervivencia, pero ahora estoy paralizada por el miedo y mis ataduras.

Es más, mi captor ha tenido a bien atarme bocabajo con las manos a la espalda, todo muy divertido, nótese la ironía.

El gusano gigante se mueve, arrastra las cadenas, se acerca. Mi corazón se acelera, va a alcanzarme, creía que no podría hacerlo, que las cadenas se tensarían antes de que él llegara a mi altura, mas no ha sido así, puedo ver sus ojos, y la sangre deja de regar mi cerebro al comprobar de quién se trata.

Me gustaría decirle tantas cosas, preguntarle: «¿quién nos está haciendo esto?, ¿por qué?». Pero no puedo, ni él tampoco. A menos que tengamos la capacidad de comunicarnos por telepatía, estamos listos, y, claro está que no tenemos esa habilidad, somos simples humanos normativos atrapados en un búnker de la Guerra Civil, porque a estas alturas, ya sé dónde nos ha metido nuestro misterioso captor.

De súbito, escucho el chirrido de una puerta y la luz hace visible la estampa que representamos Daniel y yo, atrapados como moscas en una lata.

El pobre parece haber envejecido más de una década, ahora sí que se le ven los cuarenta y ocho, y yo diría que algunos más incluso. Lo veo dirigir la mirada a las escaleras con rabia, mientras el sonido de pasos irregulares al descender los peldaños se hace cada vez más presente.

Escucho un suspiro, luego otros pasos más rápidos y enérgicos.

—Te dije que te estuvieras quieta, mamá —dice una voz desconocida y que parece pertenecer a un hombre joven, yo diría que más o menos de mi edad.

—Todo se precipitó, esta puta estaba llamando a la policía…

Ya está, esa voz tosca pero entrañable. Por algo dicen: «Piensa mal y acertarás». Me reprendo a mí misma porque era del todo

previsible. La pillé manipulando la máquina del café. Mi móvil estaba en la oficina, y ella pudo ver las fotografías que hice del expediente de Carolina y borrarlas. Entró por el jardín alegando que había estado fumando mientras el paquete y el mechero estaban en su escritorio; además, me aseguré, miré fuera y no había nadie, joder… Luego me mintió descaradamente y de nuevo la pillé. Por no hablar de cuando le mencioné los golpeteos extraños, rápido me disuadió para que no me acercara a curiosear.

No la veo, pero no me hace falta. Me hago la inconsciente.

Noto una pequeña patada en el hombro, hago de tripas corazón para no reaccionar. Daniel balbuce, se nota que la está insultando con ganas.

—¡Cállate, desgraciado!, ya pronto acabará tu tormento —gruñe Bea.

—Mamá, démonos prisa, si nos pillan, nos meteremos en problemas —dice el chico con un deje de miedo en la voz.

—No pasará nada, Tomás. Él es una mala persona, ya sabes mi historia, ¿cierto?, esto es justicia, mi niño…

¿Justicia?, ¿de qué habla Bea?, no entiendo nada. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

—Sea como sea, vamos ya, no sé a qué esperas —replica el hijo de nuestra captora.

—Estoy pensando, los planes eran otros y he tenido que improvisar. Esta es una noche complicada, por suerte, esos desgraciados han dejado de tirar petardos. Estoy un poco nerviosa, así que dame tiempo —refunfuña ella.

Un móvil vibra rompiendo el momento histeria de mis captores.

—Es ella, dice que el vigilante sigue dormido, pero que nos demos prisa.

Hay alguien más en el ajo, madre mía, ¿pero esto qué es?

—Le he metido suficiente cantidad de somníferos a ese viejo para que no despierte hasta pasado mañana.

—Mira que no quiero problemas, mamá. A ver si encima vamos a matar al que no toca…

—Ay, Tomás, hijo, mira que eres miedica. Va, venga, la sacaremos primero a ella, está dormida, será más fácil —dice Bea con decisión.

Noto que me cogen entre los dos y me sacan del búnker sin mucho cuidado. Me muerdo la parte interna de los carrillos al menos en tres ocasiones por golpearme las nalgas con los peldaños.

—Hijo mío, parece mentira que seas tan joven, tienes menos fuerza que yo, y ya es decir.

—Estoy acojonado, joder —se lamenta el chico.

Noto la brisa nocturna acariciar mi cuerpo cautivo mientras me transportan hacia algún lugar indeterminado, solo sé que el olor a mar se cuela por mis fosas nasales y que cada vez es más intenso. También el sonido de las olas rompiendo contra las rocas se incrementa.

Me dejan sin mucha delicadeza en una superficie de madera con olor a pescado. Siento el balanceo bajo mi cuerpo, señal inequívoca de que estoy en una embarcación. Espero a que las voces de mis captores se hagan menos audibles y abro los ojos. Estoy en un bote muy pequeño.

De súbito, escucho gritos y lamentos.

—¿Qué me has hecho, desgraciado? —interroga el chico y luego añade—: Mamá, esto sangra mucho.

—No te preocupes, cariño. No es más que un rasguño, mamá te curará enseguida.

—Pero he de remar y con el brazo herido no podré.

—Que lo haga ella, no se va a morir, ¿verdad?

—Te dije que a ella la quería mantener alejada de todo este lío.

—Pues no va a poder ser. Los planes no han salido como esperábamos, así que tenemos que improvisar. Ella remará conmigo, esta noche todo quedará solucionado.

Se escuchan varios gruñidos del chico y las quejas de Bea, parece que están moviendo a Daniel y pesa demasiado.

—Mamá, el tipo este sangra cada vez más y está dejando un buen rastro…

Daniel sangrando… ¿Qué demonios ha pasado?

—Que se aguante, le dijimos que no hiciera ninguna tontería y tenía un trozo de cristal escondido, no sé cómo se lo hizo el desgraciado para guardárselo.

—Si es que a quién se le ocurre traer platos y no putos *tuppers.*

—Ay, hijo, toda la vida del señor se ha comido en un plato…

Madre mía, estos dos están como regaderas, además de ser un par de chapuceros.

«Sí, chapuceros, pero a ti te han capturado y ahora estás en un bote rumbo a quién sabe dónde, quizá hasta te tiren al mar, esa sería una muerte segura teniendo en cuenta que no te puedes mover. Así que no, no les está yendo tan mal la cosa».

CAPÍTULO 38

El cuerpo de Daniel cae a plomo junto al mío. Respira con dificultad y, como dijeron ese par de desgraciados, está sangrando profusamente por la parte baja del abdomen.

Le dedico una mirada que quiere decir tantas cosas… Entre ellas: «Perdóname, estás en este lío por mi culpa». Él cierra los ojos y niega instintivamente, sabe que está acabado, yo también sé que lo estoy.

Un par de minutos después, otra persona sube al bote, no sé yo si este pueda aguantar tanto peso.

—No he podido salir antes, la coordinadora andaba dando vueltas y me las he tenido que ingeniar para que no me descubriera —dice la voz dulce y suave de quien menos me esperaba.

Laura… es la pequeña y tímida Laura. Mierda, no entiendo nada…

—¿Te ha visto salir? —interroga Bea con sequedad.

—No, no me ha visto. Ahora larguémonos de aquí. Todavía no entiendo cómo he acabado en este lío —suelta Laura con firmeza, la tímida niña ha dado lugar a una especie de leona que nunca imaginé que se ocultara bajo su frágil apariencia.

—Tendremos que remar, Tomás está herido —anuncia Bea con decisión.

—Lo que me faltaba… —replica Laura.

—Solo será hasta alejarnos lo suficiente del sanatorio, luego seguiremos el trayecto a motor, niña. Digo yo que puedes hacer el esfuerzo, es por una buena causa. ¿O es que tanto comer hierbas te ha dejado medio inútil?

—Bufff… Primero de todo, Beatriz, esta no es mi causa, yo estoy aquí por dinero. Segundo, ¿a ti qué cojones te importa lo que como o dejo de comer? En serio, Tomás, yo creo que me voy a ir, no quiero tener nada que ver en todo este embrollo; es más, tú deberías hacer lo mismo si no quieres acabar en la cárcel. Este plan está abocado al fracaso…

—Joder, cariño, ahora no puedes fallarme… —responde el chico.

Cariño… Resulta que Laura es su novia. Ya sé quién es este individuo, el mismo que la esperaba fuera y miraba en nuestra dirección con hostilidad.

Ella hace alusión a un dinero, ¿acaso Bea se lo ha ofrecido a ambos a cambio de que la ayuden?, pero ¿qué causa es tan importante para hacer algo tan cruel?

El sobrecargado bote comienza a moverse, quizá hubiera sido mejor que pusieran en marcha el motor, posiblemente, harían menos ruido que con las quejas de ambas mujeres, que tal parece que no han remado en su vida.

Recuerdo cuando, con quince años, participé en una regata de botes con más mujeres. Los primeros días que entrenábamos para el evento lo pasaba fatal, los brazos me dolían un montón. La que dirigía el cotarro se pasaba el rato gritando: «¡Con ovarios, con ovarios!». Y yo le decía por lo bajo a mi amiga, que remaba junto a mí: «Sí, los ovarios que nos vamos a dejar aquí, o el hígado que sacaremos por la boca». Al final ganamos la carrera, aquel momento no se me olvidará en la vida; como no se me olvidará el que estoy viviendo ahora mismo, totalmente opuesto, negro, macabro…

De pronto, las dos mujeres dejan de remar, y el tal Tomas, tras varios tirones de la cuerda de arranque fallidos, pone en marcha el

motor fueraborda.

—¡Por fin! —exclama Laura.

—Venga, que ya lo tenemos… —jalea Bea.

Los oigo comentar que llevo demasiado tiempo inconsciente y que es mejor así. También dicen que deberían taparme los ojos y no hablar para que no los reconozca si despierto, al fin y al cabo, no he visto ni oído nada. ¡Que se lo creen ellos!

Bea se acerca a mí y me venda los ojos. Yo interpreto mi papel de mujer fuera de combate a la perfección. Daniel no emite sonido alguno desde hace un buen rato. Me temo lo peor.

No sé el tiempo que pasa, a mí se me hace eterno, hasta que llegamos a nuestro supuesto destino.

—Vamos, tenemos que prepararlo todo —suelta de pronto Bea y luego añade—: primero, la chica.

Las dos mujeres me sacan del bote con dificultad. Tomás trata de ayudarlas, pero no deja de quejarse de su brazo herido.

Me suben por una escalera, noto los peldaños que serpentean hacia arriba en lo que parece un acantilado. De inmediato sé a dónde nos han traído, es la casa de Daniel.

Abren la portezuela de la balaustrada que conduce al embarcadero, el leve quejido de las bisagras así me lo indica. Me depositan en el suelo, por lo que debo estar en la enorme terraza, cerca de la piscina.

Varios minutos después, dejan a Daniel junto a mí. No puedo verlo, pero noto su mano temblorosa y fría. Me da algo, algo punzante y pequeño. No sé qué espera que haga con las manos atadas a la espalda. Estoy tan aterrada que no puedo pensar con claridad.

«Fricción, hija mía, ¿es que acaso todas las películas que te has tragado durante años, mientras tu madre hacía croché a tu lado, no

te han servido de nada?», pienso.

Daniel me ha dado el trocito de plato que aún le quedaba para que yo tuviera una oportunidad. Sabe que su vida se apaga y que no podría librarse de sus bridas estando tan malherido.

Sin perder tiempo, comienzo a mover el trocito de plato Duralex roto con desesperación. Pero la cinta americana está apretada y no hay poca. No creo que pueda conseguirlo, aunque no desisto, muevo el cristalito entre las dos manos, me corto sin querer. Me digo a mí misma con el pensamiento: «Con ovarios, Noe, con ovarios» y fricciono cada vez más fuerte, como si el fragmento de plato fuera mi remo, un pequeño y lacerante remo que me separa de la vida o la muerte.

CAPÍTULO 39

La emoción de sentir que estás cerca de la libertad puede jugarte una mala pasada. Las manos son demasiado importantes, con ellas sin ataduras, eres libre. Aunque tengas los pies inmovilizados, tu boca sellada por la cinta americana y los ojos vendados. Las manos son tu llave del éxito si consigues tu cometido… «Con ovarios, Noe, con ovarios», me repito.

De súbito, cuatro manos me sacan de mi momento de casi libertad.

—¿Dónde la vais a llevar? —pregunta Tomás.

—Te he dicho que nada de hablar, hace mucho rato que está dormida y puede despertar en cualquier momento, así que lo mejor será que no nos oiga decir ni mu.

«Demasiado tarde, tarada», pienso.

Los tres desgraciados se callan, y soy transportada al interior de la casa. Atraviesan el salón, con sus cristales crujientes desparramados por todas partes y me meten en la habitación que está justo a la derecha. Me depositan en la cama y comienzan a desatarme los pies.

—Se despertará —sisea Laura.

—Si lo hace, tengo esto preparado —dice Bea entre susurros, imagino que habla de una inyección o similar para dejarme grogui de nuevo.

Escondo el trocito de plato en una mano, entre el dedo pulgar e índice. Pero en cuanto una de las dos se acerca a desatarme las manos, se da cuenta de lo que he estado haciendo.

—¡Está despierta! Y parece que hace rato que lo está —gruñe Laura.

Bea me agarra fuerte por el pelo, luego quita la venda de mis ojos.

—¡Así que te has estado haciendo la dormida, hija de puta! —brama.

Espero en cualquier momento el agujazo, pero entiendo que se han dado cuenta de que no tiene sentido, sé quiénes son y eso me pone en una situación muy comprometida.

Estoy en la cama bocarriba. Laura me ha vuelto a atar los pies, y Bea me ha quitado la mordaza de un tirón, el dolor ha sido lacerante, debo de tener el bigote en carne viva, además de depilado por obra y gracia de la brutalidad de mi captora.

—¿Por qué me haces esto, Bea? —inquiero con un deje de frustración en la voz.

—Esa pregunta no tiene respuesta —suelta clavándome sus ojos surcados de arrugas.

—Entonces, ¿qué hago aquí?, ¿qué pinto en esta ecuación?

—Solo eres la incógnita que despejará la policía. Para algo eres la principal sospechosa de la desaparición de Daniel, ahora comprobarán que todo este tiempo lo tuviste encerrado y sometido a tus perversiones.

—¿De qué demonios hablas?

—Ay, criaturita… ¿Es que acaso pensaste que te ascendieron a secretaria de dirección por tu cara bonita? No, niñita estúpida, fui yo la que conseguí que así fuera. No me supuso ningún problema encontrar a la persona idónea, y solo me bastó ver tu currículum para saber que alguien que tiene la carrera terminada presume de ello: la *titulitis* es inevitable.

»Solo tuve que hacer unas llamadas para confirmar mis sospechas, ni siquiera terminaste el segundo curso de derecho. Eras la pringada perfecta.

Beatriz me mira con una mezcla de placer y suficiencia, se nota que está disfrutando al humillarme. No puedo creerlo, en estas últimas semanas había llegado a apreciarla de verdad y hoy he podido ver su terrorífico lado oscuro, jamás pensé que ella pudiera estar moviendo los hilos para hacerme caer en desgracia.

Le imploro que me suelte, le prometo que callaré, que nadie sabrá que fue ella la que hizo tanto mal, mas no me cree. Dos lagrimones de frustración recorren mis mejillas.

—Con semejante mancha en tu sinceridad, ¿quién iba a creerte? Alonso no, está claro, y mucho menos después de comprobar tu historia clínica y que fuiste paciente en una unidad del grupo. Madre mía, mira que llegas a ser imbécil, te lo has tragado todo sin masticarlo siquiera.

Quiero gritarle que es una desgraciada, que jugó con mi mente hasta hacerme caer en la paranoia. Pero me resulta imposible.

—Veo que quieres hablar, te voy a dar la oportunidad de defenderte, al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a ello, ¿cierto?

Beatriz me mira triunfante desde arriba, y me muerdo el labio inferior para no insultarla, sé que, si lo hago, me tapará la boca de nuevo y no quiero; tengo demasiadas preguntas.

—¿Y qué tienes que ver en todo este asunto?, ¿por qué has tratado de volverme loca con tus artimañas?

—Frena, niña, frena. Primero el uno, después el dos —dice rozándome el rostro con la punta del enorme cuchillo cebollero que empuña con una mano enguantada—. Quizá pienses que me meto donde no me llaman, una secretaria a punto de jubilarse, una persona intachable y de total confianza, ¿para qué se mete en semejantes marrones?

»Es sencillo, mucho más de lo que parece, es más, te contaré una historia; una historia que estoy segura de que te gustará. ¿No eres aficionada a las novelas románticas?

CAPÍTULO 40

1977

Dos amigas disfrutan en la discoteca, solo pueden entrar mayores de dieciocho años, pero ellas se las han ingeniado para que las dejaran entrar. Van vestidas y maquilladas de modo que bien podrían pasar por veinteañeras.

Las dos bailan como si no hubiese un mañana *Yes sir, I can boogie,* de Baccara. La más joven de ambas, con el cabello oscuro moldeado por los rulos de calentar, viste un top de tirantes y un pantalón de campana rosa pálido. Su amiga ha sido algo más atrevida y pronto un chico rubio y bastante alto se acerca a ella para invitarla a bailar. La chica acepta y le guiña un ojo a su amiga.

Los dos jóvenes bailan uno frente al otro y, de vez en cuando, se acercan para decirse confidencias y vete a saber qué más al oído, la cuestión es que acaban por desaparecer.

La más joven se encuentra de pronto un poco desprotegida, sola y enfadada con su amiga, que le prometió en todo momento que no se iría con ningún chico, cosa habitual en ella cuando van a cualquier parte. No hace falta que sea una discoteca.

De pronto, un chico moreno, guapísimo y de ojos que solo pueden existir gracias a los efectos especiales en las películas, se acerca a ella.

—¿Bailas, preciosa? —pregunta con una voz seductora e irresistible.

Acepta sin pensarlo, está cansada de ser siempre la chica que se queda sola en medio de la pista. Los dos bailan todos los éxitos que va poniendo el pinchadiscos, hasta alguna lenta, de esas que a la muchacha le pone la carne de gallina, de Camilo Sesto.

Se siente envuelta en una especie de nube de algodón, flota en la pista y a todo diría que sí en ese momento, hasta a subirse al coche de un chico que acaba de conocer…, como termina haciendo.

Despierta por el impacto de una ola en su rostro. Está empapada y tiene frío. Se encuentra en un lugar conocido para ella, la playa del Miracle. Le duele la cabeza y todos los huesos habidos y por haber. No lleva pantalones, tampoco bragas. Se cubre instintivamente. La primavera ofrece mañanas frías todavía.

Comienza a llorar al ver sus muslos amoratados. El top de su precioso conjunto rosa está rasgado y manchado de vete a saber qué.

Tiene miedo, mucho miedo. No puede irse a casa, ¡está casi desnuda!

Mira a su alrededor, localiza su maltrecho pantalón y sus zapatos de tacón.

El pantalón está lleno de arena, empapado, mas se lo pone igual.

Los zapatos los sujeta con una mano. Camina por la playa, siente el peso de la debilidad sobre sí misma. Intenta recordar qué ocurrió, le resulta imposible.

La garganta le duele, la nota como cargada de dolor, un dolor que acaba por liberar con un llanto desgarrado.

Un hombre se le acerca, es un policía. Le habla, pero no es capaz de articular palabra, solo puede llorar…

CAPÍTULO 41

El relato de Bea me encoge el corazón, no puedo evitar que las lágrimas se me escapen al conocer su triste verdad. Incluso a Laura se le borra la mueca de fastidio que ha tenido todo el tiempo.

—Me llevaron al hospital y de allí a un jodido psiquiátrico, porque me había vuelto loca…, loca, claro. Un desgraciado me enamoró y luego me violó. Y lo peor estaba todavía por venir, porque todo lo que yo hago tiene consecuencias, es algo que no logro entender.

»Me quedé embarazada, y mis padres, religiosos hasta la médula, querían que me quedara con el bebé. Ellos lo criarían como si fuera mi hermano, mientras yo me recuperaba de mi supuesta locura.

»Ni en broma me iba a quedar con el fruto de una violación. Me pasaría la vida odiándolo, viendo en su repelente carita al hijo de puta que me jodió la vida. Así que convencí a mis padres de que ese niño era el hijo del Diablo, pues el mismísimo Diablo me había preñado.

»Lo sé, un poco fantasioso, descabellado, loco… Pero a ellos era nombrarles al Maligno y se ponían como motos. Así que mis palabras cumplieron su cometido, convencerlos para poder darlo en adopción y que no me obligaran a convivir con el hijo del mal.

»Pasaron los años y yo me casé con un buen hombre, algo aburrido, sí que es verdad; no tan guapo como ese desgraciado, sí,

eso es cierto. Mi José no era lo que se dice un adonis, aunque con él tuve una buena vida. Tuve suerte, como diría mi madre.

»Creo que Dios me castigó y no me dio un hijo hasta bien cumplidos los cuarenta, pero pude tener entre mis brazos al fruto del amor, mi Tomás.

»Todo hubiera ido sobre ruedas, si el dichoso destino no se empeñara en devolverme los golpes. Un día, en mi puesto de trabajo, entró en el despacho un hombre que era el vivo retrato de aquel que un día me dañó.

»No, no podía ser, debía de estar viendo visiones. Todavía estábamos en el antiguo sanatorio, mucho más pequeño que este, así que comencé a verlo transitar con asiduidad por los pasillos del edificio; además, se hizo amigo del gilipollas de Alonso.

Frunzo el ceño. No los he visto interactuar como amigos nunca a esos dos. Pero decido no darle importancia y sigo escuchando el desgarrado relato de mi captora.

—Cuando vinimos a la Savinosa todo fue más fácil, el espacio era mucho más grande, con varios edificios. Apenas veía al respetable doctor Franco. —Bea rueda los ojos—. En cambio, no podía olvidar que compartíamos el mismo aire, el mismo espacio. Cada día era una losa para mí. Así que lo investigué, investigué a Daniel Franco y constaté mis sospechas, lo habían adoptado cuando solo era un bebé. Y lo peor fue enterarme de que el hijo tenía las mismas aficiones que el padre. Seducir a incautas para llevárselas a la cama.

—No le puedes cargar a él lo que hizo su padre contigo. Daniel no es un violador.

—Es un mujeriego empedernido. Jamás debería haber nacido, es el fruto del mal, así que debe morir —sentencia con los ojos casi fuera de las órbitas.

Laura sale disimuladamente de la estancia. No la culpo, si yo hubiera estado en su lugar, habría salido por patas hace un buen

rato, pero para llamar a la policía, aunque de manera anónima, claro está…

—Él no tiene la culpa de lo que hizo su padre, además, por mucho que te pese, es tu hijo —digo con firmeza.

La enfurezco, mala idea. Me abofetea con fuerza.

—No vuelvas a decir semejante embuste en tu vida, ese cerdo no es mi hijo, solo salió de mi vientre sin ser invitado a ocuparlo. Es eso, un okupa, no mi maldito hijo.

—Ya está muerto, lo has matado, has conseguido tu propósito, ¿cierto?, ¿por qué entonces estoy yo aquí?, no tengo nada que ver con tu desgracia —digo y me siento mal de inmediato, soy una egoísta, pero el instinto de supervivencia ha hablado por mí, creo.

—Eres el segundo intento, pues el primero no salió bien.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Esa perturbada de Carolina mató a quienes no debía matar.

—Joder, ¿a dónde quieres llegar? —pregunto con el corazón a punto de salírseme por la boca.

—Era una paciente de Alonso que cayó en las redes de tu queridísimo novio. Así que moví mis hilos para conseguir que lo matara por mí, pero la desgraciada se cargó a su familia. ¿Se puede ser más imbécil?

—Trataste de volverla loca… —aseguro impresionada por la maldad de mi compañera.

—No, chiquita, recuerda que Alonso la trataba, era esquizofrénica y yo solo le di un empujoncito, no fue difícil hacerme amiga de ella, el tabaco une mucho —suelta Beatriz mientras busca en el bolsillo de su pantalón su paquete de Nobel.

Se enciende un cigarro y me pregunta si quiero uno.

Ruedo los ojos.

—Tú te lo pierdes. En fin, que como no conseguí que ella lo matara y ahora he logrado que fueras la principal sospechosa de la desaparición de ese engendro del mal, solo me queda darle muerte y que tú cargues con las culpas. Es el crimen perfecto, ¿no te lo parece?

No, no me lo parece. Es una chapuza, pero ¿qué pensará la policía al respecto?, yo puedo decir la verdad, que ha sido ella; contarle su historia, que le hagan una prueba de ADN a Daniel y a Beatriz, así corroborarían que no miento.

—Sé lo que estás pensando, chiquita, es fácil leerte. No, no podrás delatarme porque estarás muerta. La policía pensará que ambos os matasteis entre vosotros, y tú serás la culpable del secuestro y posterior asesinato de tu novio.

—Nadie se lo va a creer, todo es un caos. Una chapuza. Y cuando la policía se dé cuenta, acabarás en la cárcel. Adiós a tu jubilación. —Mi diarrea verbal ha hecho acto de presencia cuando hace falta que lo haga, no me lo puedo creer.

Por un momento, transmito empoderamiento, la información es poder, ¿cierto?, pero poco me dura la sensación de superioridad. La sonrisa de Beatriz me indica que hay algo que no sé. Y el olor a gasolina lo corrobora.

CAPÍTULO 42

Escucho a madre e hijo discutir en el salón; Daniel pesa demasiado y Laura se ha ido. Tomás se queja de que su brazo cada vez está peor y de que se siente mareado por la pérdida de sangre. Bea le dice que lo curará enseguida, que tiene algunos conocimientos que podrían ayudarle…

Desconecto de la absurda conversación y, en su lugar, intento salir de la casa. Sigo atada, así que supongo que vendrán a matarme muy pronto. Si me dejan las ataduras, nadie creerá que fui yo la que le di muerte al pobre Daniel. Aunque si van a incendiar la casa, como creo que harán, para eliminar todas las pruebas de su chapuza, puede que poco quede de mí, ni de la cinta americana que apresa mis muñecas. Bea no ha sido tan lista como para quitarme el trocito de plato que todavía oculto en una de mis manos, así que sigo intentando deshacerme de la dichosa cinta adhesiva.

Fricciono y fricciono dándome ánimos a mí misma. Unas cuantas vueltas de cinta americana me separan de la muerte, pero hay algo que Bea no sabe, y es que nací con tres vueltas de cordón apretadas al cuello. Veinticinco años después, aquí estoy. Así que no, yo no voy a morir hoy.

Pienso en Daniel y me apena no haber podido hacer nada por él. Me dio el trocito de plato porque sabía que no lo contaría. No entiendo por qué Beatriz, su madre biológica, se llenó de odio hacia un bebé sin culpa alguna. Que sí, que quedarse con el fruto de una violación ha de ser una decisión muy difícil, pero ya lo dio en

adopción, ¿por qué intentar acabar con él a toda costa? También es mala suerte haber acabado en el mismo centro de trabajo, aunque el grupo del que forma parte el sanatorio La Savinosa tiene más, podría haber pedido el traslado y listo, en fin…

Tan absorta en mis cavilaciones ando que no soy consciente, hasta que noto que puedo moverlas con libertad, de que he conseguido mi propósito. Mis manos están separadas, así que me doy prisa para quitarme la cinta que ata mis pies.

Me levanto de la cama con sigilo y salgo de la habitación. No oigo a esos dos impresentables. No sé interpretar si eso será buena o mala señal. Entro en el salón y solo veo desolación, además de a Daniel en el suelo, muy cerca del ventanal. También en el suelo hay un cuchillo, he de defenderme de esos dos cuando vengan a acabar con lo que empezaron, lo cojo. Camino con cuidado hacia Daniel y me agacho para ver si todavía respira.

—Tire el cuchillo, Noelia —ordena ni más ni menos que la sargento Rodríguez, que me está apuntando con su pistola.

Lo suelto de inmediato y subo ambas manos mostrándole mis palmas en señal de rendición.

—Por favor, esto no es lo que parece —digo con la voz entrecortada.

—No hagas ninguna tontería… —es lo último que dice antes de leerme mis derechos.

Me han interrogado durante horas en las que le he contado todo lo ocurrido a la sargento y a su compañero, el que vino a casa con ella el día después de la desaparición de Daniel. Por desgracia, no sé si me han creído. Dicen que lo comprobarán todo, que por el momento me tengo que quedar detenida…, detenida.

Otra vez estoy en un calabozo, otra vez privada de libertad y esta vez no sé por cuánto tiempo, o si al final acabaré en Mas D'Enric [6]por años y años, mientras mi pequeño crece sin mí.

Al parecer, he quedado como una loca que se obsesionó con el hombre que la rechazó, hasta tal punto que lo secuestró y acabó con su vida. He repetido hasta la saciedad que eso no es verdad, he contado lo que pasó la vez anterior con aquellos chiflados de la web de Almas Ardientes. Joder, hasta les he enseñado mis muñecas marcadas por la cinta americana, también los rasguños que me llevé de premio al intentar liberarme.

Me han dicho que hay unas imágenes muy esclarecedoras en las que se me ve comprando garrafas de gasolina. Les hago ver que es imposible, que yo no he hecho tal cosa. Me las enseñan. Son de hace unos días, concretamente, de la misma noche que tuve el brote psicótico. La persona que se ha caracterizado como yo lleva la ropa que me robaron. Según la versión de la policía, yo esa noche compré las garrafas y, posteriormente, secuestré a Daniel. Nadie lo encontró porque estaba en el sótano. Un sótano que ni sabía que tenía la dichosa casa. Había fluidos corporales de Daniel en él, eso me han dicho y no entiendo nada.

Por un momento, pienso: «¿Y si es verdad?, ¿y si yo misma, o sea, mi cerebro ha montado todo este enredo y en verdad soy una asesina peligrosa?».

No, es imposible, solo soy una chica de veinticinco años que parece que haya vivido mil vidas de malas experiencias. Que puede escribir largo y tendido de quitarse vueltas de cordón del cuello a cada rato, y ahora… ahora está en una celda pequeña y fría, una celda que puede convertirse en su nuevo mundo si nada lo remedia.

Las lágrimas brotan de mis ojos y no puedo sentirme más miserable, al final sí que va a ser verdad que Beatriz consiguió perpetrar el crimen perfecto, un crimen chapucero y lleno de cabos sueltos; cabos sueltos…

Me levanto con ímpetu y comienzo a golpear las rejas sin parar mientras grito.

—¡¡¡Sargento Rodríguez!!!, ¡¡¡sargento Rodríguez!!!

El agente que viene para ver qué demonios ocurre me ordena que esté quieta y no grite, mas no puedo parar.

—Por favor —suplico—, es importante, por favor, necesito decirle algo. Algo que puede que me libere de la última vuelta.

El agente entrecierra los ojos, extrañado.

Me dice que verá lo que puede hacer e insiste en que deje de gritar y golpear las rejas.

Pasa una hora y nadie viene. Me impaciento, me siento tentada a reclamar con más fuerza que me traigan a la sargento. No lo hacen.

No sé qué hora de la madrugada es cuando el agente en cuestión me trae un teléfono.

—Es la sargento Rodríguez… —dice y me lo entrega.

—El plato de Duralex… —digo atropelladamente en cuanto me llevo el auricular al oído.

—¿Cómo dice, Noelia?

—El plato de Duralex. Beatriz le daba de comer a Daniel en el búnker en platos de su casa, platos de esos de color café, antiguos.

—Sí, sé de qué tipo de platos me habla, crecí en los ochenta.

—Creo que Daniel hirió a Tomás, el hijo de Beatriz, con un trozo de plato, lo hirió en el brazo. Daniel, como ya le dije, me entregó a mí otro trocito de ese plato, con él me liberé de mis ataduras, está en la habitación de Daniel, quizá en la cama o en el suelo, no me acuerdo, pero sé que lo dejé allí.

—Noelia…

—Por favor, vayan a casa de Bea y compruébenlo, seguro que tiene más platos iguales. Y en el búnker ha de haber fragmentos de los dichosos platos, creo que Daniel los rompía y se negaba a comer. Yo no he hecho nada, no mataría ni a una mosca. Una vez intenté quitarme la vida, fui una cobarde y casi le cuesta un infarto a mi

madre. Otra vez perseguí a un tipo, porque mi carencia de amor era tan grande que necesitaba obtenerlo como fuera. Pero no soy una asesina, no lo soy… Yo no maté a Daniel, sentía cosas por él, quizá hasta podría decir que me estaba enamorando, joder —sentencio entre sollozos.

—Noelia, ¿me va a dejar hablar?

—Es que tiene que creerme, por favor… Compruebe todo lo que le digo. Yo no maté a Daniel —repito en una sentencia firme.

—Lo sé, Noelia, sé que no mató a Daniel.

—Ah, ¿sí?

—Sí… Usted no mató a Daniel porque el señor Daniel Franco no está muerto. Se lo llevaron al hospital bastante débil, pero no lo suficiente como para que no pudiera corroborar su versión de los hechos. A esta hora, la señora Beatriz Vázquez y su hijo Tomás están detenidos. Además, recibimos una llamada crucial para esclarecer lo ocurrido.

—Una llamada, ¿de Laura?, la novia de Tomás, la que se marchó cuando vio que las cosas se ponían feas.

—No, a ella también la tenemos, la localizamos en las inmediaciones, le había enviado un mensaje a su novio en el que lo avisaba de que veníamos; por eso, él y su madre salieron de la casa a la carrera. Ya sabe, jóvenes, no son capaces de separarse del móvil ni para perpetrar un crimen. Aunque, en este caso, habían tenido la precaución de utilizar móviles de usar y tirar.

—Entonces, ¿quién llamó?, ¿quién fue?

—¿Nadie le ha dicho jamás que esa curiosidad suya roza lo ilegal?

—Puede que sí…

Escucho un suspiro al otro lado de la línea.

—Fue la señora Carmen Ortiz. Ella nos contó que había visto a dos empleadas, fuera de su horario laboral habitual, sacar a dos personas del búnker. Nos dio sus nombres y dijo que la más joven, Laura, se pegó toda la tarde mandándose mensajitos con alguien. Que la tuvo que reprender en más de una ocasión y que…

—Carmen… ¡Dios mío, Carmen!

—Sí, la coordinadora de limpieza, su antigua jefa, ¿cierto?

—Sí…, esa misma.

—Además, su madre, al ver que no llegaba a casa y que las horas pasaban, la localizó por un dispositivo que llevaba usted en la muñeca, ¿cierto?

Recuerdo el reloj localizador de Yago, me toco la muñeca, ya no está.

—Creo que me lo debieron quitar…

—Sí, y trataron de destrozarlo incluso, pero no lo suficiente como para que no nos diera una posición. Estaba cerca del búnker, entre las rocas. Por suerte, la marea no lo había alcanzado todavía. En fin, que está usted en libertad, Noelia.

Cierro los ojos y la emoción los inunda de lágrimas. Soy libre, libre, y gracias a la persona que siempre pensé que, si me veía ahogarme en el mar, me hundiría del todo. En ocasiones, las personas no son lo que parecen y quien menos te esperas te tiende la mano. Estoy en un calabozo pequeño y solitario, aunque ahora mismo creo que no podría ser más feliz.

CAPÍTULO 43

Dos semanas después…

Estoy en el hospital Santa Tecla. Como casi cada día, he venido a visitar a Daniel; que se encuentra recuperándose de sus heridas y del trato que Beatriz le dispensó en el búnker, que no fue precisamente bueno.

Poco a poco, vuelve a ser el hombre atractivo y juvenil que conocí, aunque su pelo ha encanecido de la noche a la mañana. Lo que me hace sospechar que es asiduo a los tintes para ocultar los cabellos blancos que, dicho sea de paso, le quedan bastante bien.

Todavía no hemos hablado sobre lo ocurrido y mucho menos del hecho de que su propia madre biológica lo hubiera intentado matar. Aunque hay un detalle que él desconoce y yo sí sé. La sargento no es una policía muy discreta que digamos, y en la última ocasión que tuve que ir a declarar a comisaría, me dijo que las pruebas de ADN hechas a Beatriz y Daniel eran claras, no eran madre e hijo. Daniel había sido adoptado en Madrid cuando tenía unos meses por una pareja catalana, pero no tenía ningún parentesco con la temeraria exsecretaria de dirección de La Savinosa.

Entro en la habitación y Daniel me dedica una amplia sonrisa.

—Hola, preciosa. Qué bien que hayas venido, tengo que presentarte a una persona…

Se escucha el sonido de la cisterna y la puerta del lavabo abrirse.

Una mujer bajita y regordeta se acerca a mí. Debe tener alrededor de setenta años, aunque parece cuidarse bastante. Sonriente, me repasa de arriba abajo con la mirada.

—Ella es Verónica, mi madre. Mamá, ella es…

—Sí, hijo, Noelia. Me ha hablado tanto de ti este chico… Tenía muchas ganas de conocerte, aunque he de decir que eres más guapa de lo que había imaginado.

Sonrío y cumplo con el protocolo de darle dos besos a la pintoresca madre de mi novio… Sí, mi novio. Aunque con todo lo ocurrido, tengo sentimientos encontrados acerca de nuestra relación, que se inició en el caos. Como todo en mi vida. Si ni mi nacimiento fue normal, cómo lo iba ser todo lo que me rodea.

—En cuanto este hombretón se recupere, tenemos que hacer una paella o una barbacoa todos juntos. Le diremos a Eva, mi otra hija, que venga también, ¿a que sí, Nino?

Nino… Esa palabra cae a plomo en mi estómago y me hace atar a la fuerza el último cabo suelto…, la pieza oculta y puñetera que se me ha resistido durante las últimas semanas. Nino…

La imagen de Carolina repitiendo esa palabra —porque ahora sé que Laura se inventó lo de que la Libélula le había llamado Noelia. La chica fue crucial para inculpar a su prometido y a su suegra, cantó como un pajarito en cuanto le ofrecieron un buen trato— se reproduce en mi mente como una letanía interminable.

De pronto me falta el aire. Daniel me mira con los ojos muy abiertos y niega con la cabeza muy lentamente.

Doy unos pasos marcha atrás, pequeños, hasta llegar a la puerta de la habitación que ocupa Nino, el dichoso Nino. Luego me doy la vuelta y me alejo a paso vivo por el pasillo.

Daniel se levanta ante el asombro de su madre, quien le dice que no haga tonterías, y me sigue por el pasillo.

—¡Noelia, Noelia, cariño!, no te pongas así. Yo mismo te lo iba a decir cuando todo acabara. Temí que pensaras lo peor de mí.

—¿Te puedes llegar a hacer una idea del miedo que tenía de que alguien le hiciera algo a mi hijo?, ¿de lo que supuso para mí intentar descifrar lo que Carolina quería decirme?

—Lo sé y lo siento. En cada ocasión que te tenía cerca quería decírtelo, pero luego tuviste aquellos dos episodios…

—Joder, ¿qué te costaba arrojar un poco de luz?

—Es que no sabía que tenía que ver conmigo. Carolina quedó muy traumatizada al saber que había matado a su familia. Era incapaz de expresarse, de hablar con normalidad desde la noche en que los asesinó.

—Beatriz dijo que había sido tu amante.

—Eso no es cierto. Ni siquiera la trataba yo, sino Alonso.

—Joder, Daniel…

—Por favor, no te vayas. Solo mi familia me llama Nino, ni siquiera sé cómo Carolina se enteró de ello. Por favor, créeme. Quiero estar contigo, por primera vez en mucho tiempo, estoy ilusionado. Y pienso que tú también lo estás, ¿cierto?

Me clava su mirada enigmática, y me siento como una serpiente encantada.

—No me gusta que me mientan, una mentira es la diferencia entre que me deje amar o me aleje de ti para siempre.

—Por dios, Noelia, que solo ha sido una mentirijilla sin importancia. Solo quería protegerte, te lo juro. —Daniel me abraza y me aprieta la cabeza en su firme pecho.

Aspiro su olor, no lleva perfume de ningún tipo, sin embargo, no puedo evitar sentirme enormemente atraída por él. Aunque le esté mostrando el trasero a todo el hospital con su bata abierta por la retaguardia.

—¿Me prometes que no hay ni habrá más mentiras entre nosotros?

—Sí, lo prometo solemnemente —dice divertido.

Y nos fundimos en un beso largo y apasionado, un beso que me indica que puedo confiar en su palabra.

EPÍLOGO

Cuarenta y seis días antes…

Noelia me espera a la salida del sanatorio, pero le digo que salga con el coche y me espere en el *parking* que hay un poco más adelante. Alego que si nos ven marcharnos juntos, dará mala imagen. «La política de la institución es muy estricta sobre ese tema», digo tratando de parecer convincente, no se me da nada mal. Además, si me ven marcharme con ella, mañana seré la comidilla del sanatorio.

Me subo a mi flamante BMW y arranco. Conduzco con tranquilidad. De pronto, pienso en si llevo o no lo que necesito para que la cita salga a pedir de boca. En los últimos tiempos opto por la discreción y evito en la medida de lo posible levantar sospechas.

Llego al aparcamiento, y Noelia me espera en su pequeño y viejo utilitario. La observo arreglarse el pelo, que antes llevaba recogido en un moño. Se lo suelta y acomoda sus ondas. Así me gusta.

Me detengo frente a su coche y la invito a que suba al mío. He puesto música de ese moñas de Damiano David, sé que le encanta, la he visto salir del aparcamiento de La Savinosa en infinidad de ocasiones con la música de Måneskin a toda castaña. También he cotilleado sus redes sociales. He hecho los deberes.

Está guapa, viste ropa barata y esa blusa que lleva parece salida del rastro, pero le sienta bien y, para haberse pasado las últimas

horas sin parar de trabajar, se ve muy sexi.

—¿Subes? —pregunto con una sonrisa pícara, la imagen de su mano enguantada en mi pene me pone cardíaco.

De nuevo utilicé el método infalible para mostrarme vulnerable y hacer que las mujeres no olviden ese momento íntimo entre nosotros. Me lo enseñó un colega de la universidad, él lo llamaba: el método de la polla atrapada. Repito, nunca falla.

La veo negar con la cabeza, tiene miedo; piensa que soy el lobo feroz, no sabe lo acertada que está al pensar así, esta noche me la comeré, es una certeza.

—Mujer, que solo es una copa, no voy a comerte —le digo con mi cara de hombre digno de confianza.

Se sube al coche y se sienta con el bolso en el regazo, parece una abuela.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí, un largo día, nada más.

—¿Sabes?, muchas veces me he preguntado por qué una chica como tú, joven e inteligente, está limpiando un sanatorio —suelto con seriedad, necesito hacerle ver que estoy por encima de ella.

La veo retorcerse en el asiento, está tensa. Estoy seguro de que por su cabeza pulula la idea de que podría haber sido algo más que una simple limpiadora.

Doy fe de que no estoy equivocado, cuando la veo volver de algún pensamiento evocador sobre cómo hubiera sido su vida de no haberse quedado embarazada por un penalti.

Me explica lo de su carrera frustrada y lo del grado medio que sí logró terminar «con muy buenas calificaciones», apunta.

—Necesito trabajar —concluye.

—Pero creo que podrías optar a algo mejor. Quizá yo pueda ayudarte, tengo amigos que necesitan que les cuiden a sus hijos…

Bingo, consigo exactamente lo que pretendo, que se enfade conmigo de nuevo, necesito tantearla, ver a quién tengo delante.

—Estoy bien en La Savinosa. Además, todavía soy joven, retomaré mis estudios en cuanto mi hijo sea un poco más mayor —suelta en un intento de hacerme ver que no le importa en absoluto ser una fracasada. No se lo cree ni ella.

—¿Qué edad tiene? —pregunto, sé de sobra que debe tener alrededor de unos cuatro o…

—Cinco años.

—Con esa edad son terremotos. Los míos ya son hombres. Veintitrés y veinticinco —aclaro. He de reconocer que fui un padre ausente, fue su madre la que llevó todo el peso, y mis hijos, hoy en día, no quieren saber nada de mí.

Abre la boca, sorprendida.

—¿Qué edad tienes? —inquiere estupefacta.

—Cuarenta y ocho. —Me encanta este momento, me han llegado a pedir el DNI. Es lo que tiene ser amigo de un magnífico cirujano plástico, y, claro está, tener una genética que ayuda bastante.

Apuesto a que está impresionada, como todas. Siempre me echan unos cuarenta años.

—¿Hiciste algún pacto con el diablo? —indaga todavía incrédula.

—Bueno, más bien lo hice con la vida sana; aunque a veces, como hoy, me tomo la libertad de tomarme una copa en buena compañía —suelto dedicándole una mirada canalla y luego añado—: ya hemos llegado.

Abro la puerta del coche como todo un caballero trasnochado, sé que a las mujeres en el fondo les encanta. Casi se cae al bajar del

vehículo, es algo torpe, parece. La sujeto antes de que se rompa esos preciosos dientes.

«Podrías ser su padre», dice mi voz interior. «Pero no lo pareces», se responde.

Caminamos hacia la puerta del Estilo, un local al que suelo traer a mis conquistas clandestinas, esas de las que solo busco placer...

Le digo mi nombre al de seguridad y él nos deja pasar. Soy un buen cliente.

La música suave de siempre me irrita, y la luz azulada tres cuartos de lo mismo. Hay poca gente, es lo bueno de este sitio.

Mario, el dueño del local, se nos acerca y me saluda con familiaridad. Es un buen tipo.

—¿La mesa de siempre, doctor? —inquiere con picardía.

Ruedo los ojos; si es tan obvio, me joderá el plan. Necesito que esta bella damisela confíe en mí.

Tras sentarnos, Mario nos toma nota. Ella quiere un mojito, apuesto a que es el único cóctel que conoce. Yo me pido un *aperol spritz*.

—¿Estás bien, Noelia?, te veo algo tensa —digo con fingido interés.

Creo que se siente fuera de lugar.

—Sí, es solo que hace tiempo que no salgo a tomar una copa.

—¿No?, ¿con lo joven que eres?

Sé que es una madre a tiempo completo y que lo compagina con su trabajo en La Savinosa. Sus redes sociales son un verdadero peñazo. Las he mirado bien, a fondo. Y en sus años mozos era de armas tomar, aunque ahora parezca una niñita desvalida e inocente.

—Bueno, quizá prefiero la vida familiar. Salir por la noche y todo eso está muy bien, pero no lo es todo —dice tratando de convencerse a sí misma de que eso es cierto.

—Lo intuía, sabía que necesitabas esto. Una copa con un amigo. Disfrutar un poco de la vida. Por eso te invité. —Solo quiero meterme entre tus piernas…

—¿Así que piensas que trayéndome aquí haces una obra de caridad? —inquiere molesta.

—No. Solo quería verte fuera de esas cuatro paredes —digo clavándole la mirada y posando mi mano sobre la suya, que está helada.

Hace un vago intento de retirarla, pero no lo hace, mi contacto la reconforta.

—Creí que ibas a contarme lo ocurrido con la señora Carolina… —suelta con determinación.

¿Se puede saber para qué narices quiere saber ahora la historia de esa pirada?

Nos traen nuestras bebidas.

Se produce un momento de silencio incómodo. La veo dar un trago a su mojito, pone cara de sorber limones.

Le clavo la mirada de nuevo.

—A Carolina le ha ocurrido lo de siempre. Sintió que podía caminar y no sé de dónde sacó una cuchilla. Se volvió a autolesionar, como viene haciendo desde hace tres años. Por eso la tenemos controlada con medicación. No debería contarte todo esto, me debo a la confidencialidad de mi profesión…

—No te preocupes, no le diré nada a nadie…

—Esa mujer es peligrosa, aunque la veas tan indefensa. Así que te aconsejo encarecidamente que te guardes las espaldas cuando

estés en su partición. No sería la primera vez que ataca a una empleada.

—¿No?, ¿qué hizo? —pregunta con curiosidad.

—Creo que quieres saber demasiado, señorita cotilla —digo y deslizo mi dedo índice por su nariz.

—Es solo un poco de curiosidad. Me parece increíble que masacrara a su familia, se ve tan… inocente.

—Uy, no la subestimes, Noelia. Si pudieras ver todo lo que yo he visto en mis años de profesión… Jamás hay que fiarse, y mucho menos de una mujer que ha matado una vez, pues lo puede hacer otra. No lo olvides.

Tras mis últimas palabras, se estremece. Creo que a partir de ahora se le quitarán las ganas de acercarse a la Libélula.

—No te preocupes, no te hará nada…

—¿Cómo lo sabes?, creo que me has metido el miedo en el cuerpo.

—No, mujer —me carcajeo—, solo bromeaba. Carolina tiene sus arranques, pero casi siempre se hace daño a sí misma. Solo hay que tener cuidado, porque si se lo intentas impedir, es cuando te puede atacar. Si un día se mostrara violenta consigo misma, llama de inmediato para que venga a atenderla alguien cualificado para hacerlo. ¿Entendido? —sentencio y lo digo con sinceridad, hacerse la heroína es infantil, por dios.

Asiente como una mocosa a la que han echado una buena regañina. Quizá sí que se nota que casi le doblo la edad.

—Tranquilo, no pienso meterme entre esa mujer y su cuchilla —bromea para quitarle hierro al asunto.

Me hace reír, tiene su punto esta chica.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres muy divertida? —pregunto mientras le dedico la sonrisa que me ha abierto el corazón y las piernas de muchas de las mujeres del sanatorio.

—Solo los que tienen ocasión de tomarse una copa conmigo —responde con los ojos entrecerrados, apuesto a que las piernas comienzan a pesarle, señal inequívoca de que la droga que Mario le ha echado en el mojito (previo Bizum generoso) está haciendo efecto.

Acaricio su mano con suavidad, enseguida estará bajo mi control.

—¿Sabes?, el verdadero motivo por el que te he invitado a tomar una copa conmigo es otro.

Observo a la mujer que tengo frente a mí, mientras le dedico una mirada intensa, estoy eufórico por lo que está a punto de pasar.

—¿Y cuál es? —pregunta jugueteando con el removedor de su cóctel.

—Que me tienes loco, Noelia. No puedo dejar de pensar en ti, me gustas —suelto a bocajarro y no miento, estoy loco por follármela.

Se queda atónita. Pobre romántica. Creo que ahora se siente como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—Daniel, yo…

—No me rompas el corazón, por favor —digo de modo teatral—, te lo he abierto en canal, dime que sientes lo mismo que yo y nos vamos a otro lugar. ¿Qué te parece?

«¡Vámonos de una vez!, no veo el momento de tenerte solo para mí, bajo mi control».

No puedo evitarlo, es algo que me pasa desde que no era más que un crío. Necesito que las mujeres se sometan a mí, y la mejor forma es bajo la sumisión química. Mucho mejor que follarte a una muerta, eso no es agradable, los tiempos de la universidad ya

pasaron. Ahora tengo la suerte de trabajar en un lugar lleno de mujeres deseables.

Noelia sonríe, ya es mía. No hemos acabado nuestras bebidas, pero nos vamos a mi casa: mi templo. Estoy deseando quitarle la ropa, tocarla mientras me observa con la mirada ida. Follarla sin que pueda oponerse. Mañana no se acordará de nada, al igual que ayer pasó con esa enfermera que siempre pica, Yurani. Empiezo a pensar que es medio tonta.

Sin embargo, debo ir con cuidado, hay alguien que sabe quién soy, que conoce todas mis artimañas para aplacar mis instintos. He recibido varios anónimos hablándome de mis verdaderas raíces, de un hombre que seducía jovencitas y luego las violaba; yo no hago eso. Nunca he dañado a ninguna de mis amantes dormidas, ellas se ofrecen a mí sin reservas. Y eso me encanta.

He de descubrir quién está haciendo esto. Por nada del mundo quiero que me asocien con un jodido psicópata violador. Pero tengo muy claro que, si un día llega a saberse, nadie…, nadie podrá asociarme con mi padre biológico. Tengo muchas amigas, incluso en la policía…

Nota de la autora:

Gracias por leer *La sustituta*. Espero que lo hayas disfrutado muchísimo.

Por mi parte, me lo he pasado genial con la escritura de esta novela. Sobre todo, con la ambientación, ya que hay dos localizaciones que en este libro están en pie, sin un solo ladrillo fuera de lugar; mientras, en la vida real, una ya no existe y de la otra cada día queda menos.

Es cierto que el antiguo preventorio de La Savinosa estuvo en la Lista Negra de Hispania Nostra, de hecho, estuvo y sigue estando. Es una pena el estado en el que se encuentra. Si visitas Tarragona y te dejas acariciar por las olas de la playa de L'Arrabassada hacia el final de esta, solo tendrás que alzar la vista para encontrarlo, rodeado de árboles, parece protegido por sus copas. Es un edificio con fama de maldito, quedó en desuso un año antes de mi nacimiento. Desde su inauguración en 1932 fue preventorio antituberculoso y hospital de sangre cuando la Guerra Civil. En el año 1941 fue abandonado y no fue hasta 1946 que volvió a funcionar como preventorio antituberculoso. En 1967 Franco ordenó su cierre. Desde esa fecha hasta 1976, cuando lo cerraron definitivamente, tuvo diversos usos, entre los que se encontraba el refugio de familias por el desbordamiento del río Francolí. Desde entonces ha sido golpeado por los diferentes actos vandálicos y por los peores enemigos, el tiempo y el abandono.

Como aparece en la novela, hay dos búnkeres de la Guerra Civil muy cerca del complejo de edificios. Aquí me he tomado licencias narrativas, pues el estado del búnker dista mucho del que yo he imaginado para mi historia. Además, he aproximado uno de ellos a los edificios, o quizá, podría decirse que he acercado los edificios al mar un poquito, o al menos, la parte donde está la oficina donde

trabajan Beatriz y Noelia. La puerta antigua de salida al jardín, de la que hablo en el libro, es fruto de mi imaginación.

Por otra parte, la casa de Daniel ya no existe, pero lo hizo durante décadas. Yo he estado dentro en varias ocasiones. La conocía por Casa Morisca, estaba entre la cala con el mismo nombre y Cala Crancs, en Salou; en la zona de Cap Salou. La conocí en unas condiciones deplorables. Es increíble cómo la gente puede ser tan irrespetuosa, y tratar lo ajeno con una falta de delicadeza enorme.

Dicha casa era propiedad del Presidente del Consejo General de la Abogacía Española (entre otros cargos importantes y también escritor), Antoni Pedrol i Rius. La construyeron en los años sesenta y se dice que su dueño no quería pasar las noches en ella. Por su proximidad al mar, temía ser atacado por terroristas. Así que pernoctaba en su domicilio habitual en Reus.

Os aseguro que cuando entrabas en ese lugar, no podías evitar sentir una energía cargada, asfixiante incluso; también pena, mucha pena, porque en tu mente podías intuir lo bonita que debió ser. Hay gente incluso que habla de un gran piano de cola…, a saber dónde acabó, o si fue destrozado por los adolescentes que celebraban fiestas y la llenaban de pintadas.

Tenía que hacerles justicia a estos dos edificios, aunque de uno ya solo quede una zona verde hermosa: sus antiguos jardines llenos de palmeras, cargados de nostalgia. Justicia aunque sea hablando de ellos, haciéndolos eternos en mis páginas. Todavía uno se puede salvar…

Mary Gombel

---

[1] Panadería, horno de pan en catalán.

[2] Se refiere a la Op. 9 nº2 en Mi bemol mayor

[3] Centro de actividades de verano para niños.

[4] En catalán “mi salud”, es el nombre de la aplicación del sistema de salud público de Cataluña.

[5] Herramienta de participación social para dar a conocer los elementos patrimoniales en riesgo de desaparición Lista Roja.

[6] Centro penitenciario de Tarragona.